El Aire no deja huellas

Este libro resultó finalista de la V Edición del Premio Albacete de Novela Rodrigo Rubio

Ediciones de la Diputación de Albacete

Ediciones de la Diputación de Albacete

Colección LETRA NEGRA
El Aire no deja huellas

Director de la colección
Antonio Belmonte

Edita: Diputación de Albacete
© Guillermo Galván, 2000
© Diputación Provincial de Albacete
Producción: Servicio de Publicaciones
Depósito Legal: AB-126-2002
I.S.B.N.: 84-86919-07-X

Guillermo Galván

El Aire no deja huellas

Al aire, que nos respira

Cuando la imaginación tiene que decir
cuando el frío de la noche se une al sudor del día
y te cuesta entender lo que dicen los demás
mejor aférrate a tus emociones

Lou Reed
"Hang on to your emotions"

—¿A esto se dedica? —dijo el inspector Baroja.

Tiró luego con desprecio sobre la cama los folios arrugados y probó, con escasa fortuna, a encender su puro remasticado.

—Es escritor, ya sabe cómo es esa gente —disculpó su ayudante mientras intentaba devolver un cierto orden a la habitación.

—Sólo un pervertido escribiría cosas así. Y ese tipo lo es: los huelo de lejos, Mingo, los huelo.

—No exagere, jefe —sujetaba ahora un calcetín arrugado entre sus dedos, sin saber muy bien dónde ponerlo. Baroja lo observó con cara de asco y volvió a guardar su mechero entre una tufarada de gasolina.

—Cuando alguien escribe una novela en la que él mismo aparece ahí con su propio nombre, admitiendo con ese cinismo toda clase de perversiones, es que lo lleva en la sangre.

—Lo llaman licencias literarias, jefe.

—Sí, sí, licencias. ¿Y lo de esa tal Belisa? Nada más que un degenerado puede jugar así con el recuerdo de un cadáver. Un fiambre que, a más señas, pertenece, por muy putón verbenero que fuera, a la mujer de un amigo. ¿Sabe lo que creo?

Mingo permaneció callado, rebuscando entre los muebles con la glotonería de un perro en celo. Baroja pasó por alto su desvergonzada indiferencia y siguió con su tesis.

—Pues que ese tipo está chalado. Un psicófago de ésos.

—Psicópata, inspector, se dice psicópata —corrigió, benevolente, el subalterno, medio oculto bajo la cama.

—Llámelo como quiera, pero está majara y es peligroso.

—¡Ya lo tengo!

Baroja lo miró sorprendido. Llevaba más de cuarenta años en el Cuerpo desde que empezó de meritorio; había tenido una docena de ayudantes pero ahora, a punto de jubilarse, le habían asignado por primera vez un chisgarabís que no prestaba la menor atención a sus intuiciones.

—El otro calcetín… —se excusó Mingo con sonrisa de haber aprobado oposiciones a notaría. Ahora, con el tupé encogido y el traje salpicado de pelusas, sujetaba uno en cada mano y parecía un banderillero surrealista.

—Tan negro como el anterior —admitió Baroja, atusándose la calva—, aunque más estirado, lleno de polvo y con un buen tomate. ¿Por qué se empeña en recoger eso?

—Huela.

—¡Y una mierda!, con perdón.

—Es una prueba.

—No joda, Mingo.

Horrorizado, el inspector vio cómo su ayudante avanzaba unos pasos hacia él. Lo detuvo en seco con una orden tajante de su brazo.

—Dígamelo usted, Mingo: ya sabe hasta qué punto confío en su profesionalidad.

—Tienen un olor peculiar...

—No me extraña.

—Quiero decir que no es normal que se mantenga este olor después de tantos días.

—Imagine cómo le cantarán los pies a ese fulano.

El ayudante guardó sus pruebas en una bolsita de plástico y la cerró con mimo antes de metérsela en el bolsillo de la americana.

—Tal vez nos lo aclaren en el laboratorio —dijo. Y volvió a recoger de la cama los folios arrugados—. En cuanto a la novela, creo que deberíamos estudiarla con más detenimiento. ¿Se ha fijado en el título?

No lo había hecho antes. Ahora, Baroja recuperó los folios de manos de su ayudante y lo leyó en voz alta:

—“El aire no deja huellas”.

—Tiene algo de enigmático, ¿no cree?

Lo releyó de nuevo el inspector, esta vez para sí. Después giró el papel lentamente, sin quitar la vista del texto, hasta completar los trescientos sesenta grados.

—No encuentro ese jodido enigma por muchas vueltas que le dé.

—Hablaba metafóricamente —Mingo volvió a recoger el montón de palabras arrugadas; esta vez del suelo.

—Pues deje de decir paridas y vámonos de una vez —mordisqueó nervioso el amasijo de tabaco y se dirigió a la salida—. Todavía tenemos que escribir el informe.

Subieron al coche camuflado y se camuflaron con él en un atasco infernal bajo un sol ya declinante, aún rabioso.

Lamparones de sudor tiñeron sus camisas y enseguida empezaron a despotricar contra el ministro y las infames condiciones laborales. El conductor se mantenía impasible al volante, sin meter baza en las maldiciones que llegaban del asiento de atrás, por lo que pudiera caer. Hasta que no pudo reprimirse:

—He oído que ya han convocado concurso para poner aire acondicionado en todos los vehículos.

—¡Cojonudo! —explotó Baroja—. Ahora que me voy a jubilar.

El chófer no volvió a abrir la boca.

—Ande, Ferrari —ordenó el inspector—, ponga la boina al coche y písele a fondo, a ver si entra un poco de aire.

Mingo tuvo que sujetar los papeles entre sus piernas para que no volasen por la ventanilla. Baroja lo miró de reojo, tratando de imaginar en qué clase de academia fabricarían ahora policías como aquél.

—No va a encontrar ahí a ese juntaletras —gritó para hacerse oír entre los berridos azulados de la sirena.

—Ya lo sé. Pero no me negará que resultan extrañas algunas coincidencias entre la historia real y lo que este hombre escribe en el primer capítulo de su novela.

—¿Qué historia real? ¿De qué coincidencias habla?

—El caso Tomassi, hace unos años.

—No le cazo.

—Se archivó sin resolver. Y este tipo parece inspirarse en él con una familiaridad sospechosa.

—Bobadas, Mingo, lo habrá leído en la Prensa.

—Recuerde a Landrú, inspector, que apuntaba sus fechorías en una libreta y eso le costó el cuello. Y a Van Gaal, que cavó su tumba en el Barça de igual manera. Usted mismo ha dicho que...

—Sea práctico, leches, y hágame caso: ese hombre es un escritor de fama, y a la gente así le vienen grandes los principios morales. Para escribir su novela puede utilizar los datos de un caso real y le trae al fresco inventarse que se beneficiaba a la difunta o que su suegra era del MI-6. Todo forma parte de la misma golfería.

—Puede ser, pero tengo una corazonada que...

—¡De eso nada! —Baroja se sacó el puro de la boca y lo esgrimió, amenazante, frente a los ojos de su segundo—. Aquí el único que tiene pálpitos intuitorios, o intuitivos, que viene a ser lo mismo, soy yo. Usted, de momento, limítese a emplear la ciencia criminal, que para eso le pagan.

—En ese caso, creo que hay suficientes indicios racionales para pensar que andamos tras un asunto serio, y que esta novela incipiente es más que una novela, algo así como un mensaje en clave dejado caer por el propio autor.

El chófer frenó ante la puerta de la comisaría haciendo honor a su apodo y provocó el pánico en la terracilla de una horchatería aneja, donde algunos ciudadanos se había refugiado de los sofocos veraniegos. Cuando la pareja de policías ganó por fin la sombra del edificio, los menos taquicárdicos allí pudieron escuchar cómo el más viejo de ellos regalaba un consejo experto a su joven compañero:

—Créame, Mingo: ese hombre es un enfermo, un psicofauno de ésos. ¿Y sabe lo que más me hace sospechar de su mala fe? El afecto con que trata a su pobre amigo cornudo.

UNO

1

Miraba desde la cristalera la soledad del arenal, la belleza salvaje de aquella aridez azotada por el vendaval; y al mar, de fondo, que empezaba a enseñar crestas doradas en un amanecer indeciso.

—La ciudad acababa conmigo —dijo ella desde atrás. Y él la veía en el reflejo mate de la ventana—. Por eso me refugié aquí. A las cuatro de la tarde no me tenía en pie y así no se puede competir, ¿comprendes? Eso es matarte, o morir más o menos lentamente.

—Claro.

—Sin embargo, pasear por esta playa es impagable. A veces, el viento tiene la energía de mil caballos desbocados, como la vida misma: te dejas llevar por ella hasta la orilla, hasta el naufragio; o te enfrentas, a ojos cerrados, contra su voluntad.

Cerrar los ojos: demasiado riesgo para un gigoló de pelo naranja. Ya había saciado, y bien, a lo largo de la noche, las carencias sexuales de la señora, que no eran pocas. Y había cobrado en relación directa a su trabajo. Pero eso de filosofar era cosa muy distinta y tampoco estaba él hecho para la poesía más allá de saber que bragueta suele rimar con teta.

—Te invitaría a comer, pero Chimo es un poco celoso —se excusó ella—. Algunos tienen sus manías, que se acentúan en el matrimonio. Si nos hubiésemos encontrado por casualidad sería otra cosa: Chimo cree que son las casualidades lo que deben marcar nuestras relaciones, nunca lo previamente establecido. Y tú eres una cita telefónica, al fin y al cabo, algo premeditado y poco fiable, ¿lo entiendes?

Hablar, hablar, hablar. Toda la noche hablando sin parar. Incluso radiaba sus orgasmos como si fuesen asuntos de interés público.

—Por supuesto, chata.

—No olvides cerrar la puerta. El viento, ya sabes.

2

El olor acre a humo de tabaco se apelmazaba sobre las paredes, las cortinas, los muebles: una densa pasta gaseosa que barnizaba la casa con la cualidad inconfundible de los tugurios.

Vaciaba los ceniceros sólo una vez cada giro de la Tierra en torno a su eje. Cuando colmaba uno, usaba otro. Y tenía varios.

A las seis de la mañana abría de par en par todas las ventanas para dejar que el mundo exterior se adueñase por unos minutos de su privacidad. Igual daba que la escarcha disfrazase los coches de fantasmas blancos o que los pájaros anunciasen, como hoy, una jornada de calima insoportable: cumplía con aquel ritual desde que adquirió la fea costumbre de escribir mientras fumaba. O quizá era al revés; tampoco era cuestión de devanarse los sesos tras una noche en blanco.

Matilda, la asistenta, lo regañaba cuatro veces a la semana, y lo haría con más frecuencia si el sueldo le diese para ampliar a siete días su turno de trabajo.

—Esta escena no funciona, don Benito —dijo en cuanto echó un vistazo al ordenador—. Tremendista, críptica, párrafos excesivamente densos, tópicos y reiteraciones; cargada además de una lamentable cursilería, diría yo.

—Mi editora opina que una buena novela debe ser larga y difícil de leer —objetó él.

—No creo que sea así de tajante.

—Bueno, en realidad, su frase preferida es que una novela corta y fácil de leer es una mala novela.

—Ah, eso es otra cosa —enchufó el aspirador—. ¿De dónde saca sus historias?

—Las sueño —gritó Benito.

—Es un peligro.

—Soñar no cuesta mucho.

—Cierto. Pero su resaca es peor que la del alcohol.

—¿Resaca?

—Sí —suspiró ella—; volver a la realidad hace, a veces, tanto daño que no merece la pena iniciar el viaje.

—Vamos, Matilda, no me dirá que usted nunca sueña.

—Por supuesto. Con jóvenes macizos, cada noche.

—¿Y no se deprime por la mañana?

—Nunca.

—Pues no la entiendo. ¿Un café?

—Solo y cargado, gracias.

Se sentó en el sofá, el borde de la falda algo más allá de las rodillas, cruzando esas espléndidas piernas de color café, éste con leche, que enloquecían a Benito. Frente a las tazas humeantes, se inició un nuevo ritual.

—¿Quiere ser mi agente? —dijo él.

—No.

—¿Y mi amante?

—No quiero.

—Cásese conmigo.

—No puedo hacerlo.

Cuando apuró el café, se levantó, alisó de nuevo su falda con un sinuoso movimiento de caderas caribeñas, se colocó el delantal y entró en una frenética labor de planchado en la habitación contigua. Benito regresó a su trabajo frente al monitor y, de vez en cuando, le consultaba sus dudas.

—¿Por qué dijo lo del peligro de soñar y la resaca, Matilda?

—Me refería a la literatura, don Benito. No hacen buena pareja novela y sueños.

—Se olvida del realismo fantástico.

—Ya no se lleva.

—¿Y la nueva narrativa? —casi suplicó.

—Subjetivismo puro. No avanzará por mucho tiempo.

—Nunca pensé que fuera tan pragmática, tan posmoderna, tan... ultraobjetiva. De haberlo sabido, jamás me hubiese declarado a usted.

—No se engañe —canturreó ella, asomando sus ojazos mulatos por el quicio de la puerta—. Si lo ha hecho es porque está falto de marcha, no por mi bagaje literario. ¿Cuánto hace que no moja?

—Perdí el calendario de ese año.

—Pues hágame caso: salga a buscar un buen plan y no vuelva hasta que haya cumplido.

Un buen plan a las nueve de la mañana. Utópico. Antes de una hora tenía que estar en la oficina. Y el panorama femenino allí no era precisamente como para desmelenarse; mucho menos para cumplir, como aconsejaba Matilda. Si lo sabría él...

El teléfono lo sacó de vanos ensueños.

—¿Beni?

—Buenos días, Fan —tapó el micrófono y le habló a Matilda—... Mi editora.

La asistenta corrió al dormitorio y descolgó el supletorio.

—Sólo unas palabras, Beni, y disculpa estas horas de llamar, pero he pasado la noche sin pegar ojo y voy a ver si duermo un poco antes de que vuelva Chimo.

—Trabajas demasiado.

—Sarna con gusto no pica, decía mi abuela.

—Y la mía.

—¡Qué original! Tal vez tuvimos la misma.

—Puede. ¿Cómo se llamaba la tuya?

—Ramona, pero déjate de gilipolleces matinales y vamos al grano. Necesito verte. ¿Crees que llegarás a cenar?

—¿A Lacosta?

—Por supuesto. No pienso pisar la ciudad hasta que me lo autorice el analista.

—Allí estaré, si es que encuentro tren.

—¿Ha visto qué fácil? —dijo Matilda cuando colgó—. Ya tiene rollo para hoy.

—Fan no es un rollo, en el sentido que sugiere. Sólo habla de negocios y sé de buena tinta que es como una barra de hielo.

—Una barra de hielo no diría necesito verte como lo ha dicho ella.

—Seguro que hay pasta de por medio. Nada de sexo, Matilda, nada de sexo.

—Por cierto, ¿a qué nombre corresponde Fan?

—Fangoria.

—No me extraña que se lo acorte. Pero no debería permitir que ella le llame Beni, a sus cuarenta años.

—¿Qué tiene de malo? Es un nombre glorioso: Benny Goodman, Benny Carter... Clarinete, trompeta; ya sabe, tipos geniales.

—No me excitan las bigband, lo siento.

—Yo también prefiero el blues.

—Y ella no le llamó Benny, sino Beni.

—Suena parecido, Matilda. Además, quien paga, manda.

—En ese caso, ¿qué más necesita de mí, don Benito?

3

Mingo releyó de nuevo los folios arrugados, degustando cada párrafo con sorbitos del infame capuccino de máquina.

> *Nicasio era un cornudo. Yo lo sabía de buena tinta porque me tiraba a su mujer.*
>
> *Por eso, cuando ella apareció en el congelador del chalé más tiesa que un bacalao en salmuera, lo primero que pensé es que se trataba de una venganza de su marido, harto ya de tanta excrecencia frontal acumulada. Pero mi querido amigo Nicasio tenía tantas coartadas como anillos de oro en sus dedos de rey del juego.*
>
> *Yo mismo me libré por poco de convertirme en sospechoso. Afortunadamente, mis escarceos con Belisa, la pobre cadáver, habían sido siempre en la más estricta intimidad, y cuando se produjo el triste desenlace hacía más de una semana que no nos tocábamos; eso evitó al menos cualquier huella que me complicase la vida.*
>
> *Mi profunda y sincera amistad con Nicasio me permitió, no obstante, seguir el caso desde una cercanía más que privilegiada. La Policía barajó en principio todas las hipótesis posibles, suicidio incluido; pero Nicasio, que en eso de barajar no aceptaba recibir lecciones de nadie, hizo notar a los investigadores que nadie se suicida apretándose el*

cuello y se encierra luego en un frigorífico de dieciséis metros cuadrados.

Naturalmente, no me pasó por la cabeza confesarle, ni siquiera sugerir, las infidelidades de Belisa, su desmedida afición por el sadomaso, y mucho menos mi participación esporádica en esos juegos: no tenía ningún objeto hacerle sufrir ni arriesgarme yo a un sufrimiento más grave aun que, seguramente, me habría llevado a hacer permanente compañía a mi amante antes de lo deseado.

Por eso aquel día, cuando, rodeado de sus gorilas, le sugerí la posibilidad de que su viudez se debiera a un intento de robo, me miró con lágrimas de piedra en los ojos y me dijo: 'Hilario, eres tan imbécil como la pasma. Se ve a las claras que es un crimen pasional'. A partir de entonces, decidí permanecer en un discreto segundo plano y callar cuanto sabía y sospechaba.

No hubo resultados de aquella investigación. No podía haberlos, por mucho que Nicasio moviera sus hilos, que no eran pocos, tantos como hombres de paja controlaba. Pasados los meses, el nombre de Belisa quedó inscrito en la larga lista de crímenes sin resolver que permiten a los diarios desempolvar fotos y testimonios para reabrir viejas heridas en cada aniversario de los hechos.

Sé que no es un secreto, porque algunos me han visto hacerlo, pero todavía llevo, de vez en cuando, algún ramito de violetas al panteón privado de Nicasio, inaugurado por la amable Belisa y completado un par de años después de aquellos dramáticos sucesos por el ataúd de fantasía de mi buen amigo. Y sé que ambos me lo agradecen.

Era el caso Tomassi, sin duda. Tenía esa carpeta abierta frente a sí y todo coincidía con el dossier, aunque con los nombres cambiados: Analía,

la asesinada esposa del mafioso Tomassi, era Belisa, y éste se llamaba Nicasio en la novela. También era novedosa la aparición del propio autor como protagonista indirecto de los hechos cuando ni era mencionado siquiera en el informe policial.

Decidió que tenía que volver a aquella casa y fisgar en el ordenador el resto de la obra, si es que existía.

Baroja lo llamó desde la puerta para incorporarse a una reunión con el comisario, y Mingo se guardó los folios, como oro en paño, en el bolsillo.

—Datos —exigió fríamente el jefe.

—Ninguno por ahora —dijo Baroja con la seguridad de los bien fogueados—. No parece haber salido del país y el registro domiciliario de ayer no dio nada importante.

—Excesivo desorden, si se me permite —intervino Mingo, y su superior directo esbozó para sí una mueca de desaprobación—. Como si hubiese tenido que abandonarlo todo precipitadamente.

—Es soltero —alegó Baroja—. El desorden es normal, teniendo en cuenta que la señora que limpia en su casa no dispone de llave.

—Un poco desconfiado ese tipo, ¿no? —apuntó el comisario.

—Maniático. Ya se sabe, tratándose de escritores: él mismo le abría la puerta, según declaró esta mujer cuando la interrogamos. Si algún día no estaba en casa cuando llegaba, se quedaba sin limpiar; pero le pagaba siempre religiosamente el trabajo no cumplido en estos casos. Igual sucedió la mañana siguiente a su desaparición, por eso ella no le dio importancia.

—Había unas notas...

El inspector abortó de inmediato la intervención de su ayudante.

—Como hay espadas en la casa de un tirador de esgrima, Mingo. Normal. Cuando sepamos algo nuevo, se lo comunicaré, comisario.

—Espero que sea pronto. Hasta entonces, señores, discreción, la máxima discreción. Lo he elegido a usted, Baroja, porque en los años que lleva en el Cuerpo ha mostrado una cautela por encima de toda sos-

pecha. Puede que su fobia personal hacia la Prensa tenga mucho que ver en ello pero en este caso, tal vez el que cierre su íntegra carrera, debo pedirle que extreme su virtud.

—No a la deportiva, comisario —protestó con respeto Baroja—. Son los únicos juntaletras a quienes se puede dar cierto crédito.

—Pues ni a ésos, inspector. Ni una palabra. La divulgación de este asunto conllevaría perjuicios de todo tipo que no necesitan mayor explicación por mi parte. En cuanto a usted, Mingo, confío en que su espontaneidad no quiebre de raíz una carrera prometedora.

4

Se escondía el viento al llegar el anochecer. Las luces del pueblo próximo, colgadas de una colina ya invisible, dejaban caer sobre el mar negro, a lo lejos, un chal de espuma amarillenta.

Benito, tras la cena, miraba por el ventanal hacia la nada oscura mientras Fangoria preparaba unas copas en el salón. Chimo le hablaba de sus partidas de golf, de sus últimas proezas literarias y de la cuenta de resultados de la petrolera que honorariamente presidía. Pero Benito se dejaba llevar por aquella postal azabache sin prestar demasiada atención a las profundas reflexiones de su contertulio.

Ella los animó a acompañarla frente a la mesita e hizo girar la conversación hacia el propio Benito y su trabajo.

—En todos los años que llevas escribiendo —dijo—, no has parido una línea que merezca la pena.

—Gracias por tu confianza.

—Pero tienes una virtud que admiro —terció Chimo—, y te lo digo desde mi doble perspectiva de autor y de crítico: esa capacidad de mimetismo que te permite calcar el estilo de cuantos te propongas.

—Alguno se me atraviesa.

—No seas modesto —le regañó ella—. A cada cual lo suyo. Chimo tiene experiencia en ese sentido, y lo que dice suele ir a misa. En todo caso, García-Pufo no es un problema para ti. Ya preparaste buena parte de su “Dueto casi a dos voces”.

—García-Pufo es fácil: directo, sin dobleces. La verdad es que nunca

he entendido por qué lo tienes en tu cuadra; representa todo lo contrario de lo que predicas en cuanto a gustos literarios.

—Da dinero. Y en este negocio hay que tener claro lo que se quiere. Una cosa es la literatura y otra los best seller.

—Yo te podría escribir uno pero, claro, ni soy extranjero, ni ex ministro, ni comentarista político, y tampoco hago el gilipollas en la tele.

—No, Beni, no estás en la pomada —sentenció Chimo—. Olvida esa utopía y acepta las condiciones del mercado.

—Tal vez puedas cumplir tu sueño —apuntó Fangoria—, quiero decir, ver tu obra en los números uno internacionales.

—No me digas que te ha gustado el borrador de “Decrépito sin nostalgia”.

Fangoria hizo un gesto de aversión, como si le estuvieran ofreciendo un plato de insectos poco hechos. Dejó su vaso sobre la mesa, se puso en pie y empezó a pasear de un lado a otro del salón.

—Ya sabes que odio los preámbulos. Quiero que termines una novela incompleta de García-Pufo. ¿Aceptas?

Benito no supo qué responder.

—Ha desaparecido y no sabemos nada de él —aclaró Fangoria ante su mudez—. Me temo lo peor, y es que no vuelva a aparecer y nos quedemos en las manos con un negocio a medias. Y un negocio a medias cuesta demasiado dinero.

—¿Ha decidido dejar la literatura?

—No sé lo que ha decidido, aunque puede que otros hayan decidido por él. Quiero decir que haya muerto.

—No fastidies.

—Bueno, eso son conclusiones anticipadas, la verdad —intervino Chimo—; aunque, como empresaria, Fan debe ponerse siempre en la peor de las coyunturas, ¿comprendes?

—Claro.

—Sólo sabemos que hace seis días que desapareció —explicó ella—. Cenamos con él la semana pasada. Me dejó el avance de su nueva novela

y charlamos sobre los detalles de su anuncio a la prensa y la promoción, para un par de días después. Hubo que aplazar el acto porque no dio señales de vida. Desde entonces, se ha evaporado.

—Pues no había oído nada.

—Y espero que no lo oigas —atajó Fangoria—. Naturalmente, hemos pedido a la policía la máxima discreción. Hilario García-Pufo está, oficialmente, en viaje privado por México: ésa es la versión de la empresa.

Volvió a sentarse y se sirvió un poco más de licor.

—¿Te imaginas? Sacar su última novela junto con la noticia de su desaparición... o de su muerte. Todo un velo de misterio y la publicidad que conlleva. Y lo que vendría después: reediciones, derechos cinematográficos, biografías. Un pelotazo. El mejor negocio en la historia de la editorial.

—¿Y si aparece? Si Hilario se entera de que lo estoy fusilando...

—Desde luego, habría que echar marcha atrás. No es por ofenderte, pero no hay color entre el auténtico García-Pufo y un sucedáneo. Cuando llegue la fecha de edición de la novela tendremos las cosas más claras respecto a él y actuaremos en consecuencia. Por supuesto que, en ese caso, cobrarías una compensación más que generosa.

—Me parece un poco lejos de mis posibilidades, la verdad. No es lo mismo escribir notas disfrazado de García-Pufo que una novela.

—¿Ahora te acojonas? ¿Quieres seguir en el gabinete de prensa o corrigiendo erratas hasta que te jubiles? Piensa en la pasta que vas a ganar. Naturalmente, habrá que respetar los derechos de Hilario como autor oficial, pero tú te llevarías una buena tajada de los beneficios editoriales.

A Benito le parecieron razones suficientes.

—¿De qué va esa novela?

Fangoria se levantó y fue hacia el mueble bar. No tuvo empacho en que su invitado descubriese que allí escondía una caja fuerte. Desactivó el seguro y sacó una bolsa acolchada. Tomó un trago antes de entregarle su contenido.

—“El aire no deja huellas” —leyó Benito.

—Así es, como Hilario. Parece una premonición.

—¿En clave de intriga?

—Algo más que eso. La novela podría ser, precisamente, el motivo de su desaparición.

—Andaba muy nervioso últimamente —aclaró Chimo—. La última noche lo vi, por momentos, muy cerca de la paranoia. Estaba convencido de que lo tenían vigilado y temía que no pudiese acabar su historia.

—¿Por qué motivo?

—Léela y lo sabrás —ordenó Fangoria—. Manda a hacer puñetas todos los trabajos pendientes. Tienes dos días para empezar a escribir. Y no hace falta que te repita que Hilario García-Pufo está en México y que esta conversación jamás ha existido.

5

Sentado en el muelle de la bahía, con la voz quebrada de Muddy Waters arrastrándose por los auriculares, bajo la pobre luz de una farola, Benito había devorado con ansia las primeras páginas de la novela.

Hasta la mañana no había tren, y la decisión de quedarse a dormir en una fonda del pueblo le había permitido, además, enfrascarse cuanto antes en los detalles de la enigmática oferta de Fan.

El inicio de aquella intriga de pasión y crimen era de lo mejorcito que había leído de Hilario García-Pufo. Y conocía bien toda su obra.

Por un instante, esos párrafos le habían hecho revivir su propio desamor, aunque su caso era sin duda bastante más prosaico, sin sangre, mafiosos ni productos congelados. Su ruptura matrimonial se había limitado a una nota de su mujer sobre la mesilla —'Adiós, pringao'— y los posteriores trámites del divorcio. Todo lineal, aséptico, sin un mal reproche. Cinco años ya pagando más de medio sueldo de pensión, cinco años de soledad enamoradiza que le parecían una eternidad ahora, frente al olor a salitre y el penumbroso mecimiento de las olas.

Pasó página y siguió leyendo.

> *Belisa era tierna como un pajarillo, pero sufría de ese desviacionismo que los especialistas vienen en llamar deleite anómalo por el sufrimiento propio y ajeno. Supongo que lo adquirió en los años de la infancia, que es donde se suelen adquirir estas cosas sin saberlo, del mismo modo*

que uno coge la varicela o el exantema súbito. Nunca me lo dijo y yo estaba, durante nuestros breves encuentros, demasiado ocupado en la satisfacción mutua como para preguntárselo.

Su vida con Nicasio era corriente, hasta el punto de que apenas hablaban y había días en que ni siquiera se veían. Una perfecta vida de pareja sin hijos, arropada por el lujo y la seguridad del poder subterráneo, de la calaña, que Nicasio controlaba con efectiva habilidad.

Nuestros primeros encuentros no fueron fáciles, pues había que dar esquinazo a los guardaespaldas. Recuerdo uno especialmente complicado en que tuvimos que conformarnos, finalmente, con una sesión furtiva bajo un puente, en el cauce seco de un arroyo, mientras escuchábamos los tacos y los pisotones de rabia de los gorilas sobre nuestras cabezas. He de reconocer que no rendí lo suficiente, apocado por la posibilidad de que sus gafotas negras, sus belfos antropoides, asomasen de improviso y nos sorprendieran en nuestro juego clandestino. Pero a ella, ya digo, le excitaba eso de hacerlo en el filo de la navaja.

Mantuvimos relaciones durante dos años largos. A mí lo del sadomaso no me va, para qué engañarnos, e intentaba llevar el asunto por el camino del más juicioso adulterio, sin incentivos extra, que bastante teníamos ya con el riesgo de encamarnos bajo la larga sombra de Nicasio. Pero no siempre era posible. La verdad es que Belisa era un encanto: se conformaba con poco y, como disfrutaba con los más nimios detalles, bastaba con que yo la insultase un par de veces para que ella alcanzara el éxtasis más sorprendente.

Bien sabía yo que no era el único en su vida, y que si ella seguía conmigo es porque me quería; a su modo, pero me quería. Nunca conocí a esos otros, aunque veía a menudo

las huellas de tales encuentros en su cuerpo deseado. Eran señales que me hacían estremecer y, al tiempo, me llevaban a pensar en qué habría de hacer yo para compensar en cierto modo sus caricias gratuitas. Cuando la hallaron aquel día en el congelador con las marcas del extraño placer en el cuello, tuve la seguridad de que sus ojos se habían apagado definitivamente mirando a uno de sus guillados amantes.

Yo me había acercado la noche previa hasta los alrededores del invernadero, lugar de nuestras últimas citas espontáneas, por ver si ella paseaba en busca de aventura. Lo que observé desde allí no me llamó la atención al principio aunque luego, al conocer su muerte, no pude por menos que atar cabos y llegar a conclusiones, digamos espeluznantes...

La música, inyectada a presión en los oídos, no le dejó intuir el roce de pasos a su espalda. Saltó del susto, y los cables con él, al notar cómo unas manos le tapaban los ojos antes de que pudiera girarse y reaccionar. Lo tranquilizó, no obstante, descubrir que eran, esas manos, de mujer y que su tacto nada tenía que ver con la cáscara ruda y salitrosa de los lugareños. Y no olían a mar: eran manos urbanas, con algo fresco, de Chanel tal vez. Creyó que sería genial enamorarse así, a ciegas, en medio de una cálida noche costera, entre el requiebro sordo de las balizas, y aceptó gustoso el juego de los acertijos, inventando nombres al azar.

—¿Lola?

Silencio.

—¿Terpsícore, quizá?

Nada, ni una palabra detrás, sólo una respiración tibia; una boca que se acercaba al cogote y le soplaba levemente tras la oreja, como si aterrizase allí una brisa insinuante, el preludio de unos labios que imaginó mullidos, tiernos de besar, de igual sabor que los que aparecían en sus sueños más ardientes.

Tomó aquellas manos entre las suyas y se las retiró con ternura de la cara. La farola lo cegó al volverse, y el contraluz dejó en primer plano la silueta opaca de un rostro ligeramente familiar que se fue definiendo a medida que desaparecían las estrellitas del deslumbramiento.

—¡Venus!

El cielo constelado se le cayó a jirones, sin piedad, y con él, arrastrada por el descomunal derrumbe, la incipiente erección que acompañaba a su proceso apasionado. Las manos de gasa suave, la brisa cálida, los labios prometedores, todo eso que empezaba a enamorarlo, eran propiedad de Venus Lennon, la impertinente reportera de Tele Hiena, la bestia negra que despellejaba famosos desde su tribuna semanal.

Se levantó como un resorte. Venus apenas le llegaba a la altura de los ojos y, desde esa superioridad, nada le parecía a Benito más natural que alzar la voz y arrojarle encima su justificado cabreo, su decepción por no ser el objeto de sus sueños.

Pero no lo hizo; ella le esperaba, abajo, con una sonrisa inocente que lo detuvo en seco; hasta le parecía bonita, más bonita que de costumbre, sin los focos ahora, ni amparada por la artificiosidad de los decorados. La noche hace extraños al posarse en el corazón, se dijo, como las ruedas desnudas sobre la nieve.

—¿Qué pintas por aquí? —balbució, por fin.

—Eso mismo me pregunto yo de ti. ¿Asuntos de trabajo tan lejos de la ciudad, tan tarde? —señaló al manuscrito que colgaba de su mano.

Benito puso la primera excusa absurda que pudo elaborar: pasaba allí unos días de vacaciones y retocaba un original que estaba escribiendo.

—Genial, tío —dijo ella—. No es muy frecuente ver a estas horas en el puerto gente con traje y corbata, así que, si tienes la misma imaginación para escribir que para mentir, esa novela debe de ser un bombazo. Espero que me concedas la primicia antes de que la publiques —Venus intentó alcanzar el manuscrito—. ¿Puedo?

Benito reaccionó a tiempo.

—Menos coñas y ya te puedes ir abriendo, que Lacosta es muy grande.

—Casi tanto como tu cabezota, Benito, aunque no tan vacía como ella —dio media vuelta y tomó la senda hacia el pueblo.

La vio alejarse despacio, su silueta atractiva recortada entre las sombras de las callejas, hasta que desapareció tras un recodo de la plaza. Tardó en reaccionar, pero siguió al fin sus pasos, de regreso a la pensión, especulando sobre la presencia de aquella mujer en un lugar tan inoportuno en momento tan intempestivo. No podía ser casual ese huroneo alrededor de un asunto confidencial; tal vez sí en cualquier otro caso, pero nunca tratándose de Venus.

¡Tele Hiena!, mascullaba Benito a cada paso. Hoy llaman información a cualquier cosa, a cualquier basura de colorines colocada en las pantallas.

Tenía ya al alcance el contorno oscuro de las primeras casas, sus luces pobretonas haciendo sombras chinescas con las palmeras, cuando el teléfono móvil atacó el silencio.

—Oye, cabezahueca —escuchó al responder—. ¿Has oído hablar de los Tomassi?

Ella, de nuevo. Venus Lennon. ¿Estaba condenado a sufrirla, incluso vía satélite? Pero esta vez había algo que contuvo su deseo de volver a despedirla.

—¿Los Tomassi? —titubeó—... ¿Qué es eso, una compañía circense?

—Para nada, tío. ¿Recuerdas aquella movida de la mujer de un magnate de los casinos que apareció congelada?

Benito calló, confuso. ¿Tomassi, Belisa, Nicasio...? Acaso ella había leído... No, no podía ser.

—No sé de lo que hablas —farfulló, finalmente.

—Bueno, en ese caso, supongo que no tendrás ningún interés especial en el asunto.

—Tú verás...

—Te podría hablar sobre eso —ella dulcificó su tono hasta convertirlo en un cuchicheo sumiso—, si tienes a bien aceptar mi compañía.

—¿Una confidente de Tele Hiena? Me huele mal, Venus. ¿Qué andas buscando?

—Yo te doy lo que no tienes y tú haces lo propio conmigo.

Un pacto.

Benito había escarmentado de esas operaciones en su juventud, cuando aún era un bisoño aprendiz en el mundo editorial y se la habían jugado varias veces. Más de un autor de renombre se había aprovechado de sus notas con promesas farisaicas o por la cara, y ahora tenía suficiente costra como para huir de propuestas así antes de escucharlas. Excepto que ella no era más que una joven periodista interesada en cotilleos, y él tenía suficiente experiencia para mantener la boca callada. No perdía nada por escuchar.

—De acuerdo, podemos comer juntos mañana —sugirió.

—Ahora te toca a ti buscarme. Hay una fonda —chisporroteó, metálico, el móvil—... en la travesía del viento.

6

El vídeo reproducía en el salón los primeros compases de la banda sonora de “Solo ante el peligro”.

Baroja arrancaba los pelos rebeldes de su nariz con unas pinzas, frente al espejo del baño y, entre el lacrimeo correspondiente, imaginaba a distancia las escenas de la película. No necesitaba verla. La conocía de memoria y le bastaba con escucharla para revivir cada una de sus secuencias.

Sonaba “No me abandones, querida mía...” cuando mugió el timbre de la puerta.

Llegó hasta la cocina y descolgó el portero automático justo en el momento en que Tex Ritter cantaba eso de “...o yacer como un cobarde en la tierra”. Mientras abría a su ayudante, repitió mentalmente la imagen del malvado Frank Miller y sus compinches galopando en busca de venganza.

—¿Está solo? —dijo Mingo como saludo al alcanzar la puerta.

—Rodríguez total. Ya se enterará de lo que es esto cuando su mujer se convierta en abuela...

—No estoy casado, jefe, ya lo sabe.

—¿Ah, no? Bueno, ya caerá. Como yo, como cada cual. Y cuando le toque, primero los nietos y después los nietos. Y en verano, todos al pueblo y el pringado de Baroja aquí, cumpliendo con el deber.

—He traído unos bocatas para el camino.

—Muy agudo, Mingo. ¿Los preparó su novia?

—No tengo novia, jefe, ya se lo he dicho cuarenta veces.

—¿Me lo dijo? No le creo. Yo, esas cosas no las olvido fácilmente. Bueno, hay unos botes de refresco en la nevera. Añada los bocatas a la intendencia —recomendó mientras regresaba al baño.

El ayudante obedeció la orden y se sentó luego, a esperar, frente al televisor.

—No he parado de dar vueltas al caso durante toda la noche —dijo al fin.

—Ha hecho un calor de cojones, sí —oyó gritar desde el interior.

Mingo bajó el volumen del aparato.

—Hablaba del caso, de García-Pufo.

No obtuvo repuesta y prosiguió el monólogo.

—Pienso, siguiendo el principio del más beneficiado, si no será su editorial la responsable de la desaparición.

—Eso sería como matar a su gallina de los huevos de oro —alegó Baroja desde el retrete.

—La historia está llena de huevos de oro convertidos en tortillas de bisutería, jefe. Quién sabe, quizá García-Pufo pensaba cambiar de editorial y dejarlos con sus propios huevos al aire.

—Está usted hablando de una señora, Mingo, un poco de respeto.

—Creo que deberíamos preguntarle por eso a doña Fangoria.

Baroja apareció en el salón, endomingado, dispuesto a todo.

—Coño, inspector, está usted hecho un pincel.

El piropeado respondió al halago con un forzado gesto de indiferencia. Apagó el vídeo, recogieron las provisiones y abandonaron el piso.

—Puestos a especular —dijo en el ascensor—, ¿por qué no pensar en un montaje publicitario?

—También pudiera ser —admitió el ayudante.

—Pues le aseguro que como sea así, se les va a caer el pelo.

—La tercera opción, la de la novela, ¿la ha considerado?

—Babosadas, Mingo.

—He repasado los detalles del caso Tomassi, y es clavado.

—Sólo son tres folios. No puede construir un mundo de unas pocas hojas escritas por un físico... lo que sea, coño.

—Ahí está el asunto. ¿No cree que podríamos ampliar la orden de registro al ordenador? Estoy seguro de que el resto de la novela puede darnos buenos indicios.

Baroja encendió su puro en lugar de responder. Entraron al coche y el conductor saludó con un modesto buenos días.

—¿Dispuesto a sudar, Ferrari? —soltó la primera fumarada—. Tenemos un cabrón de viaje por delante.

7

Benito deambuló por las calles mientras los pensamientos hacían lo propio por su cabeza. La fonda era poco más que una pocilga, sin luz suficiente para leer, con cortes de energía cada diez minutos, pero dormir al arrullo de la marea le había aclarado las ideas.

Estaba dispuesto a decir que sí a Fan. No necesitaba más horas de margen para decidirlo y, ya que aún estaba allí, pensaba acercarse hasta el chalé y dar su consentimiento antes de volver a la ciudad. Le bastaba con las primeras páginas para comprender que era una novela prometedora, y el estilo empleado por García-Pufo le parecía de lo más asequible que había escrito.

Tampoco podía dejar pasar la ocasión de salir de la nada, de esa vida anodina en que se había encerrado tras el trauma de la separación. Poco podía perder. ¿Qué tenía? Con cuarenta recién cumplidos, estaba entrampado hasta las cejas, un piso alquilado en un barrio de mala muerte, el coche empeñado, y un montón de quimeras literarias en los cajones, aparcadas para siempre por la propia incompetencia. Fan no le ofrecía nombre, pero sí pasta. Y un hombre con pasta puede comprarse tarde o temprano, el nombre que más le guste. O, cuando menos, darse algunos lujos.

Mientras buscaba, entre esquinas y callejas, la dirección donde cumplir su cita con Venus, resucitó en él, sin pretenderlo, la nostalgia reciente de aquellas manos sobre sus ojos, su aliento en la nuca, la excitación que le produjo la certeza de su proximidad, su abortado enamoramiento. Eres demasiado romántico, Benito, se dijo, y apartó enérgicamente de sí esas ideas cuando encontró el sitio, ya en los arrabales del pueblo.

Era una tasca casi vacía y ella ocupaba una mesa rinconera. Sonrió al verlo entrar pero no dijo una palabra. Enseguida llegó un tipo rechoncho, sucio y malcarado que les puso delante un remedo de carta, una única hoja, escrita a rotulador con faltas de ortografía y manchas de chorizo armoniosamente repartidas.

—Yo tomaría algo de la tierra —comentó Benito tras echar un vistazo a la escasa oferta.

—Lo siento, señor, pero no trabajamos lombrices ni cosas así.

Venus contuvo a medias una carcajada que no hizo mella en el camarero, serio hasta los límites de la profesionalidad o memo hasta lo inconfesable, pensó Benito. Encargaron un par de raciones y unas cervezas y cuando las tuvieron delante olvidaron el incidente.

—Soy todo oídos —se ofreció él.

—Paso a paso. Antes quiero saber qué estás dispuesto a darme tú. Por ejemplo, información sobre Hilario.

—¿Hilario?

—García-Pufo.

—¿Qué quieres que te cuente que no sepas de ese monstruo de la literatura?

—Ahora eres tú quien está de coña. ¿En qué anda metido?

—Ni idea. Creo que está por América.

—¿Ah, sí? ¿Serías capaz de gestionarme una entrevista con él?

—Eso es algo que se escapa de mis funciones, pero podrías llamar a Fan.

—Ya la he llamado y no me hace ni puto caso. Por eso estoy aquí, a ver si consigo que ese zorrón me reciba. ¿Estuviste ayer con ella?

—La vi un rato, sí.

—¿Te habló de Hilario?

—Estás obsesionada, Venus.

—No me vaciles. El aplazamiento de su rueda de prensa no fue casual.

—Si tú lo dices...

—Pues claro que lo digo, como tampoco es normal que se haya volatilizado sin decir ni pío.

—Creo que exageras. Nada de raro tiene que se haya tomado unas vacaciones.

—¿Sin avisarme? Eso es imposible.

—¿Por qué habría de hacerlo?

Venus lo miró con esa candidez que escondía tras su trabajada imagen de agresiva reportera. Pinchó un taco de tortilla y, con la boca llena, se lo dijo.

—Somos amantes.

A Benito se le puso la carne de gallina. ¡También ella! Se preguntó qué tenía ese jodido cincuentón que no tuviera él para frecuentar con tal desparpajo cuantas camas encontraba alrededor. Se respondió enseguida: fama, dinero, atractivo personal… y, por si fuera poco, escribía cojonudamente bien.

—Nunca se iría así, sin una explicación —confesó ella—. Llevo seis días sin saber nada de él; no está en su casa ni responde su móvil.

—Pues no sé más de lo que te he dicho, palabra.

—Temo que le haya ocurrido algo. Estaba escribiendo sobre un asunto turbio que vivió personalmente hace tiempo.

—¿Sobre esos Tomassi que dijiste?

—Un crimen sin resolver. Él, Hilario, tenía un rollo con la muerta, con la esposa quiero decir, antes de que apareciese asesinada —lo contó con una naturalidad pasmosa en una amante—. Durante estos años ha ido atando cabos y parece que había dado con la respuesta. Una respuesta peligrosa.

—¿Y cuál es? —se interesó él.

Venus lo contempló, fascinada quizá por su simpleza.

—Un autor serio nunca cuenta el desenlace. Deberías saberlo.

—¿Ni siquiera a una... buena amiga?

—Sólo algunos detalles, entre revolcón y revolcón. Pero la verdad nada más la conoce él.

—Habrás leído el borrador, al menos.

—Ni el título, Benito. Y eso es lo que necesito. Estoy segura de que en la novela deja suficientes pistas como para saber qué ha sido de él. ¿Crees que Fangoria me facilitaría un ejemplar?

—Lo dudo. Es muy estricta con sus negocios. Y tú no eres precisamente una mosquita muerta para dejar en tus manos un material que dices tan comprometido.

Venus bajó la vista y Benito creyó descubrir en su gesto una especie de contrición por no ser esa mosquita muerta. Luego, añorando la escena de la noche anterior, y sólo por consolarla, tomó una de sus manos; ella, al notar su roce, dejó clavada en sus ojos una mirada suplicante.

8

Al llegar a la protección del zaguán, Benito se repeinó el pelo alborotado y sacudió de los hombros de su americana la arenilla playera que, como pátina casposa, le había regalado el ventarrón.

Un coche de más en el aparcamiento significaba visita, pero él nada más necesitaba un segundo para comunicarle a Fan que estaba decidido a dar el paso. Sólo decir sí y regresar de inmediato a casa. Llamó al timbre.

Le abrió Chimo.

—Tenemos visita, Beni —parecía incómodo—. Hay tres polis ahí dentro haciendo preguntas sobre Hilario.

—Nada más quería confirmarle a Fan que acepto el encargo. Escribiré el resto de la novela.

—Me alegro. ¿La has leído?

—Sólo el principio, pero creo que puedo hacerlo.

—Fan se alegrará cuando se lo diga. ¿Vuelves a la ciudad?

—Ahora mismo, en el tren de la tarde.

Benito dio media vuelta, dispuesto a cumplir con su palabra. Antes de que abandonase el soportal, Chimo lo llamó y se fue hacia él. Con un brazo sobre su hombro, gesto de camaradería absolutamente imprevisible, le habló en tono confidencial.

—Se me ocurre que podríamos matar dos pájaros de un tiro, por decirlo de algún modo. Ya que vas a hacerte cargo de la novela, carece de sentido que sigamos manteniendo esta incómoda situación. Me refiero a

la desaparición de Hilario. Sólo nos trae molestias y trabajo para la policía. Ven, vamos adentro.

Lo condujo hasta el salón. Fangoria charlaba con tres tipos: uno, ya mayor, lanzaba chorros de humo por la nariz y, a pesar de ello, llevaba la voz cantante; otro, el más joven, parecía atento como un estudiante primerizo en la Facultad; el tercero apretaba las cejas y miraba al techo con un sospechoso rictus de oligofrenia.

—¡Señores! —anunció Chimo con aire triunfal—. Tengo buenas noticias: ¡Hilario García-Pufo ha aparecido!

Le miraron todos, Benito incluido, con caras de sorpresa.

—¿Dónde está? —Baroja se puso en pie señalando a Chimo con su medio puro.

—En México. Benito ha conectado con él. Pasará allí una temporada y acabará su novela.

—Magnífico —dijo Fangoria con evidente complicidad.

—Oiga, joven —interrogó el inspector a Benito—: ¿Ha hablado usted con él, así como hablamos nosotros ahora?

—No —respondió Chimo—. Por teléfono.

—¿Cómo iba a hacerlo si parece mudo?

—No lo es.

—Pues haga el favor de callarse y déjenos escuchar su voz, coño. Quiero decir —se dirigió de nuevo a Benito— si habló directamente con él o con personas interpuestas.

El interpelado tragó saliva e intentó resultar convincente.

—No, no, con él mismo. Llamó a la editorial y yo hablé con él, vaya que si hablé: como hablo con usted ahora.

—Esta noticia nos quita un peso de encima —Chimo recuperó la iniciativa—, y a ustedes un trabajo innecesario.

—En ese caso —concluyó Baroja— mejor para todos, ¿no? —hizo una seña a sus compañeros para que se levantasen mientras él se dirigía a la editora—. Y como no ha habido denuncia formal, espero no tener que molestarles más —ensayó una cortés reverencia y besó la mano de su anfitriona—. Muy agradecidos por el café, señora.

Chimo los acompañó a la salida. Entre Benito y Fangoria se cruzaron miradas inquisitivas, sin decir palabra. Cuando regresó su marido, ella apenas pudo reprimir el tono de regañina.

—Nos has metido en un lío, Chimo. Y me pregunto para qué.

—¿Lío? Todo lo contrario —replicó—. El lío lo teníamos con la bofia pegada al culo. Así, Benito acabará la novela con tranquilidad y, si para entonces seguimos sin saber nada de Hilario, ya decidiremos qué hacer. Podemos decir que el gran García-Pufo se ha retirado al desierto para siempre.

—A veces me sorprende tu impotencia, digo tu inconsciencia —le recriminó Fangoria—. ¿Cómo vamos a justificar entonces lo que acabas de decirles?

—Cualquiera puede confundir una voz por teléfono. No hay razones para la preocupación: sólo nosotros tres conocemos esta mentirilla.

—Me temo que no —intervino, tímido, Benito—. Hay alguien que lo sabe y quiere hablar contigo sobre ello, Fan.

La pareja le indicó con sus ojos inquietos que necesitaban más información.

—Venus Lennon —añadió—. Ella lo sabe.

—¿Esa meretriz de la tele? —gritó Fangoria.

—Y está aquí, en Lacosta, para preguntártelo en persona.

—¿Cómo puede haberse enterado?

—Se acostaban juntos, de vez en cuando —amplió Benito—. Y no se va a tragar eso de México.

—¡Qué vicio! —saltó Chimo—. Siempre se liga a las más golfas este Hilario.

—Será porque puede, no como otros —le recriminó su mujer.

Benito se dio cuenta de que empezaba a sobrar allí y preparó una discreta retirada.

—Creo, Fan —recomendó como despedida— que deberías dar una explicación a esa chica si no quieres que todo el mundo se entere de nuestra mentirilla.

—No soporto a esa chismosa. Hazlo tú de mi parte, Beni. Cuéntale lo de México, y que has hablado con Hilario. Tenemos que mantener la misma versión que ha parido este bobo.

Cuando Benito abandonó el salón camino del vendaval de arena, oyó los gritos de Fangoria recordando a su marido que la editorial era suya y que se abstuviera en lo sucesivo de intervenir, so imbécil, en sus asuntos.

DOS

9

Baroja, descorbatado y en mangas de camisa, leía la prensa deportiva. Mingo dormitaba apoyado en la ventanilla. Ferrari, al volante, intentaba superar el muermo de la cinta de Brian Eno que le había regalado su suegra para los viajes.

—¡Aquí lo tiene, Mingo! —el grito desveló a sus acompañantes—. Lea, lea.

Mingo, intentando recuperar su ritmo cardíaco tras el susto, acercó las narices al lugar del periódico donde Baroja golpeaba con su dedo, un recuadro firmado por un ilustre comentarista.

«El gol de Bubú que dio a su equipo el reciente título europeo es una reedición fotocopiada de aquel otro, marcado por Mai en Berna el 4 de julio del 54 frente a los húngaros y que significó todo un campeonato mundial. Un ejemplo de cabeza, corazón y cojones, las tres cés del manual de Flaco Mennotti».

—¿Y qué? —dijo después.

—¿Cómo puede escribir esta majadería? ¿Es que este tipo no se ha enterado de que fue Rahn quien metió aquel gol? Ése y el anterior. Mai no marcó en la final —respondió indignado.

Mingo lo miraba con cara de lelo. Baroja se lamentó de tener un ayudante tan cortito.

—Pues eso, coño, lo que yo digo, que no puede uno fiarse de los juntaletras —retiró el periódico a un lado—. Viven en otro mundo, fuera de la realidad, vamos.

—Ya.

—Ni en los deportivos puede uno confiar.

—No todos son iguales.

—De la misma madre, Mingo, hágame caso. Una banda que te lía si no andas vivo. ¿O es que usted se ha tragado lo que nos han contado esta tarde?

—¿Por qué no?

—Venga ya. Esta gente se ha creído que Baroja es un tolili. Si usted fuera un soplagaitas de primera, como ese García-Pufo, ¿telefonearía a un mindundi, o a la jefa?

—Un poco anómalo sí que parece.

—¿Anómalo? La leche de raro es lo que parece. Esto tiene una pinta de montaje publicitario que echa para atrás. Yo, como el santo aquél, mientras no toque la jeta de ese psicópedo, no me creo una palabra.

—Santo Tomás, inspector. Y se dice psicópata.

—Me la suda.

—Ya sabe que yo estoy más por investigar en la trama de la novela y en las relaciones privadas de ese tipo si queremos llegar a algo.

—Sí, un palpitazo de los suyos; como el de los calcetines, no te jode. Vaya vista, Mingo: en mi vida me han tocado las pelotas en el laboratorio como con esos putos calcetines.

—Quien no toma decisiones no se equivoca —protestó modoso, el ayudante, ante el rapapolvo.

—En eso tiene razón, hombre. De momento, vamos a decidir no cerrar el caso y a ver qué pasa. Y usted, Ferrari, ¿qué opina?

—¿Yo? —se sorprendió el chófer por su repentino protagonismo—. Pues que a ese fulano se lo ha follado el matrimonio del chalé y lo tienen enterrado en el jardín. En una película que vi con mi señora...

Baroja le dio una colleja y el coche respondió con un bandazo.

—No sea borrico, Ferrari. Allí no hay jardín: si te llega la arena hasta el bigote. ¡Y quite esa letanía satánica del casete, que vamos a tener una desgracia!

10

No le hacía gracia llegar a las tantas a casa, pero la charla con su jefa le había obligado a tomar el tren de última hora.

Benito renunció pronto a seguir el vídeo gore que ofrecían, y se dedicó a observar los rostros de sus compañeros de viaje, boquiabiertos con la mirada fija en la pantalla, haciendo guiños de asco a veces, o roncando a pierna suelta, aislados todos del mundo por el efecto hipnótico de los auriculares.

En el asiento contiguo se había instalado un enano vestido de los Chicago Bulls, con una bolsa a escala y a juego con el uniforme y que, como él, había subido al tren en la estación de Lacosta. Al igual que el resto del pasaje, estaba colgado de los cascos, pero alternaba sus miradas a la película con insistentes ojeadas laterales sobre Benito que éste recibía con disimulada incomodidad, desplazando su vista hacia los paisajes que viajaban a alta velocidad más allá de la ventanilla.

Decidió aislarse también, a su modo.

No era mal momento para regresar a la lectura que interrumpió Venus en el muelle. Llamar novela inconclusa a aquel magro montoncito de folios era un exceso de generosidad, y considerarla novela abortada le daba un cariz demasiado dramático, un cierto tufillo a tragedia que se le atragantaba.

Y más, al releer el párrafo donde quedó estancado:

...Yo me había acercado la noche previa hasta los alrededores del invernadero, lugar de nuestras últimas citas

espontáneas, por ver si ella paseaba en busca de aventura. Lo que observé desde allí no me llamó la atención al principio aunque luego, al conocer su muerte, no pude por menos que atar cabos y llegar a conclusiones, digamos espeluznantes.

Podríamos decir que aquella noche fui al lugar correcto en el momento oportuno. Dicen que más vale llegar a tiempo que rondar cien años. Me sucede a menudo y no siempre es grato. En ocasiones, si coincides en lugar e instante adecuados, te cae encima un piano, te endosan un espermatozoide crecidito que nunca fue tuyo, o te colocan según pasas un saco de cemento armado que puedes llevar toda la vida como si formase parte de tu chepa.

Posiblemente yo sabía más que cualquiera de los detectives, soplones o matarifes que hormigueaban en torno al asunto. Había, no obstante, lagunas en mi recuerdo, detalles fallidos que me habrían llevado, de seguir mi primer impulso indagatorio, a terrenos demasiado resbaladizos.

Por eso aparté cuanto antes ese deseo de mis reflexiones, puede que para evitar remordimientos y, de paso, alejarme de unos hechos que me ponían en el disparadero frente a Nicasio, tal vez frente a mí mismo. Un par de años después, cuando mi amigo cayó fulminado por un infarto, sellé mi relación con aquella historia, aquella casa y aquella mujer.

Benito miró de reojo al enano, que parecía fisgar disimuladamente en sus papeles con la desfachatez de quien lee el periódico del vecino en el autobús.

Reaccionó con rapidez y devolvió los folios a la bolsa, recordando la máxima de que una obra sin registrar jamás debe exponerse al albur de ojos desconocidos: por todas partes planean buitres ávidos de ideas. Menos

aún aquélla, que ni siquiera le pertenecía. De buena gana habría cambiado de asiento, pero el vagón estaba completo y hubo de aguantar el resto del viaje con cara de póquer o dando ligeras cabezadas sobre el cristal.

En la estación, Benito tuvo la impresión de que el enano baloncestista seguía sus pasos, más forzados los de éste, claro, más acelerados para no perderlo de vista. Se dijo si no estaría llevando demasiado lejos sus prevenciones, si ese afán de secretismo no era una paranoia inoculada por Fan.

Cuando llegó a la parada de taxis, ocupó la carcomida tapicería de uno de ellos y dio al conductor la dirección de casa, respiró algo más tranquilo.

Mientras se ponían en marcha, vio a su presunto perseguidor hacer la misma operación, y ya le pareció algo natural, a esas horas en que los autobuses escasean. Pero cuando los faros del otro taxi se colocaron a espaldas del suyo, Benito empezó a hurgar, nervioso, en la gomaespuma, acrecentando la escariada superficie del asiento.

Voy a dejarle el forro como un queso de Gruyère, reflexionó de repente y, al hacerlo, cayó en la cuenta de lo alterado que estaba porque nadie en su sano juicio, excepto un indocumentado, confunde la pátina llana y lustrosa de ese exquisito producto con la superficie volcánicamente horadada del Emmental.

Se hundió sobre el respaldo, sin perder de vista aquel coche a través del espejo retrovisor, intentando aceptar los hechos como venían. A cada maniobra de su taxista le respondía el de atrás con otra idéntica, circulasen por avenidas, rotondas o atajos, en una travesía nocturna de la ciudad que parecía gemela, previamente programada.

Ahora, lo importante era conservar la calma, salir cuanto antes del taxi y llegar sin percances al dulce hogar. Bien mirado, era un poco absurdo su temor: aquel hombrecillo no tenía media leche y se lo podía quitar de encima en cuanto le hiciera frente. Pero Benito se había tenido siempre por pacífico, odiaba montar escenas y, de animarse a ello, podían acusarlo de alevosía, nocturnidad y abuso de fuerza. Al fin y al cabo,

no era ilegal ir vestido de Michael Jordan, ni viajar en tren, ni tomar un taxi.

Al detenerse frente a casa, mientras abonaba la carrera, observó cómo el otro taxi frenaba en la esquina de la calle, a una distancia prudencial, sin apagar los faros. Pero no se quedó a ver más. Salió sin esperar la vuelta y alcanzó la seguridad del portal en tres zancadas.

11

Creía tener olvidado ese lastimero episodio de mi vida, y así habría permanecido para siempre si el profesor Ambrose no hubiese hecho público aquella tarde, ante la sorpresa de la comunidad científica internacional, que el generador de albúmina holográmica era un hecho cierto y que las investigaciones a pequeña escala con el actual prototipo lo convertirían, antes de un quinquenio, en elemento de la máxima potencia y precisión.

Naturalmente, esa revelación gustó muy poco en los ambientes de la inteligencia militar y el profesor Ambrose falleció un par de semanas después de su conferencia, en circunstancias que parecieron normales, si consideramos normal que un hombre sano en la cumbre del éxito se vuele la tapa de los sesos a los cuarenta años.

No obstante, y para quienes asistieron a la charla del prestigioso físico teórico, absortos por el alcance de semejante mensaje, pasó inadvertida una frase extraña, como a contrapelo, en los últimos párrafos de su discurso. 'A mí, desde luego —dijo con su habitual jocundia—, no se me congelarán las pelotas a la hora de hablar claro, por muchos gorilas que pongan tras mis pasos'.

Yo estuve allí. Sí, puedo presumir de que Hilario García-Pufo estuvo allí, en aquella conferencia histórica. Y esa

mención entre líneas a simios y órganos escarchados reavivó en mí el recuerdo de la nunca olvidada Belisa. Aquella frase levantó un velo interior que dejó al descubierto la imagen de un fogonazo subliminal, una escena no racionalizada, un instante enquistado a traición en el cerebro...

—Un poco narcisito sí que es ese García-Pufo —criticó la asistenta, que escuchaba atentamente la lectura de Benito mientras doblaba la ropa recién recogida del tendedero—. ¿No cree?

—Los genios —puntualizó él entre bostezos— se pueden permitir veleidades que son mal vistas en los demás.

—Será eso.

Benito esperó a un nuevo comentario por parte de Matilda, pero ella lo animó a continuar fijando en él su par de luceros negros.

...Reflexioné un tiempo sobre ello antes de decidirme. Ya no estaba Nicasio entre los vivos y a nadie haría mal, excepto al amante asesino, poner en papel lo que guardaba en mi memoria.

Cualquiera de mis lectores conoce la sutileza de mi percepción, el sexto o séptimo sentido que suele guiar mis pasos tras una historia que merezca la pena contar. Así que busqué en la dirección correcta, como de costumbre.

Rememoré entonces aquella tarde.

La casa parecía vacía. Nicasio andaba de viaje de negocios, poniendo firmes a unos socios recalcitrantes, y los sirvientes tenían permiso de fin de semana. Por mi experiencia, sabía que no había mejor ocasión que ésa para un encuentro con Belisa. Pasé más de una hora en las cercanías del invernadero, sentado bajo un frondoso nogal, hasta que dejé de sentir mis posaderas. Paseé luego por los alrededores, una y otra vez por la misma senda, intentando

quitarme de encima la tiritona de aquel relente otoñal. Pero estaba claro que ella no iba a venir.

Cuando, ya de anochecida y con las precauciones habituales, tomé el camino de salida hacia mi gatera particular, el agujero en el muro que me permitía entrar y salir inadvertido, apareció un coche por la entrada principal. Era uno de esos bugas de primera, de los que quitan el hipo, de tres piezas de largo, negro como un cuervo brillante, con antena parabólica y llantas de medio metro de anchura.

Pensé si sería ella que regresaba con compañía y di media vuelta, de nuevo hacia el cobertizo. No era la primera vez que me buscaba tras una aventura de las suyas y yo siempre estaba dispuesto a hacerla feliz.

Nada podía ver ni oír desde allí y aguardé pacientemente su llegada. A medida que pasaba el tiempo, empecé a pensar que se trataba de algo más que una visita de cortesía o un te llevo a casa después de la faena. Me arrimé hacia la entrada, donde vi el coche aparcado bajo los farolillos del porche, y la silueta de un par de tipos sentados en el capó, fumando tranquilamente. Decidí una nueva retirada, pensando que ésta sería ya definitiva.

Antes de llegar a la tapia, escuché el motor, muy revolucionado y, en un segundo, el coche pasó a toda leche junto a las arizónicas donde apenas había podido esconderme. Demasiada prisa, pensé, pero en ese momento no le di mayor importancia y regresé a casa a curarme el inequívoco amago de resfriado.

Fue Nicasio quien me dio la noticia dos días más tarde, y debo confesar que nunca, antes ni después, vi esa expresión de desconsuelo en su jeta de pícaro curtido, en sus ojos de pedernal, en su voz de quebrantahuesos acostumbrado a los avatares más sangrientos de la lucha por la vida.

Ella estaba tiesa, ya dije, después de cuarenta horas entre frigorías, pero no fue ésa la causa de su muerte. La autopsia determinó un fallecimiento por asfixia previo a su reclusión entre terneras en canal, salchichas y besugos. Quien la encerrara allí pensó más en la conservación adecuada de su delicado cadáver que en una mala faena. Y yo, que conocía los jueguecitos privados de Belisa, supe de inmediato que se le habría quedado a alguien, la pobre, entre castigo y castigo. Jugar en el límite siempre tiene sus riesgos.

Nicasio podía ser un cornudo, pero no un panoli, y se movió con rapidez entre los sombríos mundillos del sexo atípico. Nada de nada, como era de esperar. Ningún niñato encuerado de fin de semana, ninguna gobernanta de recia disciplina podía disponer de un coche como aquél que yo había visto llegar y escapar luego perseguido por el diablo.

Tampoco la investigación policial llegó más allá de ridículas especulaciones. Ningún indicio sobre Belisa en las horas precedentes a su muerte. Aquella mañana había estado de compras por la ciudad. Encontraron en su bolso las facturas correspondientes y el balance de su tarjeta de crédito revelaba además que había almorzado en un conocido restaurante de las afueras. Sola. A partir de ahí, su existencia se convertía en humo; más que eso: en aire incoloro, inmóvil, en algo que no existía.

Calló Benito y aguardó la opinión de Matilda.

—Me parece una historia prometedora —dijo ella.

—Y rara. Hilario nunca escribió una novela en primera persona y menos como protagonista, con su propio nombre. Siempre ha tenido a gala su distancia respecto a lo narrado.

—Se habrá querido dar una vueltita por el periodismo verité. A veces

hay que implicarse un poco más en la realidad.

Benito recordó el comentario de Venus sobre los Tomassi.

—¿Sugiere, Matilda, que puede estar basada en hechos ciertos?

—Eso parece.

—Carajo —dijo, rascándose la coronilla—. Eso complica las cosas porque me obligará a investigar.

—No se desanime, don Benito. Es una oportunidad que no puede rechazar. Aunque creo que debe aquilatar las condiciones con esa Fangoria. Pídale un quince por ciento de la novela, y para todos los formatos, que luego venden la historia para la tele y se forran.

—Debería ser mi agente, Matilda. Usted tiene las agallas que a mi me faltan.

—Ya empieza como siempre —se levantó con el montón de ropa entre los brazos.

—De acuerdo, no he dicho nada, me callo. Y usted haga lo mismo, por favor. Si Fan se entera de que le he contado todo esto, me capa.

—No tema por sus atributos, don Benito.

12

No había aparato que se le resistiese, especialmente los electrónicos. Por algo había completado su formación en la academia de policía con un curso a distancia de mecánica cuántica aplicada a sistemas vectoriales.

Mingo había hecho saltar los controles de seguridad del ordenador mediante un hábil puente de cables, como los que hacen los chorizos en los coches. El archivo de texto tenía el mismo título que la novela y ahora "El aire no deja huellas" estaba camino de la impresora.

Para evitar dejarse algo importante en el tintero, recorrió cada uno de los archivos de García-Pufo en el disco duro. Nada especial, al menos nada relacionado con lo que le había llevado hasta allí desoyendo las órdenes del inspector Baroja: unas cuantas fotos porno bastante burras y textos sueltos, apuntes de ideas, abandonadas por lo que él imaginaba una precipitada huida.

Empezó a leer en cuanto la máquina escupió la primera hoja. La descripción que el escritor hacía del asesinato de la esposa de Tomassi —cada vez veía más claro que se trataba de ese caso— era francamente buena, si se comparaba con el informe de los investigadores que él había leído hasta casi aprenderlo de memoria. Y dejaba sobre la mesa aspectos clave ignorados en éste. Ese coche peculiar; la revelación de las aficiones secretas de Analía, o Belisa, como la llamaba el autor; la seguridad de que su muerte podría haber sido consecuencia de las mismas... Aquello era un filón.

Engullía los párrafos.

Así, con más de tres años de retraso sobre los hechos, cuando las pistas habían perdido ya su olor y las ridículas versiones oficiales iban camino de convertirse en historia antigua en las hemerotecas, comencé a moverme en busca de respuestas.

El profesor Ambrose ya no existía, y los círculos espiritistas a los que yo tenía acceso no me merecían la suficiente confianza para invocar a su espectro y preguntarle qué coño había querido decir aquella tarde. Pero su frase, repito, había sido talismán suficiente en mi vida como para no reprocharle la fantasmada que lo llevó a la muerte antes de darme las respuestas que necesitaba.

Y siempre hay otros caminos para quien, como yo, tiene la habilidad innata de buscarlos. Por ejemplo, Ludolf, el ciego, sabía cosas. Nadie repara en las virtudes suplementarias de la invidencia, considerando, desde la más ridícula de las prepotencias, que sólo es cierto cuanto se ve, y que nada que carezca de color o forma merece ser tenido en cuenta.

Desde su chiringuito en la estación Central del Metro, Ludolf oía de todo cada día. Obscenidades, chismorreos, pronósticos, maldiciones... Ya se sabe que lo más oscuro y sucio de la ciudad se encuentra siempre en el subsuelo, bajo las alfombras de los psiquiatras o en los consejos de administración de las corporaciones bancarias. Y Ludolf era el oído agudo de las cloacas.

Hay quien opina que ésa, la de saber cuanto se mueve por los mundos inferiores, es su obligación y que se le paga muy bien por ello. Pero a mí nunca me interesó tanto quién fuese su patrón como los magníficos hilos de donde tirar que siempre puso en mi mano.

No andaba muy boyante de moral cuando lo visité, y me lo confesó con una carraspera lastimosa: 'Señor García-Pufo, algo turbio está moviéndose por la alturas; las mujeres ya no huelen como antes y mi oso apenas es capaz de reír'.

Pensé si serían los reiterados fracasos de la selección de fútbol, las promesas incumplidas del alcalde o la plomiza plaga televisiva, y así se lo sugerí por ofrecer una salida intelectual a su desconsuelo. Pero Ludolf es algo más que un ciudadano y no resulta fácil engañarlo con sandeces. 'El presidente Farias está acabado para la democracia —me soltó de sopetón—. Tiene demasiadas cosas escondidas en el desván. Usted me entiende, don Hilario'.

Yo soy un hombre de mundo y entiendo las cosas del mundo, especialmente si las explica Ludolf. Así que lo interrogué sobre los dos monitos abrazados que había creído ver en aquel coche la noche de autos, pegados junto a una matrícula que el exceso de velocidad me dejó como cruel mancha borrosa en algún rincón del hipotálamo.

Andaban muy desorientados los primates últimamente, me dijo. 'Contaminación acústica, ausencia de paradigmas, la muerte del padre, en definitiva —especuló, una vez más, con erudición—. Cualquiera, en su lugar, enloquecería, confundiendo lo fetén con la copia. Ahora bien, tratándose de una pegatina, ya es otra cosa. Si yo fuera usted, preguntaría por Garuga'.

Me reproché no haber pensado antes en ello. Era imperdonable que mi exquisita percepción hubiese dejado escapar tal asociación de datos. Todo estaba demasiado claro para suponer coincidencias en aquel cúmulo de certezas. Por eso decidí seguir directamente sus indicaciones y acallar de una vez mi mala conciencia.

Ludolf: al fin un nombre cierto entre la maraña de apodos.

Mingo guardó las hojas, devolvió al ordenador su aspecto original y abandonó el domicilio violado con ánimo exultante, dispuesto a reivindicar su imagen ante el despiadado y chocho Baroja.

13

A Benito no le gustaba recibir mujeres en casa.

Por no aguantar los cuchicheos de las vecinas a lo largo de meses, o las indirectas de Alfredo, el carcamal del portero, cada vez que pasase frente a la garita del portal.

Bueno, había otra razón, y era su incorregible timidez. Y una tercera: que nunca había encontrado a una mujer dispuesta a acompañarlo hasta allí. Tal vez por eso, Matilda le parecía tan distinta a las demás.

Ahora estaba muy nervioso y fumaba un cigarrillo tras otro, porque Venus Lennon le había anunciado su visita. A él, eso de mentir no se le daba bien; estaba convencido de que el receptor de su trola veía siempre detrás de sus palabras, quizá en sus ojos huidizos, que estaba engañándolo. Y luego venía lo del sudor, esa fuente asquerosa que se le desbordaba a traición en las palmas de las manos, en las axilas, en la frente.

Cuando escuchó el timbre de la puerta, confirmó por enésima vez que había puesto a buen recaudo cualquier papel comprometedor para la versión que habría de sostener. Abrió, asumiendo el comienzo de la batalla.

Venus lo saludó con un beso.

—Hola, tío —dijo—. ¿Dispuesto a todo?

Ese ataque frontal no se lo esperaba. Se supone que toda hostilidad comienza con algunas escaramuzas antes de entrar en el combate directo.

Ella pasó hasta el salón sin esperar una invitación explícita y se repantingó en el sofá. La minifalda dejó ver algo rosa debajo.

—¿Hablaste con Fangoria?

—Hablé —tartamudeó él mientras se sentaba enfrente.

—¿Qué dijo esa mamona?

Todo iba demasiado deprisa para Benito. Demasiados nervios. Si quería ser persuasivo, tenía que reducir ese ritmo infernal de preguntas y respuestas.

—Tranquila, Venus. ¿No vas un poco acelerada?

—Lo siento. Compréndelo, estoy nerviosa.

—Relájate, mujer. ¿Quieres una copa?

—No tomo alcohol. Estoy a régimen.

—Un refresco.

—No jodas, eso es química pura. ¿Quieres matarme?

—¿Agua?

—Olvídate de mí. Sírvete tú lo que quieras.

Benito aprovechó la oferta de tregua para mover las piernas incomprensiblemente anquilosadas, respirar profundo camino de la cocina y ponerse una cerveza.

Cuando volvió al asiento, ella extendía una línea de polvitos blancos sobre la mesa.

—¡Coño con tu régimen, Venus!

—¿Tú no necesitas gasolina? —le ofreció antes de esnifar.

—Muchas gracias, me basta con la cebada.

Venus se echó hacia atrás con los ojos cerrados. Estiró los brazos y se mantuvo así un momento, con los párpados bien prietos. La minifalda subió un par de dedos más. Sí, era rosa y con puntilla, confirmó Benito, azorado.

De repente, ella agitó la cabeza y lo sacó del sueño.

—Bueno, ya está bien, Venus —se dijo en voz alta—. Vamos a portarnos como una chica buena, que esta noche tenemos grabación —se dirigió luego a Benito, aparentemente más calmada—. Me decías que hablaste con Fangoria.

—Eso es. Y me autorizó a contarte la verdad.

—Muy generosa. ¿Dónde está Hipólito?

—En México.

—¿Y por qué no me llama?

—No lo sé.

—Ven aquí —le hizo una seña con el dedo, citándolo a su lado.

Benito avanzó, espantadizo por dentro, temeroso de que se le notase por fuera, hacia el hueco libre del sofá. Cuando se sentó, ella acercó su cara y le miró muy fijo a los ojos.

—Dime la verdad —musitó.

—Es... la verdad —sintió que lo cazaba con la mirada, atrapado igual que un gorrión en liga—. Yo mismo hablé con él.

—¿Te dijo cuándo volvería?

—No exactamente.

Fue desgranando la mentira convenida con el mayor lujo de detalles que pudo inventar y pronto se sorprendió rebatiendo con cierta fluidez cuantas objeciones le llegaban de la boca de Venus. Ella le tomó la mano mientras hablaban y, sin saber cómo, acabaron aterrizando juntas en su muslo interior, desnudo, cóncavo, caliente. Se le fijó allí la mirada incrédula, junto a la puntillita, también de seda rosa. La tenía tan cerca, a un palmo escaso... Sus dedos empezaron a hervir en aquel crisol alquímico, un hormigueo tan veloz que enseguida le alcanzó el rincón más íntimo del laboratorio de testosterona.

Contrólate Benito, se decía entre sudores. Ella lo hace con la mayor naturalidad, no la malinterpretes.

Seamos serios, Benito, oía a una voz interior que cada vez sonaba más lejana, más débil a medida que crecía su deseo. Y se imaginó a su deseo, gigantón y fuerte, estrangulando sin piedad a esa voz de vieja meapilas.

La voz murió de repente y su mano libre se lanzó en busca del área obsesiva.

Venus le sopló en los ojos.

Fue un frenazo descomunal, como reaccionar por instinto ante un inminente paso de cebra que no existía un segundo antes.

—Te has quedado pasmado, tío. ¿Qué me dices de la novela? —preguntó ella, aparentemente ajena a su proceso.

—¿Y qué coño voy a saber yo de su novela? —Benito desahogó su frustración regresando a su silla y su cerveza.

Y sonó muy convincente.

14

Cruzar la ciudad en horas punta era uno de los placeres inconfesados de Ferrari. Navegaban, por así decirlo, hacia la estación Central de Metro, y lo hacían entre mareas sucesivas, disfrazadas algunas de ciudadanos y otras de vehículos, según el capricho de los semáforos.

Cavilaba, manos al volante, sobre cómo habían cambiado las cosas en los últimos tiempos y concluyendo que, por fortuna, ya no eran los veranos como antes, cuando la ciudad quedaba casi vacía y daba asco circular por calles abandonadas, sin vida. Ahora, un buen conductor podía demostrar su habilidad todos los días del año y ofrecer a los demás sus buenos consejos.

—¡Eh, cabronazo! —gritó a un porsche al sobrepasarlo—. ¿Guardas los intermitentes para el árbol de Navidad? ¡A ver si señalas la maniobra!

Mientras esquivaba nubes de peatones suicidas, miró por el retrovisor a sus compañeros, que intercambiaban opiniones en el asiento posterior. Baroja parecía extremadamente molesto por aquel desplazamiento y responsabilizaba a Mingo de la calorina.

—Aunque la culpa es mía por hacerle caso —refunfuñaba el jefe—. Si es que, en el fondo, soy un blando, joder. Y todo para qué, para visitar al personaje de una novela.

—Es un conocido confidente, inspector —explicaba Mingo con paciencia infinita—. Tan real como usted, como yo, como Ferrari, sin ir más lejos. Me extraña que no haya oído hablar de él.

—Mamonadas —Baroja se enjugaba la frente con el pañuelo—. Mis confidentes son cosa seria, de los de toda la vida. ¿O no, Ferrari?

—De primera. Y con experiencia —confirmó el chófer—. Todos de setenta para arriba.

Una vez en su destino, Baroja cedió el mando logístico a su ayudante. Mingo los condujo entonces por angostos y tenebrosos pasadizos con olor a sobaco y orines, hasta llegar a un pasillo inacabable, donde los tubos fluorescentes iluminaban en morse: cuatro segundos de luz, siete de reposo; y luego, cambio de ritmo: ningún segundo de luz, lo mismo de descanso.

El inspector no se encontraba a gusto en aquellas galerías lóbregas, masificadas de gente, chiringuitos y basura. Le faltaba el aire. Despotricaba a cada paso, olisqueando delito en todo hocico que asomase.

—Me va a dar algo entre tanto gusarapo.

—No exagere, jefe —lo alentaba Mingo—, que enseguida acabamos. Y no los menosprecie: aquí se mueve lo más selecto del hampa.

—Sabandijas, Mingo, sólo las sabandijas se esconden bajo tierra. Los delincuentes de verdad, los que merecen la pena, respiran aire libre. Aunque es cierto que ya no quedan de ésos. Ya no hay gente dura, ¡qué razón tenía Lee J. Cobb en «La ley del silencio»!

Baroja se creyó en la obligación de glosar la cita, ante la evidente ignorancia de su segundo.

—Una película, coño.

—¿En blanco y negro?

—En blanco y negro —balanceó su testuz el inspector mirando al suelo, seguro de que el santo Job nunca había pasado por pruebas semejantes—... En blanco y negro, dice... Mírelos: sólo gusarapos. De colores, pero gusarapos.

Lo encontraron, finalmente. Parapetado tras un mostrador tendido sobre sacos terreros, un tipo rasgaba un violín sin cuerdas. Ninguno lo comentó, pero era evidente que sólo un ciego podía llevar gafas oscuras allí; y sólo un ciego podía estar acompañado por un enorme oso negro que ronroneaba, al ritmo de la música subliminal, con un ojo puesto en el platillo de las limosnas, y el otro también porque no era un oso bizco.

—Ése es Ludolf —susurró Mingo—. Es renano.

—Joder, pues me saca la cabeza —observó, perplejo, Ferrari.

Baroja estaba seguro de que el chófer no podía ser tan idiota, así que dedujo que era el síntoma de que Ferrari padecía los primeros embates de una sordera galopante.

Chistaron al ciego desde el borde del mostrador, siempre bajo la mirada huraña del plantígrado, que alternaba su vigilancia entre la escudilla y aquellas manos, presumiblemente codiciosas, que acababan de llegar.

Pero sólo les respondió la música:

—Sarasate sarasate sarasate… —repetía el alegre pizzicatto.

Y volvieron a llamarlo.

—No molesten, coño —afeó, por fin, el oso, la insistencia de los mirones.

Baroja hizo notar ese detalle a sus compañeros.

—Ni caso —aconsejó Mingo—. El bicho es sordomudo: Ludolf es ventrílocuo.

Aguantaron, pues, hasta el final de la sonata, los codos sobre la tabla, la atención secuestrada por el arte, el alma sollozante de emoción, los vigilantes jurados repartiendo leches entre trapicheros de poca monta.

Por fin, Baroja se atrevió a cruzar al otro lado, llegó hasta el virtuoso y se identificó con la placa por delante. Ludolf hizo una maniobra táctil de aproximación y, aprovechando el desmañado abrazo, deslizó su mano sobre el trasero del visitante.

—Ah, Lilí, amor —gruñó el oso. Pero Baroja, por el acento, enseguida supo que era el ciego—, me gustaba más tu culo de antes. Has engordado un poco.

El inspector retrocedió indignado.

—¡Me cago en su padre! —echó mano a la pistola—. A mí no me soba un personaje ficticio.

Mingo lo detuvo con dificultades, tras un forcejeo desigual y palabras tranquilizadoras. Ferrari parecía poseído por el espíritu del desconcierto y no le quitaba ojo al ciego, como si intentase descubrir en él algún arcano, la clave secreta de un misterio insondable.

—¿Qué quieren tomar? —dijo Ludolf, muy atento.

—Nada —bufó Baroja, algo más calmado—. Estamos de servicio.

—Hombre, jefe —medió el segundo—, digo yo de consumir algo, sólo por estar a buenas con el confidente.

—Ponga unos mostos, entonces —aceptó Baroja de muy mala gana.

Intimaron rápidamente ante las bebidas.

Mientras la fiera hacía recuento de la colecta del día —una y otra vez, el pobre analfabeto, pues siempre se equivocaba al pasar de dos—, Mingo expuso a Ludolf el asunto que los había llevado hasta allí.

El ciego chasqueó la lengua —sarasate... sarasate...— antes de ofrecerles la clave.

—No hay respuestas definitivas para los tiempos que vivimos —dictaminó—. De Bakunin acá, se nos acabaron los profetas, señores.

—Pero, ¿dónde coño podemos encontrar a García-Pufo? —a Baroja empezaban a marearle aquellos densos aromas de cloaca.

—Les digo lo que le dije a él: si yo fuera ustedes, preguntaría por el Maestro Neoflor.

—Usted no dijo eso —protestó Mingo—. Usted dijo Garuga: preguntaría por Garuga. Yo lo leí en la novela.

—Me ofenden, señores.

Ludolf recogió a su oso y, tras cerrar la llave del gas, desaparecieron ambos entre la multitud, camino de la fama.

Baroja dedicó a Mingo una mirada matadora y tiró del brazo de Ferrari hacia la salida.

Abandonaron aquel rincón insalubre en busca del olor a gasóleo quemado y a contenedores de basura ácida, rebosantes, sin recoger. Y ese chorro de aire higiénico pareció sacar al chófer de su introspección.

—Ese fulano, el enano del oso, parecía alemán, ¿no?

15

Benito se preguntaba quién sería ese Garuga. Si Nicasio no era en realidad Nicasio sino, al parecer, Tomassi, ¿a quién habría que atribuir el pseudónimo de Garuga? ¿Y el de Ludolf?

Empezaba a considerar que había aceptado demasiado pronto la propuesta de Fangoria, que la novela de Hilario podía ser un verdadero galimatías imposible de continuar.

Y, puestos a pensar, no podía dejar de hacerlo en Venus, en el arrebato pasional que había sentido por ella. Volver a sentarse en el mismo lugar del sillón y recordar aquel sueño desafortunadamente malogrado, le ponía de nuevo a cien. ¿Estaría enamorándose? ¿Sentiría ella algo parecido por él a pesar de su impresentable timidez? ¿Sería el sujetador de Venus también de seda rosa?

Demasiadas preguntas. Siempre le habían fatigado los exámenes y no pudo reprimir uno de sus bostezos antes de continuar con la novela.

> *Garuga me dio esquinazo durante más de tres meses. Un gurú tiene sus privilegios; el de creerse imprescindible no es, precisamente, el menos admirado. Y esa creencia se traduce, por lo general, en hacer la puñeta al prójimo sin dar al hecho la menor importancia.*
>
> *Pero ya lo había dicho Ludolf: si alguien sabe, ése es Garuga, de modo que acepté mi número y me puse a la cola, tragándome la impaciencia hasta que llegase el día de mis diez minutos de audiencia privada.*

Este obstáculo detuvo momentáneamente mis pesquisas; aunque no mi trabajo que, muy al contrario, empujado quizá por la impaciencia, vino a multiplicarse. De aquel tiempo de espera inquisitoria nació mi poemario 'Chotos' y el esbozo de lo que después habría de convertirse en el celebrado ensayo 'Dueto casi a dos voces'...

Benito dejó escapar un risa sarcástica al recordar la verdad sobre aquellas obras, buena parte de las cuales habían salido del esfuerzo combinado de su coco y su ordenador. Es duro ser negro, aquí y en Alabama, se lamentó calladamente, al tiempo que dejaba ir sus recuerdos a través de la ventana.

Y al hacerlo, le dio un vuelco el corazón.

Allí abajo estaba el enano, vestido ahora con maillot y gorra amarillos, pedaleando sobre una pequeña bici de ruedines. Iba y venía por la acera de enfrente, de una esquina a otra de la manzana, sorteando paseantes, su portal como centro geométrico de tan estrafalario tour. Lo observó durante un rato. Se detenía a veces, bajaba de la bicicleta y paseaba un poco andando, conduciéndola de la mano. Luego, se reintegraba a su disimulada actividad de merodeo.

Benito se propuso no obsesionarse y regresó al texto, aunque no podía evitar involuntarias miradas esporádicas con el rabillo del ojo al motivo de su desasosiego. ¿Dónde estaba? ¡Ah sí!: es duro ser negro, aquí y en Alabama, se lamentó antes de seguir.

...La mañana de nuestra entrevista amenazaba lluvia. El cielo se había disfrazado con la clásica panza de burra que suele anunciar a la ciudad que la plusmarca de contaminación está a punto de ser batida. A pesar de tales perspectivas, me recibió en el jardín, un vergel imposible para esa época del año, lo que me llevó a felicitarlo, a modo de saludo, por la habilidad de sus jardineros en el reparto de tanto plástico virtualmente vivo.

No le agradó mi apreciación. Creo que intuyó en mis palabras un fondo de mala leche que no existía y eso condicionó el desarrollo de nuestro encuentro; eso, y lo que pasó después.

Garuga era el prototipo de gurú: de edad indefinida, más cercana a los sesenta que a cualquier otra; bien alimentado, por no cometer la impiedad de considerarlo obeso; rectangular, más que rechoncho, de espesos cabellos y barbas entreveradas de negro y gris, como la cola de un buen caballo percherón, aunque en vez de colgar de ella arrancamoños, él tenía florecillas.

Digo esto porque gasté los primeros minutos, mientras él digería su cabreo, en observarlo fijamente, sin perder detalle de sus saltones ojos negros; de su sotana de diseño, azafranada y sin arrugas; de la beatífica halitosis que repartía con generosidad en un radio de metro y medio.

Finalmente, una vez reconocido el terreno, me decidí a hacerle la pregunta que me había quemado la lengua durante tanto tiempo. 'Ando buscando dos monitos abrazados', dije. '¿Homo o heterosexuales?', respondió sin inmutarse.

Admito que no estaba preparado para esa contingencia pero, en un alarde de mi usual agilidad, me apoyé en la lógica y respondí, con empaque, que probablemente serían sadomaso y se lo montarían junto a la matrícula trasera de un cochazo. En ese momento empezaron a caer gotas como puños que nos calaron en unos segundos. Le viró la cara hacia el rojo, dijo que la audiencia había terminado y se marchó.

De nada valieron mis protestas ante los fornidos acólitos por la suspensión de la consulta y, cuando exigí la devolución del dineral que había pagado, se limitaron a mostrarme sus cachas. Salí convencido de que no había mucho más que hacer allí.

16

Engullían unos donuts en el parque, a la sombra amable de unos tilos. Ferrari compartía las migajas con una bandada de palomas que acudía, como legión de acreedores ilusos, hasta sus pies. Baroja masticaba lentamente mirando al cielo, buscando unas nubes que no había. Mingo, entre mordisco y mordisco, leía en voz alta.

> *Nunca me rindo. Ésa es una de las virtudes que los lectores aprecian de mí. Y hacen bien. Saben sobradamente cómo hube de mendigar durante años una miserable oportunidad ante empleados de tercer rango en las peores editoriales; pagar una copa tras otra a agentes literarios de baja estofa; arrastrarme por camas, felpudos y bañeras de provectas editoras. Y todo para nada.*
>
> *Tampoco me rendí entonces aunque, la verdad, el desparpajo de mis pocos años me ayudó en el camino del éxito. Quienes me siguen desde el comienzo recordarán aquel episodio en el obispado. A veces me parece que fue ayer: aún siento en mis manos la textura de aquella lata de seis litros de goma arábiga y escucho los aullidos mortecinos, el gluglú afónico del capellán militar cuando se la encajé en la cabeza.*
>
> *Fue un comienzo radical, definitorio. La Prensa cayó a mis pies y, pasados seis deliciosos meses de trena, una de-*

cena de cámaras llevaba mi rostro, mi palabra, mis reivindicaciones, a todos los hogares del país. Entre eso y mi primer premio literario apenas transcurrieron nueve meses y, a partir de ahí, García-Pufo hizo honor a su apellido.

Sí, mis lectores conocen mi trayectoria, la seriedad de mi perseverancia. Y por eso me creerán cuando les digo que la novela que tienen ahora en sus manos es el producto más preciado, por costoso, de cuantos he abordado hasta hoy. Porque hay recuerdos íntimos en ella, hay dolor verdadero, traición real y sombras ocultas y, sobre todo, porque me está costando un huevo acabarla.

Lo de Garuga me dejó tocado, para qué negarlo. Intenté una nueva audiencia, pero el tipo no tenía tiempo para mí, ni siquiera triplicando el precio de la entrada, que ya era una pasta. Estaba claro que me rehuía, aunque el motivo podría ser tanto mi inoportuna observación sobre sus plantas artificiales como la aguda pregunta que le lancé cuando el muy ladino creía tenerme acorralado.

Deduje, tras varios días de reflexión, que un gurú como es debido ha de tener suficiente mano izquierda como para soportar los comentarios más estúpidos de sus interlocutores y que, por lo tanto, había sido la segunda alternativa el motivo de su rechazo.

Una vez llegué a tan decisiva conclusión, investigué en un doble sentido, más que nada por no dejar cabos sueltos en los que tropezar después. Por un lado, mis fuentes policiales confirmaron una sospecha que, no sé por qué, venía calentándome los sesos: las huellas tomadas en el cuerpo refrigerado de la pobre Belisa habían desaparecido del juzgado de instrucción. El asesino tenía mano. Bueno, tenía dos porque, en caso contrario, no habría podido agarrar el cuello de la víctima. Quiero decir que tenía influencia.

También estudié a fondo los registros mercantiles y encontré sabrosas noticias: Garuga estaba podrido de dinero, tal y como se había insinuado ya desde algunas tribunas de la prensa independiente. Aunque sus ingresos no llegaban a través de sociedades directas ni interpuestas, sino por la bienaventurada vía de millonarias donaciones.

Convencido de que ese hombre tenía mucho que esconder, establecí un puesto de vigilancia permanente frente a su palacio, en una colina próxima; algo discreto: una tienda canadiense y un disfraz de ornitólogo que me permitían observar con impunidad y unos prismáticos los movimientos en torno al recinto. Pasé una semana allí, viviendo como un ermitaño y sin otro alimento que unos cuantos botes de legumbres y un cartón de tabaco.

Mi presencia llamó la atención, como era de esperar y, tras varias aproximaciones disimuladas de paseantes vestidos de azafrán, acabaron por abordarme. Pero yo, naturalmente, ya estaba preparado para tal contingencia y había estudiado debidamente las peculiaridades faunísticas de la zona. No pudieron pillarme en renuncio y, cuando se interesaron por mi cuaderno de campo, repleto de anotaciones con siglas y horarios, nada fue más fácil que comerles el coco con una teoría sobre la discriminación sexual entre los vencejos alpinos y sus diferencias con los pálidos, mucho más equilibrados y simpáticos estos últimos.

Me invitaron amablemente a almorzar con ellos en la cantina del noviciado y acepté gustoso. Hay que confesar que comían como Dios, y yo no les anduve a la zaga tras el régimen espartano que la investigación me había impuesto.

No es que saliera bebido de la sobremesa, pero me costó un poco encontrar el camino de vuelta y, al llegar por fin al otero, no quedaba allí ni rastro de tienda, prismáticos,

cuaderno ni provisiones. Cuando tomé un taxi para regresar a casa, me pareció apreciar una curiosidad reprimida en el chófer. Concluí que sería mi por indumentaria, y pasé por alto sus torpes carcajadas.

Mingo dejó que su lectura sedimentara en la selecta audiencia. Baroja encendió su puro. Ferrari seguía envuelto por las palomas, que ya habían tomado confianza suficiente como para posarse en su cabeza y llenarle de cagarrutas los hombros y sus alrededores.

—¿Qué les parece? —se atrevió el lector a romper el plácido silencio.

—No tenía idea de que los pájaros sufrieran problemas de discriminación sexual —comentó Ferrari, ajeno a lo que la colombofilia estaba haciendo de él.

—Está majara —dijo Baroja—. Ese Hipólito es un imbécil.

—Hilario, inspector. Su nombre de pila es Hilario. Y, si me permite, creo que sabe lo que cuenta. Ya le dije que las pruebas dactiloscópicas del caso Tomassi desaparecieron, efectivamente, del informe. ¿Cómo iba él a saberlo si no se hizo público?

—Hay mucho mamón en el Cuerpo que confraterniza con los juntaletras.

—De acuerdo —admitió Mingo—, pero su novela demuestra que conoce el caso y que escribe sobre él, aunque utilice nombres falsos. Para protegerse, seguramente.

Por primera vez en los últimos días, le pareció que Baroja dudaba. Rumiaba algo en silencio, elevando el ángulo de los ojos, de la nuca, en busca de un pensamiento correcto, con un rictus de éxtasis en la garganta, cuidándose mucho de lanzar contra él sus paleolíticos argumentos. Abrió la boca, por fin, y se metió el dedo índice hasta la epiglotis. Lo sacó luego, entre arcadas.

—¡Hostias, Mingo, casi me ahogo! Cada día ponen más basura en estos bollos. Mire: un trozo de plástico —mostró el trofeo que había capturado junto a la campanilla y su ayudante se maldijo por su inocencia y falta de olfato.

Baroja tosió varias veces para aclararse la voz.

—No me creo una puta palabra de lo que dice ese pisco... ese enfermo —añadió, ya repuesto—. Pero como no tengo una hipótesis mejor, escuchemos la suya.

Mingo lo miró, incrédulo. Cuando se convenció de que lo decía en serio, habló lentamente, para no atropellarse ni echar a perder esa espontánea muestra de confianza.

—Punto uno: García-Pufo sabe de lo que habla. Punto dos: habla del asunto Tomassi, del asesinato sin aclarar de su esposa. Punto tres: emplea, en la mayoría de los casos, pseudónimos, nombres cambiados, para que me entienda...

—Le entiendo, le entiendo, no desbarre.

—...Punto cuatro: tiene miedo, naturalmente, a las consecuencias de su denuncia. Punto cinco: Estamos jodidos porque les acabo de leer el último folio; el resto de la novela, si está escrita, sólo la tiene el autor.

—¿Y los monos ésos de los cojones?

—Pueden ser reales, o un símbolo de algo real, disimulado también, como algunos nombres.

—¿Y ahora, cuál sería su próximo paso?

—Garuga; es decir, el Maestro Neoflor.

—Pero, ¿es que existe ese tipo?

—Pues claro —intervino Ferrari—, ése que sale en la tele. Mi señora lo sigue mucho.

—No estoy muy al tanto de la telebasura —se excusó el jefe.

—García-Pufo lo define exactamente —explicó Mingo, animado por el campo abierto que se le concedía—. Sólo le cambia el nombre. Garuga es Neoflor. Un telepredicador de la Nueva Era: el amor, la sonrisa, que los niños se acerquen a mí y todo eso.

—¿Un baboso pederasta, quiere decir?

—Nada indica que lo sea. Me refería a que su doctrina es una de esas filosofías dulzonas de clase media alta para arriba, de las que dan más dolor de tripa a los que no tienen qué comer.

—Un vivales, vamos.

—Más o menos, inspector.

—Y sugiere que vayamos a verlo.

—Deberíamos.

Baroja se lo pensó un momento.

—De acuerdo, iremos. Pero le advierto que como se sobrepase conmigo, a éste lo dejo seco.

TRES

17

La voz sonaba a falsa, como si atravesase una membrana antes de llegar a sus oídos, con una vibración que recordaba a Benito el aliento bufo de los matasuegras o los muñequitos de don Nicanor tocando el tambor. Estaba claro que utilizaba algún filtro.

—¿Quién carajo es usted?

—Puede llamarme Blancanieves —dijo la voz, ambigua sexualmente hablando.

Perfecto, se dijo Benito. La que faltaba.

Primero el enano y ahora Blancanieves. Sí, por qué no. Cada día más sofisticados, los creativos. Ojalá fuese todo parte de una campaña publicitaria. Se simplificarían las cosas, acabarían las paranoias. Demasiado fácil.

—Más parece el tío Gilito. Le advierto que no acepto encuestas telefónicas, ni tengo interés por cursos de inglés y me la traen floja las ofertas bancarias.

—No es eso.

—Igual de odioso me parece que violen mi privacidad con campañas agresivas. ¿Qué basura me quiere vender? ¿Canales temáticos, multipropiedad?

—Que no.

—Pues usted dirá.

—Creo que tiene usted entre manos un trabajo...

—Tampoco necesito enciclopedias.

—No voy a venderle nada, hombre.

—Nadie ata los perros con longaniza. Será uno de esos regalos ridículos a cambio de aguantar un tostón de tres horas. Y luego, años comiéndote el tarro para que compres cosas que no necesitas.

No hubo respuesta ahora. Benito se quedó callado, a la espera.

—¿Sigue ahí? —dijo, al fin.

—Claro que sigo —respondió la voz—. ¿Ha terminado ya con su lista de negativas? ¿Me permitirá hablar un minuto sin interrupciones?

—Está bien, pero como sea un truco, le cuelgo y sanseacabó. No estoy para perder el tiempo.

—No lo perderá, se lo aseguro. Le decía que ese trabajo que tiene entre manos puede ser complicado. Naturalmente, me refiero a la novela de García-Pufo que usted debe completar —Benito se quedó sin voz y no pudo interrumpir de nuevo, como hubiese deseado—. En fin, ya conozco el caso, lo de la desaparición de ese señor y todo lo demás. También sé que es usted un magnífico falsificador de estilos y no dudo que será capaz de hacer un buen trabajo. Oiga, ¿sigue ahí?

—Sí —contestó con un hilillo de voz.

—Intentaba decirle que yo dispongo del resto de la novela. Podría entregársela. ¿Qué le parece?

—Ya le he dicho que no voy a comprar nada.

—No sea absurdo. Le estoy ofreciendo la novela, gratuitamente.

—No sé de qué novela me habla. En todo caso, si tiene interés en publicar algo, debería dirigirse a la editora de ese señor. Yo la conozco. Si lo desea...

—Bien, ya veo que es tozudo. No tengo el menor interés en enviar la novela a esa editora. Yo le mando a usted una muestra y después hablamos.

—Ya. En fascículos, ¿verdad? Me lo temía.

18

El hall del hotel estaba abarrotado de jóvenes de ambos sexos, alegres, trajeados, pulcros, con una redonda escarapela verde a la altura del corazón y un lema sobre ella, serigrafiado en letras de plata: “Te amo”.

Los amplificadores no paraban de repetir la misma canción, una de esas baladas corales compuestas para las campañas televisivas de bebidas refrescantes y que, con la excusa de animar el cotarro, sirven tanto para un roto como para un descosido.

Cuantos pasaban por el lugar eran inmediatamente acosados por aquellas sonrisas de dentífrico mentolado e inundados de folletos, flores de plástico y un par de besos indiscriminados de labios de sus felices asaltantes.

En el exterior, por el contrario, se dibujaba un atardecer espléndido.

—Estoy hasta las bolas de estos neojipis y de sus asambleas —masculló el portero mientras intentaba rescatar al trío atrapado por el tapón humano en la puerta giratoria.

—Paciencia, hombre —recomendó Baroja cuando el uniformado le estiró de la manga—. Al fin y al cabo, todos hemos sido jóvenes alguna vez, creo recordar.

El portero soltó un bufido y lo miró con cara de pocos amigos, pero lo protegió entre sus anchas espaldas de la vorágine de extasiados y, casi en volandas, lo condujo a una zona menos densa. Luego, se acomodó la librea y se ajustó la gorra, dispuesto a recuperar a los dos restantes, al tiempo que el inspector peleaba por abrirse paso entre la multitud.

—No sé yo si es el mejor día para ver a Neoflor —dijo Mingo al llegar a la altura de su jefe y bien agarrado a la mano de Ferrari.

—Usen sus placas para abrirse paso —recomendó el inspector—. Tenemos que llegar hasta el auditorio.

Diez minutos después, y en vista de que la exhibición de sus credenciales no les había ayudado a avanzar un palmo, Baroja decidió cambiar de táctica.

—Usen sus placas por la parte posterior.

Un pasillo se fue abriendo inmediatamente ante ellos, un corredor formado por jóvenes repeinados que se rascaban y se preguntaban con miradas de desconcierto quién coño habría podido pincharles en el culo con tan mala leche y un alfiler tan gordo.

Resultó fácil llegar al auditorio con ese sistema y pronto alcanzaron los tres la base misma del escenario.

Hablaba desde allí un tipo desgreñado, entre otros tipos desgreñados y sentados en semicírculo alrededor del primero, todos ellos vestidos con túnicas de color azafrán y en actitud orante.

El charlatán dijo un palabro.

—Inagaddadavida.

Brotó entre el público un vocerío ensordecedor que hizo vibrar los cimientos.

—¡Joder, que ánimos! —se quejó Baroja—. No había oído un clamor así desde que el Real consiguió vender a Anelka.

—Allí está mi señora —chilló Ferrari—. Aquélla del perrito.

—Déjese de familiaridades —le afeó el jefe—. Estamos de servicio. ¿Quién es el baboso del Maestro Neoflor?

—No está ahí —aclaró Mingo—. Supongo que lo dejarán para el final, como postre.

El fulano del escenario volvió a decir la misma palabra y le respondió esta vez un silencio sagrado.

—¿Por qué no gritan ahora? —murmuró Baroja.

—Toca levitación —explicó Ferrari, que parecía un experto—. Lo he visto muchas veces en la tele.

—Pero si ha dicho lo mismo, el muy mentecato...

—Cuestión de liturgia, supongo —apuntó Mingo.

Los azafranados que escoltaban sentados al orador empezaron a elevarse sobre el suelo, muy lentamente, hasta detenerse a un par de palmos de altura.

—Eso tiene truco, seguro —se burló Baroja.

—No sé, jefe —dudó su ayudante—. He oído hablar de gente capaz de hacer cosas extraordinarias con la mente.

—Mi señora, sin ir más lejos —le apoyó Ferrari—. Hay noches que me deja con las pelotas al aire porque se lleva sábanas y todo para arriba.

El inspector miró con desprecio al chófer.

—No sea mamón —dijo—. Será flato o algo parecido.

En pleno debate policial, un tramoyista se acercó hasta el orador y le habló al oído. Fue algo breve, pero que dejó un rictus de espanto en su cara. Se colocó entonces el maestro de ceremonias en medio del semicírculo y dijo a los levitantes algo que nadie pudo escuchar y que les hizo descender de nuevo, incorporarse y salir pitando del escenario. Después, y aunque Baroja olía ya su miedo a distancia, habló a la asamblea con una calma casi creíble.

—Hermanos, debemos dar por acabada nuestra celebración. Os ruego que desalojéis el hotel lo más ordenadamente posible y sin perder tiempo.

Dicho esto, aceleró el paso y tomó el mismo rumbo que sus compañeros, y con la misma prisa. En el patio de butacas, el público corría ya alocado hacia las salidas.

—Esto no me gusta —dedujo el inspector en plena carrera.

Cuando llegaron al hall ya no quedaba rastro de toda aquella gente, salvo una maraña de serpentinas, vasos de plástico y alguna escarapela amorosa olvidada por el suelo. Junto al mostrador de recepción, tan vacío como todo lo demás por allí, el portero se mantenía en posición de firme, sacudiéndose unos restos de confeti del plato de su gorra.

Baroja le puso la placa ante las narices.

—¿Qué ha sucedido?

—Amenaza telefónica de bomba —respondió el empleado sin darle mayor importancia y con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Por qué no desaloja usted?

—¿Y perderme la paz que ha quedado aquí? Le apuesto lo que quiera a que es infundada.

Mingo sospechó que algo no encajaba.

—¿Dónde estaba usted cuando se produjo la llamada? —dijo.

—¿Yo? Abajo, meando.

—¿Tiene testigos? —le apretó Baroja.

—¿Insinúa que soy un pervertido?

19

Volvía de comprar el pan y la prensa cultural pensando en cómo hincarle el diente al trabajo encargado por Fangoria. No era lo mismo leer la prosa directa y elegante de García-Pufo que meterse en su cabeza e imaginar los pasos siguientes de aquella intriga que sólo el autor conocía.

Pero él era Benito, se dijo, de modo que a partir de ese momento, abandonada ya de la mano de Hilario, la novela era suya y él movería los personajes a su gusto, crearía tramas mucho más convincentes y, llegado el caso, cambiaría el mismísimo título.

Junto a las facturas habituales, halló un sobre en el buzón. Estuvo a punto de tirarlo directamente, como siempre hacía con todo lo que oliese a publicidad. Pero en el momento de abrir la tapa de la basura le vino a la memoria el nombre de Blancanieves. Rasgó el envoltorio y sacó unos folios escritos.

Tenían la misma apariencia que el resto de la novela ya leído: igual tipo de letra, idéntica estructura de página. Y su numeración era correlativa al original de García-Pufo. Se sirvió un café y, en la misma cocina, empezó a dar buena cuenta de un par de magdalenas y del misterioso envío.

> *No obstante mi aparente ridículo, la visita al refectorio de los aprendices de Garuga tuvo sus resultados. Allí, aparcado junto a la caseta del perro, estaba el cochazo negro que aquella noche había llevado a Belisa hasta su casa y condujo luego a lugar seguro las manos que la ma-*

taron. Con su parabólica y sus monitos abrazados junto a una matrícula que, ahora sí, había memorizado.

Por fin tenía una prueba contundente, un camino recto que seguir, un culpable con cara de sapo y mucha pasta, dos de las características que definen a buena parte de los delincuentes de postín y que en este caso se unían, como dedo acusatorio, en Garuga.

Decidí adoptar una táctica indirecta. Nada de enfrentarme por la cara, no fueran a partírmela. Le envié un par de anónimos con diferente letra, para despistar, y en tono diplomático, como dejándolo caer. 'Sé que hace tres otoños —escribí en uno de ellos— olvidó un regalo en el congelador de Nicasio'. Y otro: '¿A que no sabe quién se llevó las pruebas dactilares del juzgado?'

Mis cartas tuvieron una consecuencia inmediata, como un laxante de efecto contundente: el gurú suspendió una gira prevista y varios programas de televisión; se quedó encerrado en su guarida durante una semana. Era el momento de dar el siguiente paso. A través del teléfono, solicité audiencia con Garuga para un supuesto colaborador que, en realidad era yo mismo; por no enseñar mis cartas, claro.

Esta vez fue muy distinta a la anterior: me recibió al día siguiente y sin pagar un céntimo. No hay como saber hacer las cosas. El caso es que la segunda entrevista se produjo en el interior del palacio, en una sala decorada con cámaras de vídeo por todos los rincones. Sabía que me la estaba jugando, que una vez él conociese mi cara, pondría todo su poder en mi contra, así que eché mano de una de mis más celebradas habilidades.

Disfrazarse de abogado es un chollo. Uno puede decir las mayores burradas sin que le manche el rebote de la coz en el contrario; con echarle la culpa al cliente, todo arre-

glado. Eso hice. Sustituí mis opiniones personales por frases como 'Mi cliente dice', 'En opinión de mi cliente', 'A mi cliente se la trae floja', y esa táctica me permitió mantener una conversación en la que podía decidir sobre la marcha o posponer respuestas, según convenía a mi cliente, con quien estaba, por supuesto, plenamente identificado.

Garuga me invitó a sentarme muy cerca de él, en plan confesión íntima, y quiso hacerse el gracioso desde el principio, adoptando el papel de quien ve llover, aunque estábamos a cubierto. Le corté las alas con datos y, a partir de ahí, se le empezaron a agostar la florecillas del pelo.

Alguien como yo, con una vida forjada en los amaneceres y ocasos más espectaculares, no suele dejarse influir por las lágrimas. Aunque, cuando vi gimotear a aquel ejemplar, aquel eslabón perdido entre la opacidad humana y el brillo de la divinidad, me sentí un poco sucio. Quizá influyó el hecho de que me llenase la cara de perdigones con sus pucheros, pero confieso que tuve que distanciarme afectiva y físicamente para no soltarle un par de leches.

No hay nada parecido al estudio de un hombre en su derrumbe: los ojos gachos, las orejas fláccidas, los párpados en su justa turgencia, el moquillo libre... Ése era Garuga cuando confesó y me pidió que comunicase a mi cliente su inocencia. Admitió que era suyo el coche que llevó a Belisa hasta el último placer, pero me juró que él nada había tenido que ver con los luctuosos hechos.

Alegué, por apretar un poco las tuercas alrededor de su cuello, que mi cliente no se conformaría con eso y que necesitaba conocer quiénes viajaban en el automóvil con los monitos, la parabólica y la matrícula tal. El gurú tembló y dijo que era todavía demasiado joven para morir o, al menos, no lo suficientemente viejo.

Estaba claro que le faltaba maduración. Le ofrecí un plazo para pensárselo, antes de que mi cliente diera paso a su denuncia y acabase para siempre con su fama de beatitud y el chollo que se traía entre manos. Diez minutos le parecieron poco, así que convinimos una nueva entrevista para unos días después, en una fecha pendiente de mi llamada.

Cuando me despedí, dejé allí sentado a un hombre roto, perplejo y agradecido por haber liberado su alma, a partes iguales. Pero bien sabía yo, al darme la vuelta y salir de allí, que llevaba esos ojos de sapo empotrados en mi espalda y que Garuga haría cualquier cosa por evitar que sus florecillas se marchitasen definitivamente.

No cometí el error de regresar a casa y desvelar mi auténtica identidad a los sicarios que el gurú, sin duda, había puesto tras mis pasos. Tenía bien prevista esa eventualidad con la adquisición de un billete de ida a Fez, así que viajé al aeropuerto y el overbooking impidió que esa gente llevara a cabo sus aviesos propósitos.

¡Más Garuga! Un personaje antipático que Benito estaba dispuesto a cargarse en el capítulo siguiente y que García-Pufo convertía ahora en eje principal de su historia. ¿García-Pufo? Se dio cuenta de que estaba llevando demasiado lejos sus elucubraciones: se suponía que el escritor había desaparecido. ¿Sería suya aquella voz de pelleja estirada que se identificaba como Blancanieves? ¿Seguiría escribiendo, escondido en algún lugar? ¿Era todo un plan urdido por Fangoria para preservar de una amenaza a su principal fuente de beneficios?

Fue a por un cigarrillo al comedor y se sentó a disfrutarlo allí, en busca de un poco de sosiego mental. Empezaba a angustiarle la desagradable sensación de ser un pardillo, como de costumbre, de estar siendo utilizado, cuando la voz salsera de Matilda le dio los buenos días desde la puerta.

—¿Ya escribió algo, don Benito?

—Nada aún.

—Pues esto tiene muy buen aspecto.

Se levantó como un muelle y corrió a la cocina, donde habían quedado los folios. Demasiado tarde: Matilda los estaba leyendo y sabía por experiencia que nada era más difícil que arrancar de las manos de su asistenta cualquier cosa que pareciese literatura. Dio media vuelta y fue a rumiar durante un rato su abatimiento al sillón donde Venus lo había llevado al borde del éxtasis para despeñarlo después en el abismo de la destemplanza.

—¡Baje usted los pies de la mesa, que lo pone todo perdido! —le sorprendió Matilda abandonado a su autocastigo—. Es muy bueno, don Benito. Parece del mismísimo García-Pufo y, además, entra usted en materia desde el primer momento, evitando marear la perdiz con los circunloquios y paja característicos de la primera parte de la novela. La descripción de ese Garuga es perfecta, como si de verdad lo hubiese conocido.

—¿Usted cree? —respondió Benito de mala gana.

—Naturalmente. No se le ocurra retocarlo porque lo estropeará. Venga, póngase al teclado y mándelo inmediatamente.

—Es que...

Matilda se le acercó con los folios en la mano y una risa saltarina bajo sus pestañas, que batían ligeras como alas de mariposa.

—Nunca lo he piropeado antes, don Benito —dijo—. Pero esto no puede perderse. Enséñele a esa Fangoria cómo se escribe.

Verla así, tan próxima, con su olor a limones salvajes, diciéndole cosas tan bonitas, era algo demasiado grande para romperlo con la verdad. Una verdad, por otra parte, explosiva, pero tan ridícula que nadie iba a creer.

—Pues vamos allá —admitió.

Y en diez minutos, mientras Matilda hacía ronronear el aspirador por los pasillos, él pasó por el escáner el material, lo ajustó en el ordenador y lo envió a la dirección electrónica privada de Fangoria.

Al acabar, no sabía muy bien si se había convertido en una madura promesa de la literatura o en el mayor estafador del país. Pero unos minutos de admiración por parte de Matilda ya eran suficiente premio para él.

Iba a comunicarle la culminación de su hazaña, cuando el timbre del teléfono se interpuso en el camino sus intenciones. La voz de Venus le sonó distinta a la última vez que la escuchó a través de la línea. Ahora, al menos, le provocó un brusco cosquilleo en el bajo vientre que antes no solía sentir.

—¿Algo nuevo sobre Hilario? —le dijo como saludo.

—Nada. Prometí avisarte si volviese a dar señales de vida.

—Eso espero. Bueno, pero no te llamaba para eso. El caso es que el otro día, en tu casa, me porté un poco mal contigo. Y no me gustaría que te quedases con una opinión equivocada sobre mí. No soy una calientabraguetas, ¿sabes?

—¿Ah, no? —dijo Benito por decir algo. Y un color escarlata se le asentó en las mejillas al decirlo.

Lo peor es que Matilda había visto su cambio de tonalidad y lo interrogaba con sus ojos. Azorado, tuvo que retirar la mirada hacia la ventana para seguir escuchando a Venus.

Y allí abajo estaba otra vez el puñetero enano, peloteando ahora junto al quiosco, con una raqueta más grande que él y una cinta blanca en la molondra, a juego con su trajecillo de tenista. Se quedó embobado mirándolo y creyó ver que él le devolvía la mirada, hasta que perdía el control de la bola fosforito y corría a recogerla antes de que se colase en el fondo de la alcantarilla.

No quiso ver más.

—...Pues eso es lo que me pasó —Benito lamentó haberse perdido la explicación y maldijo una vez más al husmeador—. Y me gustaría rehabilitarme. Esta noche doy una fiesta en casa y estaría encantada de que vinieses.

—¿Una fiesta? El caso es que no sé si... —la asistenta se interpuso entre sus ojos y la pared y le dijo, con una sonrisa y un guiño, que sí, que

aceptase la invitación. Y la opinión de Matilda era sagrada—. De acuerdo, allí estaré.

—¿Un ligue? —comentó ella cuando Benito colgó el teléfono—. Eso está bien, don Benito. Pero ojo con la fiesta, no se pase con la bebida que luego a lo peor se viene abajo en el momento cumbre.

Benito escapó a la habitación de trabajo por no ruborizarse más con los comentarios de su adorada celestina.

En la calle, el minitenista peloteaba contra una pared como si tal cosa mientras el ordenador parpadeaba anunciando la entrada de nuevo correo electrónico.

Al abrirlo, se encontró con un mensaje de Fangoria.

> ***De**: Fanedit@xxx.com*
> ***Para**: Beni*
> ***Asunto**: El nuestro*
> *Sensacional, Beni. Sigue por ahí.*
> *Utiliza el cifrado de sistema en lo sucesivo. Y elimina todos nuestros mensajes. No quiero que haya pruebas de este trabajo.*
> *Mil besos. Fan.*

20

Baroja paseaba, inquieto, de un extremo a otro en la antesala del despacho del comisario. Mingo, sentado, contemplaba a su jefe con aparente compasión. Ferrari pintaba una espesa barba negra a una delincuente peligrosa cuya foto colgaba, junto a otras, de la pared.

—No vamos a ningún lado —mascullaba el inspector.

—Esa amenaza de bomba contra los neojipis nos chafó la entrevista —disculpó Mingo.

—Menudo susto —terció Ferrari sin abandonar su trabajo—. A mi señora casi le da un pasmo. Y tenemos al perro con cagalera.

Baroja miró con cara de repugnancia al chófer e hizo como si no lo hubiera escuchado.

—Deje de engañarse, Mingo —dijo—. Neoflor no dio señales de vida, ni tenía intención de asomar su jeta por allí.

—No se preocupe, jefe —lo animó el ayudante—, volveremos a la carga. Ya he solicitado una entrevista oficial con él.

—¿Y cómo le explico yo al comisario que no tenemos nada de nada? ¿Le digo que todo son conjeturas basadas en lo que ha escrito un plumilla? ¿Dónde están los indicios, ya que no las pruebas? Creo que deberíamos contarle la versión oficial de la editorial y cerrar el caso. ¡Que les den por saco al Hilario ése y a toda la banda de chupatintas!

Mingo se puso en pie y acompasó sus zancadas a las de su jefe.

—Inspector —dijo con fe—: éste es, tal vez, su último caso. Imagínese jubilarse con el puntazo de haber resuelto el asunto Tomassi.

—¿Puntazo? Desconocía ese lenguaje taurino en usted, Mingo. Pero no crea que vamos a torear así como así al comisario.

—Permítame que le hable yo.

Rezongó el jefe, sin decir que sí. Pero, pensó Mingo, al menos no había dicho que no.

—Tenemos que dar con ese Benito, o como se llame —soltó Baroja—. Me da que sabe más de lo que aparenta.

—Lo haremos, inspector.

Cuando el comisario les dio permiso para entrar, Ferrari ya había transformado a la peligrosa delincuente en un horrendo ogro lleno de verrugas y cicatrices, y, como era de esperar, con gafas redondas.

21

Venus lo había convidado a una fiesta. Pero no le había dicho que fuese de disfraces. Al parecer, su caso no era único y una larga cola de invitados se concentraba en el jardín, junto a una batería de probadores, dispuestos todos a cumplir con las exigencias de la etiqueta antes de entrar al edificio.

Benito se sumó a los pacientes despistados y, mientras aguardaba turno, no podía dejar de admirarse de lo bien que debía de pagar Tele Hiena para mantener una casa así, de al menos seiscientos metros cuadrados, y un jardín que ocupaba probablemente tres veces esa superficie.

Cuando le tocó elegir, le entró el tembleque característico de los momentos importantes. Indeciso ante el mostrador, resolvió escoger al azar utilizando el tradicional pinto pinto gorgorito, y el número veinte recayó en un coqueto traje de abeja Maya con cuatro alitas de plástico rosa y antenas de muelle rematadas por bolitas amarillas. Lo peor de todo eran esas calzas ajustadas, a rayas horizontales, que se estrechaban aun más a la altura de la entrepierna y ponían en evidencia volúmenes que no le gustaba someter a la comparación pública.

Una vez salió del probador, se juró acabar para siempre con su vacilación patológica, ese trastorno de su personalidad que no dejaba de traerle problemas. Tal vez algún curso intensivo en vacaciones...

Pronto se dio cuenta de que nadie se fijaba en él, quizá porque el ridículo de otros llamaba más la atención. Eso le ayudó a olvidarse de su aspecto y dedicarse nada más que a buscar a Venus, tarea nada fácil

porque buena parte de los asistentes llevaba su tradicional máscara, como es debido.

Pasó un canguro con bandeja ofreciendo gintónics y cubatas pero, antes de que Benito llegase a alcanzar un vaso, un grupo de búfalos en estampida vació el cargamento del marsupial. Luego lo intentó con un androide cojo, que volcó su género en el suelo al tropezar contra un tipo disfrazado de ladrillo, parado como si nada en medio del salón.

Decidió tomar el camino más corto hacia la bebida y se dirigió a las cocinas. Un imbécil, vestido de Polifemo y armado con un matamoscas, no paró de darle palmetazos en la giba hasta que alcanzó el abrigo de una puerta. Pero allí fue peor porque cayó en brazos de una vetusta dama ya bien cargadita y disfrazada de Salomé, que se empeñó en que le mostrase el aguijón a cambio de bailarle la danza de los siete velos; Benito no aceptó, con el pretexto de que se trataba de un trato desigual, pues ya sólo le quedaban un par de velos encima a la pobre señora.

Corrió de nuevo al jardín, donde había visto anteriormente algunas mesas con canapés y bebida. Bien pertrechado de una cerveza, se sentó a observar el posible paso de su anfitriona en medio de tanto bullicio.

El flautista de Hamelin se abrió sitio entre los bebedores y bailarines y, tras él, dos ratas bamboleantes, nada cómodas bajo una piel demasiado estrecha, y una de las cuales lanzaba manifiestas fumaradas al aire. Cuando llegaron a la altura de Benito, el roedor que humeaba se adelantó al grupo.

—Inspector Baroja —retiró de sus labios algo parecido a una colilla de puro—. Siento no poder mostrarle la placa, pero este jodido disfraz no da para muchas holguras.

El bicho, en un gesto paroxístico, se abrió la boca hasta más allá de los bigotes y apareció allí la parte superior de un rostro que sonaba familiar. Luego soltó el disfraz, la elasticidad devolvió las cosas a su sitio y recobró la dignidad propia de los ratones.

—Necesitamos hablar con usted —añadió. Y luego suplicó—: ¿Nos puede hacer un hueco a su lado?

Se ajustaron los cuatro en el estrecho banco: la abeja Maya con las alas plegadas entre los roedores y, en un extremo, casi colgando, el flautista.

—Cuando nos vimos en la casa de Lacosta, aseguró usted que había charlado con don Hilario García-Pufo —dijo la rata del puro—. ¿Le habló él de la novela que estaba escribiendo?

—No, señor.

—¿Está seguro de que no conoce "El aire no deja huellas"? —insistió la otra rata, que parecía de voz más joven.

—No me suena. ¿Quién la canta?

—No es una canción, joder —protestó la primera.

—Es el título de la novela a que se refería el inspector —aclaró la joven.

—Algo he leído, pero casi nada —admitió Benito, titubeante ante la posibilidad de meter cualquiera de sus seis patas de himenóptero.

—Aquí, mi compañera..., mi ayudante quiero decir, cree que esa historia es el relato disfrazado de un crimen real —apuntó la del puro—. ¿Usted qué opina?

—Yo no tengo otra opinión al respecto que la de mi editora. Sólo soy un asalariado. ¿Por qué no le preguntan a ella?

—¿Piensa usted, como pienso yo —dijo la rata joven—, que Nicasio es Tomassi, que Belisa es Analía, que Garuga es el Maestro Neoflor?

Esto último, lo de Garuga y Neoflor, era nuevo para Benito. Reflexionó deprisa y le pareció que tenía sentido, si es que algo de aquello podía tener sentido, si lo tenía cuanto Venus le dijo sobre el caso Tomassi. Recorrió con la vista los alrededores, buscándola, por si podía agarrarse a su calidad de organizadora del fiestorro y usarla como salvavidas frente a una galerna policial que empezaba a ahogarle. Pero no había rastro de ella.

—Tengo ya escocida la bragadura con este ridículo pellejo —le conminó el roedor fumador—, así que si no colabora con diligencia, nos lo llevamos a comisaría. A lo mejor, vestidos de paisano le infundimos más respeto.

—Nunca he dado cera a una abeja en una celda —rió el de Hamelin desde la esquina.

Las ratas chillaron histéricas al flautista y éste, cortado, se desentendió de la conversación y se dedicó a soplar el instrumento con disimulo.

—Es que no lo sé —balbuceó Benito.

—No se vaya a creer que nos chupamos el dedo —amenazó la rata de los malos humos—. Le advierto que ocultar pruebas puede costarle muy caro.

—Hagamos un trato —dijo, más condescendiente, la otra—. Facilítenos la novela. Sólo contamos con algunos capítulos y necesitamos el resto para saber hasta qué punto son ciertas nuestras suposiciones.

—Pues vaya trato. ¿Qué gano yo? Ese material, si existe, es propiedad de la editorial. Pídanselo a Fangoria.

—Es usted un irresponsable, amigo —contraatacó la rata vieja—. Pero le explicaré lo que ganaría: evitar que nuestros hocicos se conviertan a partir de hoy en la sombra inseparable de sus patas. Y como dé un traspié, le cortaré las alas para una buena temporada.

La rata joven le entregó una tarjeta.

—Piénselo y nos llama.

Se levantaron ambos roedores para irse y la abeja, por educación, se incorporó con ellos. El de Hamelin, perdido el contrapeso del banco, dio con sus huesos, gorro y flauta en el suelo. Luego, sin reponerse aún del talegazo, corrió renqueante tras las ratas, hasta perderse los tres entre el bullicio.

Benito volvió de nuevo al mostrador de las bebidas y apuró una botella entera de un solo trago. Pero todavía tenía la garganta seca y pidió otra. Enfrentarse a la pasma le había provocado una sed insaciable. Apuntó esa sensación en la memoria para utilizarla después en la novela. ¿Novela? ¿Acaso estaba él escribiendo algo? Le habían dado la primera parte y ahora le estaba llegando el resto a través de esa o ese Blancanieves.

De repente, necesitó a su lado la figura de un confesor, un confidente en el que depositar sus pensamientos inseguros. Pero no existía nadie así:

se encontraba preso de una promesa de silencio, rodeado de fisgones por todas partes. Bueno, sí que existía, pero Matilda no estaba allí para consolarlo. Y Venus, sin dejarse ver.

Echaba mano a su quinta cerveza cuando Pedro Botero le sujetó el brazo con su largo tridente. Tras el sobresalto, reparó en que era Chimo, a quien sentaba como un guante el disfraz de diablo. Por su jeta de úlcera avinagrada, muy a tono con el conjunto, imaginó Benito que sus asuntos privados con Fan debían de ir de mal en peor.

—Me has asustado.

—¿De qué vas, Beni? —dijo el demonio—. ¿De mosca cojonera?

—De abeja Maya, creo.

—¿Se puede saber qué coño pretendes?

—Nada. Me tocó en un sorteo —señaló al puesto de disfraces.

—Déjate de gracias —le puso el puntiagudo adminículo luciferino ante las narices—. Te estoy hablando de la novela.

—Parece que a Fan le gustó lo que escribí.

—Sí, está entusiasmada, pero ya no me extraña nada de mi mujer. ¿Cómo se te ha ocurrido escribir eso?

—¿A ti te parece malo?

—No, si bueno sí que es. Lo que quiero decir es que esperaba de ti algo más —se rascó un cuerno—... no sé, imaginativo. A mí, para qué engañarnos, la historia de Hilario me resultaba demasiado surrealista, increíble. Vamos, un fracaso de novela.

—¿Tú crees? —Benito echó un buen trago.

—Pensé que le darías otro aire, aparcando para siempre a esos personajes estereotipados, esa trama desbaratada, en fin...

—Pues te confieso, Chimo, que cuando lo leí, estaba yo en esa misma línea.

—¿Verdad que sí?

—Pero, entre nosotros, creo que es una historia cierta.

—No me jodas, Beni.

—Y no sólo lo creo yo. Acabo de despedir a los polis que os visitaron

en Lacosta y ellos creen lo mismo. En menudo lío me habéis metido entre Fan y tú.

—Te repito que no me jodas, Beni. ¿Qué pintan aquí esos tipos?

—Estarán invitados.

—¿Invitados? Imposible. Por cierto, y tú, ¿que haces aquí?

—Me invitó Venus.

—¿Qué Venus?

—La anfitriona.

Chimo echó un vistazo alrededor y luego señaló con su largo tenedor a un grupo que charlaba junto a la piscina.

—¿Ves aquella Heidi con bigotones? —dijo—. Es el cónsul de Suiza, el único anfitrión de esta fiesta. ¡Es que no das una, Beni! Ya te digo: cada día más tonto.

22

Despertaba a veces taquicárdico, a punto de asfixia y con chorretes de sudor surcándole la frente, la espalda, cualquier hueco entre las escasas carnes. Se había dejado los ahorros en quinquenios de terapia y aún no podía digerir esa pesadilla persistente, nacida del desgraciado momento infantil en que cayó en sus manos aquel maldito cromo de Di Stéfano: un choque demasiado fuerte para un culé desde la cuna, como era él.

La culpa de todo, en el fondo, la tenía su padre porque nadie en su sano juicio le pondría a su hijo el nombre de Alfredo, aunque el psicoanalista se empeñase en repetirle que su papi no era futbolero y que aquella obsesión malsana nació de un lamentable infierno de casualidades.

Era insufrible la experiencia de convertirse en la Saeta Rubia durante el sueño e inflarse a marcar goles merengues en el Camp Nou. A veces, como mucho, lograba atemperar ese drama con cambios inesperados en la alineación o forzando una oportuna lesión de abductores, pero las goleadas no se las quitaba nadie.

Corría el minuto veinte de la segunda parte y llevaba el balón pegado al pie, como siempre, dejando atrás cuantas zamarras azulgrana le salían al paso, a punto ya de perforar las redes contrarias, que eran las propias, con su sexto tanto de la tarde.

—¡Fred! —una sacudida en su brazo lo secuestró abruptamente del estadio—. Despierte, Fred, por favor.

—¡Hostia bendita! —tembló el aludido al entreabrir los ojos—. ¡Un abejorro mutante!

Benito se maldijo por su mala cabeza al confundirse de fiesta, por haber bebido tanto y por regresar a casa sin quitarse el disfraz.

—Tranquilo, Fred, soy yo.

—Gracias, don Benito —dijo, agónico, al reconocer esa cara amiga—, gracias por rescatarme. No sabe cómo se lo agradezco.

Siempre le había parecido un poco extraño su empleado de fincas urbanas. Cualquier portero como es debido le habría lanzado un exabrupto por interrumpir su guardia amodorrada a las tres de la mañana. Al menos, una adecuada cara de mala leche… Pero este Alfredo era francamente raro.

—Sospecho que han entrado en mi casa —susurró Benito.

—No hay problema.

Fred abandonó el acomodo de su mesa camilla. Apartándose las legañas a manotazos, fue hacia la pared donde, junto a un póster del Dream Team y un retrato coloreado de Pío IX, colgaba una roñosa escopeta de cañones recortados. Aquel sesentón huesudo le pareció a Benito la viva imagen del año viejo de los almanaques, aunque con carabina en lugar de guadaña y un remendado pijama a rayas en vez de dodotis.

Confiado en tan sólida protección, subió a pata hasta la tercera planta con un cof, cof asmático tras sus pasos.

—Entre usted, don Benito, yo le cubro.

Escuchó tras la puerta antes de empujar. Ya la había visto entreabierta y con luz en el interior, desde el ascensor, cuando llegó achispado, diez minutos antes. Ahora, de nuevo, estuvo a punto de arrepentirse y escapar de allí a toda prisa. Pero sabía que no se trataba de cacos y que quien estuviese allí podría hallarlo en cualquier lugar, en cualquier momento. Era inútil evitar un encuentro que, tarde o temprano, habría de llegar, y decidió que siempre sería mejor tenerlo en casa propia que en ajena. Además, la escopeta de Fred se le estaba clavando en los riñones.

Cuando entró, ya esperaba algo raro. En pie, un fornido con pinta de matón, pelo rubio cortado a cepillo y traje gris perla. Sentado en su diván, allí donde Venus le atrapó los sentidos, el Maestro Neoflor, suave y

sereno como el lino de su túnica naranja de Armani. Al fondo, entre la cocina y el tendedero, un tipo indefinible, casi simiesco, hacía juegos malabares con la ropa sucia de Benito.

—Bienvenido a casa —el gurú reprimió una carcajada al ver su pinta y le invitó a sentarse a su lado. El perdonavidas no parecía estar para bromas y siguió con su cara de guillotina.

Benito dudó, pero la seguridad de que Fred estaba detrás de la puerta le infundía un valor extraordinario.

—¿Qué busca ese aborto entre mis gayumbos? —protestó—. ¿Qué se les ha perdido en mi casa?

—La paciencia, don Benito —aseguró el Maestro—. O digamos, mejor, que estábamos a punto de perderla momentos antes de que usted llegase. Por favor, acompáñeme —el intruso le ofreció un espacio junto a él.

Benito se sentó y los acompañantes del asceta se le pegaron como estatuas acechantes, pero su jefe los despidió con buenas maneras y se pusieron a fisgar en la biblioteca. En ese momento vio el verdadero rostro del tercer personaje y le pareció aun más feo que entre penumbras.

—No necesitamos carabinas para esta cita —dijo Neoflor. Benito pensó en el arma del portero y se le escapó una sonrisa traviesa—. Mejor así, querido amigo. Mejor que haya sonrisas, buen tono y sinceridad porque espero que, a partir de hoy, se abra para nosotros una etapa de afecto y mutua colaboración.

—¿Encariñarme yo con un asesino tarado? ¡Antes muerto! —respondió Benito en un repentino y ebrio ataque de dignidad; aunque enseguida se arrepintió de la última frase: siempre le perdía el corazón, coño. Y la bebida.

El gurú soltó una risotada nada beata.

—¿No irá a creer lo que García-Pufo escribió sobre mí? Quiero decir sobre Garuga. ¡Era patético! Aquella supuesta entrevista y mis florecillas marchitas —se tocó el pelo para mostrar sus capullos bien sanos en la garbosa permanente—... Cuanto haya leído de ese cretino es una farsa.

—¿Por qué habla de Hilario en pasado?

—Pues no lo sé. Este asunto me molesta más que un atasco dominguero, para qué negarlo. Dicen que ha desaparecido. Desaparecido, muerto... ¿No es lo mismo?

—¿Y por qué coño asalta mi casa para contármelo a mí?

Ahora sonrió el matarife mientras ojeaba un diccionario de términos literarios, una sonrisa que, la verdad, helaba las venas. El feo contribuía a la congelación sin necesidad de esforzarse. Pero fue Garuga, digo Neoflor quien siguió la conversación.

—Sólo quiero invitarle a solucionar definitivamente este malentendido en mi humilde hogar. Cara a cara, de hombre a gurú, frente a un buen cava que desinhiba la bondad de nuestros corazones —tosió luego, en un carraspeo que sonaba tan falso como una promesa de amor eterno—. Sabemos que usted mantiene viva esa absurda novela.

Todo el mundo parecía enterado de lo suyo. Benito se ruborizó antes de hacerse el tonto, una vez más.

—¿Yo?

—No vamos a discutir sobre lo evidente. Lo que quería decirle, mi buen amigo, es que no soy el malo de esta historia. En realidad, no hay ningún malo, para que usted me entienda.

—Pues no le creo. Ni aunque me lo jure por Hendrix.

—Confíe en mí.

—Deme un buena razón.

Se rascó Neoflor la barbilla. Puede que fuesen prejuicios, pero a Benito le pareció haber visto ese mismo gesto en algún pérfido bribón de una de romanos.

—Le haré una profecía —dijo el venerable—: antes de una semana será usted millonario.

—Vaya a vacilar a su padre, si es que lo conoce.

—Se lo aseguro. Por algo soy astrólogo, joder.

—Ya.

—Hagamos un pacto de no agresión —todo el mundo le proponía pactos últimamente—. Sólo le pido que se retire de la circulación duran-

te unos días. Enfrásquese en la lectura o vaya a pescar a un precioso lago, como los ejecutivos estresados de las películas norteamericanas. Si mi profecía se cumple, usted creerá en mi palabra y, forrado de millones, ya no necesitará ocuparse de ese ridículo encargo pseudoliterario. ¿De acuerdo?

El Maestro Neoflor alzó en su mano un boleto con cuatro apuestas de la Lotería Primitiva.

—Ésta es la combinación que saldrá premiada el sábado próximo: es suya. Usted será millonario y le resultará más fácil entenderme entonces.

Antes de que Benito estirase la mano para coger el papelito, un disparo retumbó en el salón, rozó la cabeza del Maestro y fue a estrellarse en la cocina.

—¡Santo Nirvana! ¿Qué es eso? —aulló el gurú al ver a Fred plantado en la puerta con su escopeta humeante.

—¡Daos presos! —gritó el viejo.

—¡Fuego! —chilló el de cara horrible.

—No le animes, joder, que nos fríe a tiros —le recriminó Neoflor, cuerpo a tierra.

—¡Que hay fuego en la casa! —insistió el feo.

—¡El butano! —advirtió el chulo de traje gris—. Está ardiendo la cocina.

Salieron los tres por pies, arrollándolo todo en su huida. El portero, menos afectado por el impacto, fue tras ellos. Benito, aún aturdido por el desconcierto y los pisotones, escuchó una segunda descarga y corrió escaleras abajo, con las antenas colgando.

A la altura del segundo, se encontró a Fred tirado en un descansillo.

—Se me han escapado. Creo que empiezo a fallar. Cof, cof...

Benito se sentó junto a él y trató de consolarlo con unas palmaditas desganadas.

—Tranquilo, Fred, no tiene importancia. Lo peor de todo es que se ha cargado usted el jodido boleto de la Primitiva.

CUATRO

23

Venus entreabrió los ojos, con resacón de alcohol y de perico. Tendió su mano hacia el cuerpo que descansaba al lado y, en lugar de hallar allí la carne tierna y joven que suponía, palpó la superficie fofa de un obeso disfrazado de Robin Hood y con la pernera abierta.

Saltó de la cama, alarmada por la idea de haber pasado las últimas horas de la fiesta encoñada con aquel superhéroe desconocido y, trompicando entre las flechas clavadas por todas partes, corrió al baño a vomitar. Se enfrentó al espejo. Su cara tenía aspecto de estallar de un momento a otro, enrojecida y tensa, quién sabe si de vergüenza.

Recordó otra vez el sueño, tan vívido ahora como la realidad que era capaz de tocar. Ella era una vestal mediterránea, de piel tostadita y suave, con su vestidito blanco hasta los pies, insinuante en el escote y abierto hasta los muslos; toda una carrera por delante dedicada nada más que a honrar a la virtud.

La virginidad no era obstáculo para su objetivo, pues nunca le había llamado la atención aquello que otras de su género admiraban y buscaban como locas en los varones. Tampoco su propio cuerpo le decía gran cosa, y eso de investigar en él lo que sus amigas llamaban puntos calientes le dejaba tan fría como el baño de cada mañana en las glaciales cascadas del río.

Por eso le pareció tan injusto que se le pidiese aquel sacrificio. Nada disculpaba ese abuso de autoridad. Podía habérselo exigido a otra. Conocía a muchas que hubieran encarado esa misión con el ansia del placer y no con la lata de deber. Pero le tocó a ella.

Hija, le dijo ese día, quiero que te pegues a este hombre y no lo dejes ni a sol ni a sombra. Me hará cosas prohibidas, alegó ella por quitarse de encima un engorro así. Pues súfrelas por mí, ordenó la divinidad, y como sé el sacrificio que significa para ti, yo te compensaré sobradamente por tus buenos servicios.

Y ahí acababa el sueño. Varias veces en los últimos meses.

Decidió que aquello tenía que terminar cuanto antes, que esa historia lo estaba llevando al límite de la monomanía. Sacó la lengua a su imagen en el espejo y el azogue le respondió con igual desprecio.

Regresó al dormitorio. La cabeza le martilleaba la resaca o al revés, no lo sabía muy bien.

El arquero prodigioso roncaba su melopea bajo el gorro emplumado. Lo pateó a la altura de la ingle y el de Sherwood se desinfló con un pitido agudo que culminó en una pedorreta. Confusa, abandonó la habitación, aún en salto de cama.

En los pasillos quedaban restos sólidos, líquidos y, por el tufo, también gaseosos de la reciente orgía. Al llegar al comedor, vio algunos rezagados durmiendo la mona en los rincones. Los pateó también y éstos emitieron gemidos humanos en lugar de desinflarse.

—Esto tiene que acabar —se repitió, una y otra vez, antes de servirse el desayuno.

24

—Ni Blancanieves, ni leches —Benito gritaba indignado—. Tú eres Hilario García-Pufo.

—Que no —reiteraba, cansina, la voz de trompetilla.

—Lo eres, por mucho que te pongas tonillo de mariquita. Y me tienes hasta las pelotas con estos misterios. Tú escondes los morros y las leches me las llevo yo, ¿sabes?

—Paciencia, hombre.

—La paciencia me trae problemas. Anoche me quedé sin cocina y tengo la casa hecha migas entre pintores y fontaneros.

—No voy a discutir más. Ahora mismo le envío por correo electrónico una nueva entrega.

—Métetela por... —pero ya había sonado el clic.

Benito paseó nervioso entre los obreros. Todo andaba manga por hombro. Y sin Matilda allí para echarle una mano en la limpieza. Le iba a salir por un pico la broma.

Pero no pensaba quedarse de brazos cruzados: Fan tenía que saberlo y asumir la parte que le correspondiera en el desastre. Y luego, las amenazas... No, esa zozobra no se pagaba con un porcentaje.

Consideró la posibilidad de contar la verdad a la rata del puro. Al fin y al cabo, ese secretismo que le había exigido Fangoria era ficticio, incluso para el cretino de Neoflor, que no sólo conocía la parte escrita por García-Pufo, sino la que el propio Benito había enviado como suya a la editora.

Se acercó al ordenador y abrió el correo. Allí estaba el nuevo texto anunciado por Blancanieves.

Sabía perfectamente que Garuga no se iba a quedar parado: el miedo atenaza al principio, pero luego mueve al culpable a cualquier locura por salvar el pellejo. Y yo contaba con que su desesperación le hiciese dar un paso en falso.

Me abstendré de explicar aquí cómo obtuve la información que ahora paso a detallar; mis soplones no siempre tienen afán de protagonismo y prefiero guardar sus identidades para mejor ocasión. Diré, sin embargo, que esta historia se habría convertido en agua estancada de no haber sido por su impagable ayuda; quiero decir su decisiva ayuda, porque cobrar sí que cobraron los muy mamones, y bastante bien.

El hecho es que Garuga se movió con rapidez. Supongo que un par de llamadas telefónicas le bastaron para convocar la reunión que ahora les narro, una reunión que se produjo en el propio palacio del gurú al día siguiente de mi visita.

Estaban allí, además del barbudo doctrinador, el poderoso Zabañas; su jefe de seguridad, conocido como el Rubio, y el influyente Puchades. Fue un debate bastante tenso, por lo que me contaron, hasta el punto de que el Rubio tuvo que ser frenado un par de veces por Zabañas para que no le partiera un hueso a Puchades o al propio Garuga. Parece que partir huesos forma parte de su trabajo y, a veces, peca de celo el buen hombre.

Por resumirlo de algún modo, digamos que el Rubio estaba por liquidarme desde el primer momento, Garuga no se atrevía a dar un paso tan drástico y Puchades dudaba entre ambas posiciones. Zabañas, por su parte, escuchaba

callado, con esa sonrisa de circunstancias que sólo los importantes saben poner cuando están de mala uva.

Si me libré del matarile fue por Garuga, para qué negarlo. Propuso hacerme un marcaje especial a la espera de mi siguiente movimiento, operación de la que él mismo se responsabilizó. A Puchades le pareció bien esa medida, pues tenía un interés personal en conservarme con vida. Zabañas aceptó sin demasiada convicción, aunque advirtió que no estaba dispuesto a poner en juego su persona y que si yo sacaba los pies del tiesto, el Rubio me los podaría hasta la raíz.

Yo, claro, no conocía el contenido ni los protagonistas de esta conspiración cuando solicité mi siguiente entrevista con Garuga, ni siquiera que la treta de hacerme pasar por mi propio abogado había sido descubierta por su red de acólitos cotillas. Por eso, cuando el gurú me saludó empleando mi nombre auténtico, supe de inmediato que algo empezaba a torcerse.

El santón de la barba florida pasó así de interrogado a demandante y lanzó sobre mí toda una artillería de amenazas indirectas que, sin embargo, me dieron de lleno. No tenía intención de manchar sus manos con otra cosa que el oro, el incienso y la mirra, dijo, pero había amigos influyentes que no se sentían cómodos con mis preguntas. Y me recomendó, por el bien de mi alma inmortal, que olvidase tan enojoso asunto si no quería verla separada de mi cuerpo hasta la siguiente reencarnación.

Inventé un supuesto cómplice que estaba al tanto de mi investigación y que cantaría donde fuera necesario si a mí me ocurría algún percance inesperado. Nuestra partida de póquer se iba igualando y a cada farol de uno respondía el otro con un envite más temerario. Corríamos los dos el riesgo

de quedarnos sin fondos para respaldar las apuestas, cuando se me ocurrió sugerirle un pacto de caballeros.

Le dije que mi único objetivo en aquel momento era publicar la novela, y que me traía al fresco que se hiciera o no justicia a la muerte de mi antigua amante. Él, por su parte, sólo quería preservar su fama y la de sus protegidos. Ambos podíamos ver satisfechos nuestros deseos si yo aceptaba disimular en mi obra los nombres reales con pseudónimos.

Al muy lila le pareció bien la idea y nos despedimos hasta el día siguiente con un asqueroso apretón de manos. Una vez más, mi perspicacia se imponía a la zafiedad inherente a los villanos.

Más nombres nuevos: Zabañas, Puchades y el Rubio. Un trío que, con el gurú de pacotilla, sumaban un póquer de asesinos. García-Pufo denunciaba claramente una conspiración para acabar con su vida y agradecía a Neoflor su intercesión.

Lo veía cada vez más claro: Hilario se había ocultado para proteger su integridad sin renunciar a su novela y el pardillo de Benito no era nada más que un títere en su beneficio. Si ya era jodido trabajar de negro, hacer de Don Tancredo le parecía excesivo.

Copió en su lista de correos la dirección del remitente y tecleó con decisión:

***De**: Benito.*
***Para**: Blancanieves@???.com*
***Asunto**: Que te den*
Blancanieves:
No pienso tragar esta manzana envenenada. Regálasela a tu puñetera madrastra o a alguno de tus enanos, si es que son tuyos.

En un acto reflejo tras escribir esa palabra, se asomó por la ventana. Pero no había enano a la vista. Luego, añadió el texto que acababa de recibir, sustituyó en él cada Garuga por Neoflor y pulsó la tecla de envío.

25

Ferrari parecía un tordo de siete arrobas encaramado a la copa de un castaño de indias. Abajo, el inspector Baroja, con reiterados y furtivos puntapiés en el morro, trataba de convencer a un pacífico doberman de que había mejores troncos que ése para hacer sus necesidades; Mingo distraía a su dueña con preguntas sobre intención de voto y preferencias en materia de higiene íntima.

Una vez libres de aquella incómoda visita, Baroja exigió al vigía un informe detallado de cuanto veía en el piso de Benito.

—Pues según se mire, jefe —pió Ferrari—. Gente sí que hay.

—No se ande por las ramas, joder.

El chófer comenzó a descender y Baroja escupió con rabia un trozo de puro.

—¿Qué pasa ahora?

—Me temo que no ha entendido bien su frase hecha —medió Mingo—. ¡Siga arriba, Ferrari! Lo que el inspector quiere decir es que no divague en sus respuestas, que vaya al grano.

—¿Qué hace esa gente en el piso? —dijo Baroja, evitando ahora cualquier doble sentido.

—Unos son pintores. Otros, parecen fontaneros.

—¿Algo extraño?

—Sí, inspector: todos trabajan. Sin parar.

—¿Está el sospechoso en casa?

—Sentado en el ordenador.

—Quiere decir al ordenador, supongo —puntualizó Mingo.

—Bueno, eso he dicho.

—Estoy seguro de que ahí tiene algo —dijo a su jefe el ayudante—. Si pudiésemos meter las narices en ese aparato, encontraríamos las respuestas.

—Un calambrazo en las napias es lo que encontraríamos —desestimó Baroja—. Olvídelo; ningún juez firmará una orden de registro sin indicios claros.

—En ese caso, sólo nos queda subir e interrogarlo de nuevo, a ver si ha reflexionado.

—O visitar a doña Fangoria.

—Ella, mejor que nadie, si queremos leer esa novela —admitió Mingo.

—¿Y el baboso de Neoflor?

—Mañana nos recibe, inspector. Mañana es el día.

—A ver qué le podemos sacar. ¡Hala, Ferrari, baje de ahí! —gritó Baroja—. Y cuidado no pise la caca del perrito, que luego pone el coche perdido, como de costumbre.

26

—¡Que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha!

El Maestro Neoflor se creía en el séptimo cielo cuando impartía doctrina entre sus discípulos. Y éstos, bajo la influencia psicotrópica de inciensos de garrafón y luminotecnia oscilante de cien megahertzios, obtenían por lo general excelentes levitaciones. Aunque siempre salía algún borde que no lograba despegar:

—Si tuviera la benevolencia de traducirlo al cristiano…

El gurú se atusó la melena para enderezar las florecillas, entornó un poco sus ojos de sapo y sonrió con sus mofletes colorados de zorro viejo. Era una táctica infalible para enseñar al que no sabe.

—Imagina, hijo, que tu mano derecha es Hacienda, y la izquierda tu cuenta corriente.

—¡Por Dios, haberlo dicho antes!

El devoto inició su ascenso y, en un santiamén, se unió a la nube de colgados bajo la bóveda neogótica que la cuestación popular había edificado para albergar tanta pureza. Neoflor aprovechó la oportunidad para echar un trago disimulado de la petaca que guardaba en el bolsillo de la túnica y, en ese momento, sonó el móvil.

—Soy yo, padre.

—Hola, nena. ¿No te tengo dicho que no me llames a la hora de los oficios?

—Es que no puedo aguantarlo más.

—Exageras, hija —dijo esta palabra con afecto muy distinto al que

usaba para tratar a su grey porque ella era, efectivamente, su hija: carne de su carne, polvo de su polvo echado sin las precauciones debidas en las abruptas tinieblas de una lejana juventud pecaminosa, como la de casi todos sus benditos colegas.

—No exagero.

Ella le contó de corrido el sueño y todas las obsesiones que la acosaban.

—¡Joder!, digo… ¡Caramba! —se apartó a un rincón del templo para poder jurar con más libertad si fuera preciso—. Debes tener fortaleza, hija. Lo que estás haciendo es muy importante para mí. De ello depende mi futuro, que no creas que por ser gurú famoso tengo ya la vida resuelta.

—Le pueden dar al futuro por donde amargan los pepinos.

—No seas obscena, hija. Y ten un poco de aguante. Todo está a punto de arreglarse. Un esfuerzo más. Y no te vayas a la cama con ese insecto asqueroso, que te conozco.

—Tengo que verte, papi.

—¡Chsst! No me llames así, que me pierdes. No puedo abandonar el palacio, hijita. Acabo de empezar un cursillo internacional de perfeccionamiento extático para empresarios; ahora mismo tengo a cien de ellos aquí, con los ojos vueltos y a tres metros del suelo: la crème de la crème. Dentro de un par de días te voy a buscar y nos tomamos algo. ¿Hace?

Pero había desconectado.

Descendió entonces desde la bóveda una señorona que se posó en el piso con suave beatitud, dejando ver el estilo inconfundible de la gente bien de la Quinta Avenida. Y él acudió a velar por su aterrizaje tomándola solícitamente de las manos.

—¡Lo hise, lo hise!

—¿Qué hiciste, hermana? —respondió con su fraternal sonrisa.

—El Cosmos me reportó un reporte.

Otra vez el mal de altura, sospechó el Maestro. O se le ha vuelto a ir la mano al sacristán en las dosis ambientales; es que no se puede hacer carrera de él, masculló entre dientes.

—¿Y cuál es ese mensaje, buena dama? —aceptó, resignado a la monserga que sospechaba.

—Dos monitos abrazados —recitó, babeante, con la misma pasión fría que los altavoces de los grandes almacenes—... hacen cosas de casados. Stop. Se ve desde la acera el trabajo en la nevera. Stop. El final que nadie quería llegará a las librerías. Stop.

Neoflor quedó petrificado y la túnica azafrán fue, poco a poco, robando el tono morado de su cara. Pocas veces un augurio se manifestaba tan nítido y contundente como ése, a pesar de los horripilantes pareados.

Aquello era una verdadera catástrofe. Sintió que se le caía el mundo sobre la cabeza. Tantas esperanzas, tanto esfuerzo, echados a perder así... Pero no fue el mundo, de momento, sino aquellos noventa y nueve empresarios levitantes que, desprovistos ya de la motivación de un récord, se le venían encima como pedrisco rollizo y bien alimentado.

Y sin darle tiempo siquiera para lanzar un grito de terror como es debido.

27

Matilda, tras leer el último envío de Blancanieves, escuchaba boquiabierta la confesión de Benito y a éste se le licuaba el seso contemplando en ella esos dientes perfectos, que parecían aun más blancos en contraste con su piel de bombón y sus labios de sandía bien madura.

—Así que me engañó con ese texto —acabó regañándolo, con la dulzura que ella sabía imprimir a sus reproches.

—No era mi intención, pero cuando usted lo encontró en la cocina y me dijo esas cosas tan bonitas, no supe negarme.

—Es usted un romántico, don Benito —le pasó el plumero, suavemente, por la cara.

—Si ya me lo digo yo, unas cuantas veces cada día.

—Bueno, no se mortifique. Pero ya que ha empezado, me parece muy mal que eche marcha atrás. ¿Piensa decírselo a Fangoria?

—No sé. ¿Qué me aconseja?

—Yo seguiría con el juego. A ver hasta dónde llega.

—Carajo con el jueguecito, Matilda. Cada día se pone más peligroso.

—Siempre puede acudir a los maderos, aunque eso dejará las cartas boca arriba, tarde o temprano. O escribir, de verdad, según acordó con su editora, y olvidarse de ese o esa Blancanieves.

—Es García-Pufo —aseveró Benito—. Estoy seguro.

—Si fuera él, ¿por qué no entrega el material directamente a Fangoria?

—Tiene miedo a dar la cara.

—¡Qué tontería! Según usted, están con la mosca tras la oreja la bo-

fia, Neoflor, Chimo, hasta esa Venus Lennon... ¿Qué tiene de especial que se lo dé a su propia editora?

—No entiendo a dónde quiere ir a parar, Matilda.

—Pues eso, don Benito, que no hay razón para esconderse de Fangoria. Para mí que Hilario García-Pufo abandonó el mundo de los vivos.

—¡Coño! Y perdone la expresión. Pues si eso es verdad, el que tiene todas las papeletas para ir tras él soy yo, de seguir comprometido en este lío.

—No sea pesimista —le animó—. Los tiene usted nerviositos. A todos. Ninguno sabe a qué atenerse. Siga como si nada, y espere a que alguno meta la pata.

—Lo malo es que la meta en mi mondongo.

—Bueno, haga lo que quiera, que yo tengo mucha faena. Le han dejado la casa perdidita.

Matilda se armó con la fregona y atacó el pasillo. Benito, desmadejado y confuso, la miraba desde el sillón con ojos mendicantes, buscando en la figura sensual de su espalda la respuesta a todas las preguntas.

Avanzó mecánicamente hacia el ordenador, como si la voz de su asistenta le dirigiese desde dentro de la cabeza. Al fin y al cabo, siempre le había dado buenos consejos. Buscó el archivo correspondiente y lo dirigió al correo electrónico de su editora.

Mientras reflexionaba sobre los pros y los contras de lo que acababa de hacer, el teléfono reclamó su atención. Cuando descolgó y supo quien era, se apresuró a disculparse; en voz baja, para mantener su ridículo lo más secreto posible.

—Sé que es difícil de creer, Venus —susurró—. Me vas a llamar gilipollas, pero es que confundí la dirección. Siento no haber podido...

—No importa, Beni —oír ese diminutivo en su voz le hizo tiritar—. El caso es que me gustaría que me acompañases esta tarde.

—Encantado. ¿Otra fiesta?

—Un funeral.

—No jodas.

—Me haría mucha ilusión.

—Bueno.

—Te paso a buscar yo.

—Mejor, así no me pierdo.

—Pues eso.

Benito colgó pensando en qué se pondría para ir a un sitio así.

—Era esa Venus Lennon, ¿verdad, don Benito? —dijo Matilda desde el pasillo.

—¿Me ha escuchado desde ahí?

—No, pero se le caía la baba.

—Pues sí, era ella. Y me ha invitado a un funeral.

—Muy divertido. Un poco extremista esa chica: de fiesta a funeral sin transiciones. Y se las da de amante de García-Pufo.

—Eso dice.

—No me lo creo.

—¿Por qué?

—Si lo fuera, no tendría tanto interés en la novela.

—A veces me desconciertan sus silogismos, Matilda. No veo la relación.

—Supongo que García-Pufo tendría la novela en su casa o, al menos, parte de ella. Y si ella fuese su amante, podría entrar allí y cogerla. No lo necesita a usted para eso.

—No tiene llave.

—Pues eso es lo raro, que una amante como es debido no tenga la llave de un hombre que vive solo.

—Dicen que es muy suyo; o que lo era, según su hipótesis. No dejaba la llave ni a su asistenta.

—No vaya a comparar a la asistenta con una amante.

—Eso me gustaría en mi caso. Matilda, ¿quiere ser mi amante?

—¿Para ahorrarse una llave? Ande, ande... ¿Ha enviado ya el capítulo a Fangoria?

—Ya está enviado. Seguí su consejo.

—Ha hecho bien. Pero no olvide borrar cualquier documento o vinculación con Blancanieves para evitar que ojos inoportunos se enteren de que está usted dando gato por liebre.

28

La noticia del óbito del Maestro a pies de sus discípulos había corrido como un incendio, y medio mundo se movilizó para ir a su velorio.

Eslóganes invitando a las exequias —«No todos los días se muere Neoflor», «Ven a decirle adiós con tu cara de domingo» y lemas por el estilo— aparecían por todas las esquinas, cubrían vallas publicitarias e interrumpían cada dos por tres los programas de televisión.

Cuando la reportera Venus Lennon llegó a buscarlo, Benito tenía muy claro a qué funeral iba a asistir. Ella cabalgaba, amazona despampanante, una moto de cine, y él no dudó un momento en acoplarse a la grupa y saborear el placer de sujetarse bien prieto a su cuerpo largamente deseado.

Los alrededores del palacio estaban abarrotados y una interminable cola de coches esperaba turno para acceder al pasillo debidamente abierto a las autoridades y demás enchufados. Venus sorteó hábilmente los vehículos y llegó hasta las primeras posiciones mientras Benito exhibía, bien visible, el carné de prensa que ella le había prestado.

Se detuvieron junto a un mercedes oficial con bandera. Una cabeza famosa asomó por la ventanilla posterior.

—¡Santo Cielo! —exclamó el presidente Farias—. ¡Qué raro ejemplar!

Salió del automóvil el jefe de Gobierno, junto a un tipo que no se despegaba de su lado. Cuando Benito vio esta cara, le castañetearon los dientes: era el matón que estuvo en casa acompañando a Neoflor, el de la

sonrisa de navaja trapera. Y al volante, aquel engendro feísimo que le revolvía la ropa sucia.

Se apretujó contra la espalda de Venus, ahora no por gusto, sino para no ser visto y frenar de paso la convulsión de sus mandíbulas; bueno, un poco de todo había en su intento.

—Es una Harley del setenta y siete, señor presidente —dijo el guardaespaldas—. Niquelada hasta las manillas y asiento de madera noble tapizada con piel de bisonte, hecho para traseros bien curtidos.

—A eso me refería, exactamente —rió Farias. Y Benito entendió al momento que las nalgas de la Lennon habían dejado de ser su obsesión privada para convertirse en un asunto de Estado.

—Permítame, señor presidente —añadió luego el gorila—, que le presente a la hija del finado.

Benito notó bajo sus dedos el acelerón en el pecho de Venus, un temblequeo nada estético que se fundió de inmediato con el suyo. Cuando ella contestó, él intuía ya que algo estaba a punto de romperse en mil pedazos.

—¿Cómo coño sabe usted eso?

—El corazón —explicó, jactancioso, el escolta— tiene razones que la razón no entiende, o la razón crea monstruos... O una cosa así. ¡Joder, no me metas en literaturas! Vamos, que para algo nos gastamos un huevo en agentes, tía.

—Disculpe usted a Matallana, señorita —Farias avanzó hacia ella, tortuoso y falaz como una culebra, ofreciéndole su mano—. Lo sabe todo. Y aunque parezca descortés, cumple con su obligación: por algo cobra como jefe de nuestros servicios de inteligencia.

Antes de que Venus aceptase el saludo del presidente y su invitación a acompañarlo en el vehículo oficial, Benito se deslizó como pudo de la moto y se escabulló entre las piernas de los guardias, hacia el anonimato protector de la masa de curiosos. Mientras atravesaba a gatas el cordón de seguridad, agradeció haber conocido al tal Matallana y al horrendo chófer bajo su ridícula personalidad de abeja Maya.

En su viaje a cuatro patas hacia la salvación, acabó hallando un tope más duro que la cabeza y quedó frenado en seco, tanto por el golpe como por al aullido del propietario de la tibia que acababa de machacar.

—Carajo, Chimo —dijo al alzar la vista—, lo siento. ¿Qué haces tú en este sarao?

El crítico dejó de frotarse la magulladura y miró estupefacto al bicho que lo había agredido.

—¿De qué vas ahora, Beni, de cucaracha o de escarabajo pelotero? —parecía irritado—. Empieza a preocuparme tu afición por los insectos.

—He perdido una lentilla.

—La cabeza es lo que estás perdiendo. Levanta y habla como un hombre.

Benito se incorporó y la riada humana los apretujó a ambos contra el muro del palacio.

—Oye, ahora que nadie nos escucha —susurró Chimo—, ¿de dónde sacas esas ideas para la novela?

—Las sueño.

—Anda ya.

—¿No te gustan?

—No lo digo por eso. Es que resulta sorprendente.

—¿En qué sentido?

—Tampoco es el momento de discutir sobre literatura, Beni, pero sí que me gustaría hacerlo con más calma. ¿Por qué no vienes mañana a Lacosta? Podríamos dar un paseo en barco.

—Me revuelve las tripas navegar, Chimo. Yo soy de secano y no me sienta nada bien.

—Un rústico es lo que eres. Si quieres, puedes llevarte a esa Venus, o como se llame. A las tías les pone calientes lo del sol y el aire con salitre.

Era una tentación para Benito, aunque la escena que acababa de vivir sobre la moto había dejado en él un poso de duda sobre aquella chica. Esa oculta vinculación con Neoflor resultaba más que inquietante, algo que merecía la pena estudiar con calma.

—¿Irá Fan? —dijo, por aclarar un poco sus ideas.

Chimo lo observó con cara de susto.

—¿Estás chalado?

29

Al abrir Baroja la portezuela del coche para sentarse junto al silencioso Mingo, percibió el saludo de Ferrari como un par de graznidos burlescos que tomó por una alucinación auditiva a causa del estrés. Después, cuando el chófer le dio las buenas tardes con su habitual retraimiento, intuyó que algo se cocía en el ambiente.

—Bueno, en marcha, que se hace tarde —ordenó mientras daba fuego al puro—. Lamento este servicio nocturno, pero es preferible que durmamos en Lacosta para ver a primera hora a doña Fangoria.

Mingo y el conductor intercambiaron miradas subrepticias y, finalmente, fue el joven agente quien se atrevió a hablar.

—Ferrari ha tenido hoy un problema, jefe.

—¿Cosa seria?

—Su suegra. Está hospitalizada. Nada grave, pero va para un par de días.

—Bueno, Ferrari, si es así, no hay por qué preocuparse. Arranque y vámonos rápido, que aún tenemos que buscar pensión y, si llegamos tarde, lo mismo nos toca dormir en la playa.

Los dos hombres parecían paralizados, a la espera de un mandato más tajante que el de su jefe. Un nuevo gruñido inquietó al inspector.

—¿Quién tiene aerofagia?

Le respondió un ladrido. Baroja se echó hacia atrás, asustado, llevándose la mano a la sobaquera. Mingo intentó tranquilizarlo. Ferrari se inclinó sobre el asiento del copiloto y sacó de allí, tras el parapeto del

respaldo, un chihuahua osado y berreón al que intentaba hacer callar a base de carantoñas en el cogote.

—¿De dónde ha salido esa porquería de chucho?

—Es de Ferrari, inspector, ya le explicaba. Su señora no puede atenderlo por lo del hospital, y él ha tenido que hacerse cargo.

—¿Están majaras? ¡Vamos de servicio, no de nurses caninas!

—No dará problemas —intervino Ferrari—. Lo conozco bien y sé cómo tratarlo.

—Ya lo veo, coño. Es un perro pijo, escandaloso y maleducado.

—Porque no lo conoce a usted —el chófer habló al animal y le acarició el lomo—. En cuanto coja confianza se calla como un niño bueno, ¿verdad?

—No para de ladrar, el muy mamón. ¿Por qué no le da un besito, a ver si se calma?

Baroja observó con grima cómo Ferrari obedecía la sugerencia y el chihuahua enmudeció inmediatamente.

—Considérelo un objeto más en el coche, inspector —terció Mingo—. Como si llevásemos un maletín o un paraguas.

—Tendremos que pararnos cuando le entren ganas.

—Que aproveche cuando nos vengan a nosotros —objetó el ayudante.

El jefe chupó el puro varias veces antes de responder, como si el humo le ayudase a aclarar las ideas.

—¡Siempre me tocan los marrones! —protestó—. Venga, Ferrari, en marcha, a ver si llegamos antes de que suceda una tragedia como la del Neoflor ése de los huevos, que se nos muere antes de declarar.

—¡Gracias, inspector! —exclamaron al unísono los defensores de la causa perruna.

—Pero les advierto que si da guerra lo tiro por la ventanilla... Por cierto, Ferrari, ¿cómo puede un policía tener un perro tan escuchimizado?

—Le gusta a mi señora —informó el conductor mientras forzaba el reprise camino de la autovía—. Es más manejable.

—Eso sí. ¿Y cómo se llama el chucho?

—Titi.

Baroja soltó una carcajada formidable.

—No le va mal el nombre —apostilló—. En confianza, me parece una mariconada.

—Pues no tiene nada de invertido —advirtió su dueño—. Ya le han cruzado con varias hembras y no vea usted como tira...

—Razón de más, hombre. Tenorio, por ejemplo, quedaría más propio.

—Es más adecuado, no cabe duda —apuntó Mingo.

—Y más elegante, coño, dónde va a parar.

30

Se repitió varias veces la última frase de Chimo, que si estaba chalado, a lo largo de las horas siguientes. Y esa pregunta se fue convirtiendo para Benito en un rosario casi obsesivo cuando, de noche, se enfrentó a la soledad de su casa.

Al llegar, Fred le había saludado desde su garita con una familiaridad hasta entonces inexistente: una aventura como la vivida al alimón siempre se presta a cierta connivencia. Con igual complicidad, como quien confiesa un secreto, le reveló el portero la visita aquella tarde de tres tipos deseosos de verle, y que él los mandó a paseo cuando intentaron sonsacarle datos privados de su inquilino favorito. Naturalmente, bastó con la confirmación de un par de detalles para tener claro que se trataba de la poli.

Sí, tenía que estar chalado para aceptar sin ton ni son el lío en que se había metido. Incluso para descolgar el teléfono cuando Venus llamó pidiendo disculpas por el plantón del funeral, y él cayó en la tentación de invitarla al paseo marítimo con Chimo sin exigirle más explicaciones. Ella había aceptado y Benito se sintió, a partir de ahí, aun más chiflado: no sabía qué le había dado aquella chica, pero todavía conservaba el calor de su muslo sedoso en la mano y no se resignaba a perderlo para siempre.

La segunda llamada fue menos grata o, para ser exactos, más inquietante. Por supuesto, era Blancanieves.

—Ya está bien, Hilario —se quejó Benito cuando identificó ese timbre de pandereta—. ¿Es que no me vas a dejar ni a sol ni a sombra?

—No me llamo Hilario. Y todavía me quedan un par de entregas. Pero no se preocupe, que después tendrá que completar usted la historia.

—Eso es nuevo. Dijiste que me ibas a enviar la novela entera.

—No existe.

—Me lo figuraba, no eres más que un bocazas. Te crees que por ser un escritor de éxito puedes reírte de cualquiera, ¿verdad?

—Voy en serio, y para que vea que puede confiar en mí, quiero hacerle una advertencia sobre esa presentadora de televisión con la que se trata últimamente.

—¿Qué tienes contra Venus, Hilario? Ella dice que es tu amante.

—No debería usted revelar esos datos a alguien desconocido —Benito entendió al momento que aquella voz tenía razón y que había vuelto a meter la pata—. Venus Lennon es uno de ellos.

—¿Quiénes son ellos, carajo?

—Ya se irá enterando a medida que lea la novela, quiero decir su novela. Tiene un nuevo envío en el correo electrónico. Durante la madrugada le mandaré otro para que lo lea mañana. No quiero que se sature. Buenas noches.

Benito activó el ordenador. Aquella operación, la de maldecir al autor del anónimo y leer después con imparable avidez su contenido, se había ido convirtiendo en algo malsano, una especie de droga a la que había quedado enganchado, un asqueroso tranvía del que no podía apearse.

Envió a la impresora el archivo recién llegado y se fue con los papeles a la cama. Tumbado sobre las sábanas, pensó que un pitillo haría más relajada la obligación de enfrentarse a las nuevas revelaciones. Echó mano a la cajetilla. Estaba vacía. Consideró si bajar a por tabaco al bar de la esquina, pero decidió acabar primero con la lectura y paliar la dependencia de la nicotina con una cinta de música, bien ajustada a los tímpanos. Curioso: sonaba el frenético “Mad Man Blues” de Hooker. Chalado, se dijo; si es que todo me lo repite: chalado.

En nuestra última entrevista, Garuga me contó buena parte de lo sucedido, lo suficiente como para que yo elaborase después mis propias y acertadas conclusiones. El caso

es que aquella funesta tarde, Belisa había tenido la desgracia de coincidir con algo así como uno de los tipos más influyentes del país, a quien convinimos en llamar Zabañas. Fue en una fiesta, a la que asistía también un fulano que bautizamos como Puchades y que quedó encargado de pedir a Garuga su automóvil para un servicio oficioso de la mayor importancia.

Zabañas era un sexópata con una larga tradición de deslices, y sólo la habilidad de sus colaboradores había evitado que se convirtiesen en estrepitosos batacazos; comentarios sobre su afición corrían, como un rumor en voz baja, por los cenáculos de la ciudad, pero nadie se había atrevido a ponerlo en letra impresa por la importancia del personaje y la falta de evidencias. Y por temor a sus matones, para qué vamos a engañarnos.

Garuga lo tenía abonado desde hacía años a sus terapias de rehabilitación y Zabañas pagaba su ayuda y su discreción con elevadas sumas, favores e influencias. El gurú no tenía el menor empacho en presumir de ello. Pero la verdad es que sus sesiones curativas no hacían mella en aquel hombre dominado por las más bajas pasiones, bien escondidas tras su fachada de altas virtudes patrias.

Una de esas pasiones fue Belisa. Una pasión breve, fugaz y trágica que Zabañas se ocupó de esconder como pudo una vez consumada, o consumada a medias, vaya usted a saber. El caso es que ese hombre acompañó a Belisa hasta su casa en el coche de Garuga, con intenciones que cualquiera puede imaginarse. Los únicos testigos de aquel encuentro y del precalentamiento correspondiente fueron su jefe de seguridad, a quien decidimos apodar el Rubio, y un segundo matón que no merecía mayor interés. Y yo, por supuesto, aunque con las limitaciones que me impuso la distancia.

Nadie sabe lo que sucedió arriba, naturalmente, porque sólo Zabañas y Belisa entraron en la casa, pero sí los resultados de esa aventura. Según Garuga, fue un accidente achacable a la colisión de dos efusiones desbordadas, de dos espíritus enfermos. Para mí, no dejaba de ser un desenlace absurdo aunque, conociendo ahora al coprotagonista del drama, no podía descartar que aquellas marcas en el cuello de Belisa fueran, lisa y llanamente, el sello del psicópata.

Zabañas se cuidó después de que desapareciesen todas las pruebas. Lo hizo bien, con su efectividad característica cuando se trata de asuntos tan sucios. Y creyó que todo estaba bien escondido hasta que, tres años después de los hechos, aparecí yo rondado los faldones del gurú. Yo, Hilario García-Pufo, era una prueba que dejaba con el culo al aire la impunidad del intocable Zabañas.

Pero mi pacto neblinoso con Garuga me dio entonces el oxígeno suficiente como para seguir respirando en paz.

Se incorporó para bajar a por tabaco mientras digería lo que acababa de leer. Esas figuras indefinidas en la bruma de la narración empezaban a adquirir unos sospechosos tintes de coincidencia con la realidad. Garuga era el difunto Neoflor, y el Rubio tenía una inquietante similitud con Matallana, el gorila de pelo claro que estuvo en su casa, tanto por sus características físicas como por sus peculiaridades laborales, sin que se pudiera pasar por alto sus seguras aficiones homicidas.

Eso llevaba a una conclusión estremecedora, porque el poderoso Zabañas tenía que ser... Quiso quitárselo de la cabeza. Una posibilidad así sería algo terrible y, desde luego, convertía su apreciado pellejo en algo menos valioso que la cajetilla vacía que acababa de tirar a la basura.

¿Y Venus? Bueno, ella había aceptado ante Matallana que era hija de Neoflor. Tal vez a eso se refería Blancanieves cuando dijo que era uno de

ellos. Pero Venus no conocía a Matallana, ni al presidente Farias, así que tampoco encajaba exactamente.

Venus... Ahora sonaba “She’s fine” de A.C. Reed, revoloteando el saxo en sus escalas cadenciosas sobre ese nombre deseado. Suspiró Benito. Y es que no existe el azar para el blues, la única música que cuenta la verdad en cada momento, y cualquier título que escojas te dice siempre lo que te pasa por dentro, en ese sitio oscuro que se esconde entre las tripas y el corazón.

Al llegar al portal, se sorprendió de la reciente lluvia, quizá una tormenta veraniega que había descargado sin truenos ni relámpagos mientras él se devanaba los sesos con sus dilemas personales. Estos conflictos, o los auriculares chorreando blues, habían apagado los ecos de cualquier meteoro en sus sentidos.

Todavía chispeaba cuando salió a la calle. Su cuerpo acogotado agradeció esos primeros pasos sobre el pavimento, y su cara, el contacto directo con el agua. Se detuvo a mirar al cielo y trató de imaginarse el trayecto de la Vía Láctea, clandestina entre las luces entreveradas de las farolas que sobrevivían al estropicio habitual del barrio; respiró el aire fresco y húmedo de la noche y, aparte de algún estornudo que otro, esa sensación de vida aletargada, sigilosa, le ayudó a recuperar un poco de autoestima.

Entonces lo vio. En la acera de enfrente, ahora enfundado en traje de atleta, un body naranja, ceñido, brillante y con capuchón. El enano hacía footing, de una esquina a otra, ida y vuelta. Y cada dos o tres largos de calle, se detenía y comenzaba un ceremonial de ejercicios de relajación, con ligeras flexiones y un subir y bajar los brazos que sonaba a impostura, a comedia barata. Y, mientras tanto, a fisgar. Se creía muy listo.

Benito estaba harto de sentirse perseguido, vigilado, coaccionado. Tuvo un repentino arranque de amor propio y se fue hacia él: ambos, frente a frente, en la calle solitaria. Mientras avanzaba hacia el objetivo, no dejó de pensar en la posibilidad de que el espía estuviese armado, que le sacase un pistolón o una navaja automática. Le tranquilizó pensar en la dificultad de esconder algo así en un traje tan nítido, sin dobleces.

Estaba a pocos metros cuando el enano lo vio llegar; inmediatamente, abandonó sus falaces ejercicios y recuperó el movimiento en dirección a la esquina, aunque ahora su carrera no era tan tranquila y no dejaba de mirar atrás, a los pasos cada vez más rápidos, decididos, del recién llegado.

Aceleró Benito y su presa avivó la marcha. Empezó luego a trotar y el bultito anaranjado incrementó la carrera hasta perderse tras la esquina. Pero no estaba dispuesto a dejarlo ir, ya que había comenzado la caza. Corrió él también y, a pesar de su falta de entrenamiento, enseguida lo tuvo a la vista. Iba ganándole centímetros a cada zancada.

Dieron un par de vueltas a la manzana, como si el enano no conociese otro trayecto. Casi lo alcanzaba ya con el brazo: Benito podía escuchar su jadeo cansino, o tal vez era su propio resuello al rebotar en aquella cara de informador cagoli, que miraba atrás ahora, horrorizada al saber que le quedaban sólo metros, segundos de libertad antes de caer en su poder.

En un quiebro inesperado, la bala naranja tomó una calle lateral y se deslizó rápidamente por los escalones de una puerta secundaria de la iglesia parroquial. Benito, en su frenada inexperta, trastabilló escaleras abajo y entró de narices por la puerta donde había desaparecido el trofeo que perseguía: allí estaba, apoyado en la pared, jadeante, derrengado, creyéndose a salvo en la estrecha penumbra. Tampoco él andaba sobrado de fuerzas, pero lo agarró por el cuello y, haciendo acopio de energía de forma que pareciese más o menos temible, le espetó:

—¿Qué quieres de mí?

El enano farfulló algo incomprensible. Benito aflojó un poco la presión de su mano sobre el gaznate y repitió la pregunta.

—Gñññ —creyó escuchar.

—¿Por qué no me quitas ojo, mamón?

El cautivo empezó a lloriquear, y el buen corazón de Benito le instó a relajar aún más la ventosa de sus dedos. El grito desgarrador que salió de aquella boca lo asustó hasta tal punto que volvió a ceñirse de forma instintiva al gollete traidor de su presa, que pataleaba ahora intentando alcanzarlo sin éxito.

Fueron segundos, nada más, de forcejeo. Por la puerta del interior asomó un cura famélico con cara de espanto que encendió la luz de pasillo y se aproximó hasta ellos a pasos dubitativos.

—No lleva nada encima —dijo, suplicante—. Déjelo usted, hombre de Dios, que se va a buscar la ruina.

Sacó del bolsillo un par de billetes arrugados y se los ofreció a Benito.

—¿Por quién me toma? —protestó indignado, sin soltar el cuello de su rehén—. Este cabrito lleva vigilándome desde hace varios días.

—¿Serafín? No es posible, señor, debe de haberse equivocado. Llegó esta misma mañana a la ciudad.

—¡Y un carajo! Vino conmigo en el tren desde Lacosta. No se me borra una cara, por mucho que se disfrace de Jordan, Induráin, Moyá o Florence Griffith.

A los gritos acudieron desde el interior un par de buenos mozos con pinta de halterófilos, embutidos en chándal y con intenciones poco amigables hacia Benito. El cura los detuvo al llegar a su altura.

—Ya está bien de violencia. Mire, señor, me temo que es usted víctima involuntaria de un malentendido —se fue incorporando al corredor más gente: otro cura, una señora con uniforme de cocinera y media docena más de hombres diminutos. Benito notó cómo se le esponjaban los brazos—... Serafín, como estos otros amigos, ha venido de lejos para participar en los III Juegos Menudos. Nada tiene de extraño que los haya visto entrenar por el barrio porque se alojan aquí, en la parroquia. No todos tienen jugosas becas para usar la residencia deportiva y sus instalaciones, ¿sabe usted?

El nylon naranja se le escurrió a Benito entre los dedos sudorosos. El preso escapó de su argolla de carne y huesos y, antes de correr hasta el abrigo de la pequeña multitud aliada, le gratificó con una grandiosa patada en la espinilla que le hizo doblarse entre alaridos.

Ni pidió disculpas. Salió a toda prisa de aquel cubículo maligno como un galgo cojitranco con el rabo entre las piernas, hasta alcanzar el taburete frente a la barra despoblada del bar. Calmó su vergüenza con un par

de copas y vertió una tercera sobre la tibia sanguinolenta para evitar infecciones.

Una hora después, más o menos sereno, cayó en la cuenta de que la persecución le había costado, además, la grabadora y su cinta de blues. Mientras volvía renqueante a casa con un par de cajetillas en el bolsillo pagadas a sobreprecio, tuvo la impresión de que algo seguía sus pasos; nada concreto, puede que apenas fuera la señal liviana de unos ojos fijos en su cuerpo, o que esa sensación estuviera solamente en su cabeza.

No más obsesiones, se juró. Pero le vino a la memoria el título de la maldita novela y recordó que el aire no deja huellas. O tal vez las deje, en forma de escalofrío, a lo largo del espinazo.

Y CINCO

31

La mañana había levantado ventosa, como casi siempre en aquel lugar apartado del mundo. Durante la noche, Ferrari había tenido que salir un par de veces de la pensión para que Titi vaciase la vejiga pero, aparte de ese inconveniente que sólo alteró al dueño de la criaturita y a Mingo, su compañero de habitación, todo había transcurrido sin mayores incidentes.

Baroja se despertó con hambre. El mar le abría el apetito y siempre cogía kilos cuando veraneaba en la playa aunque, desde que se reunieron en el comedor para desayunar, no paró de despotricar contra quien tuvo la absurda idea de levantar casas en una esquina de piedra como aquélla, castigada por todos los huracanes posibles.

Maldijo luego durante un rato al enterarse de que hasta allí no llegaba la prensa deportiva, y avisó por teléfono a Fangoria de su inminente visita.

Decidieron llegarse andando hasta el chalé, a pesar del airecillo, por hacer un poco de ejercicio y conocer mejor la zona. Enseguida, Ferrari se dedicó en cuerpo y alma a perseguir a un Titi enloquecido por tanto espacio nuevo que descubrir.

El inspector, con su proverbial paciencia, aleccionaba al ayudante sobre las líneas maestras del interrogatorio que estaban a punto de afrontar.

—Sobre todo, elegancia, Mingo. Esa señora es la denunciante, aunque después haya reculado.

—La elegancia no está reñida con la efectividad, jefe, y con todos los respetos, para mí que ella le tiene a usted un poco sorbido el seso.

—¿Qué pretende sugerir?

—Pues que creo que le hace tilín —Mingo no reprimió una sonrisa aviesa—, por explicarlo en fino.

—¡Ah bueno! Pensé que dudaba de mi profesionalidad. En fin, no irá usted a negar que tiene clase.

—Mucha, pero no es mi tipo.

—Ni falta que hace —se detuvo Baroja, escamado, y sujetó del brazo al ayudante—. ¿Por qué ha dicho eso?

—Porque es así. Es mucho mayor que yo.

—La edad no es un impedimento. Venga, coño, no se pare que nos vamos a poner perdidos de polvillo.

—Pero no me va, inspector. Es una loba.

—¿Loba? Puede ser, pero eso no le hace a usted más objetivo que yo a la hora de enfocar este caso.

—No, señor, eso precisamente no me hace más objetivo.

—¿Por qué subraya ese precisamente?

—Por nada, inspector.

—¿Está seguro?

—Pues claro, pero le recuerdo que no es a mí a quien tiene que interrogar, sino a esa señora.

—Tranquilo, lo hago para entrenar.

Titi cruzó frente a sus pasos, levantando chispazos de arena. Su dueño llegó detrás, sudando, resoplando y sin dirigirles siquiera una mirada.

—Entre nosotros, Mingo, este Ferrari parece tonto. Mírelo: tan feliz como el chucho. Llevo desde ayer preguntándome cuál de los dos es el animal.

—¿Y ya lo ha averiguado?

—¿Qué insinúa?

—No, por favor, no empecemos de nuevo.

—Lo siento, Mingo, pero a veces no puedo olvidar que soy policía.

—Es que lo es, jefe. Lo que no debe olvidar es que yo también lo soy.

—Ser policía no nos hace menos sospechoso: recuerde siempre esto, ahora que empieza —buscó al chófer con la vista entre las dunas—. ¡Eh, Ferrari! Mingo y yo vamos a entrar. ¡Ni se le ocurra meter al chucho en casa de la señora!

32

Había soñado con víboras, escorpiones e inspectores de Hacienda. Y que retozaba, sobre una cama de faquir, con una mujer pequeñita que se hacía cada vez más chica hasta casi desaparecer entre sus manos.

La asistenta lo sorprendió durmiendo vestido en la cama, con los zapatos puestos y el cenicero lleno en la mesilla. Le soltó el rapapolvo merecido pero, cuando lo hizo, ella ya tenía los papeles en la mano y, posiblemente, leída la mayor parte de su contenido.

—Es interesante este capítulo, don Benito.

Él le confesó su hastío desde la ducha y, al hacerlo, no pudo evitar avergonzarse un poco: en el fondo, sólo estaba dejando salir su pánico, eso sí, bien disfrazado de dignidad.

—Estoy harto de ser un negro, Matilda —se lamentó—. Debo reafirmarme en mi propia literatura.

Ella asomó la cabeza por la puerta del baño. Benito cerró instintivamente la cortinilla de plástico y Matilda liberó una risa musical, antillana.

—No le dé vergüenza, hombre. Me refiero a lo de ser negro. Míreme a mí: mulata de toda la vida, ni blanca ni negra, ni chicha ni limoná. Pero feliz.

—Lo siento, Matilda, no he querido ser grosero —sacó la cabeza para disculparse entre resoplidos jabonosos—. Ya sabe usted que nos llaman así.

—No es por mi color, créame, pero a mí eso de negro me suena fatal.

Yo prefiero considerarlos, ya que se incluye usted en el gremio, escritores fantasmas, como dicen los anglosajones.

—Fantasma o negro, qué más da: ambos pertenecen al reino de las sombras.

—Empieza usted a hablar como un escritor, don Benito.

—¿Me permite salir de la ducha?

—Está en su casa, ¿quién se lo impide?

—Usted... Quiero decir su presencia. ¿Le importaría darse la vuelta?

—Ahora me ha decepcionado —Matilda se giró hacia el pasillo—. Un escritor de raza no se para en tonterías de este tipo ni tiene miedo a mostrarse tal y como es.

—Pero yo soy un cobarde y, además, todavía no soy escritor —se colocó el albornoz con prisas y salió en busca de sus zapatillas.

—A lo mejor, una cosa tiene que ver con la otra.

—Seguro —Benito escapó chorreando hacia el salón. Y ella, detrás.

—Tampoco tiene por qué ser así. Recuerde a Cyrano, que escribía como los ángeles para la mujer que amaba, y lo hacía en nombre de otro. ¿Por qué? Por cobardía. Ése sí que fue un fantasma como es debido.

—Necesito reflexionar, Matilda. No creo que haya hecho bien aceptando este encargo. Y menos aún haciendo pasar por míos párrafos que no he parido. ¡Si es que es el colmo!: un negro que, a su vez, tiene otro negro...

—Como el papel de calco que los antiguos usaban en las máquinas de escribir.

Benito recordó la última conversación con Blancanieves y se dirigió al ordenador en busca del nuevo capítulo prometido.

—Tampoco soy tan viejo, Matilda —se quejó de paso—: yo los usé de niño en la máquina que había en casa.

No escuchó ninguna disculpa de sus labios. Pero ella seguía pegada a su espalda.

—Pues no me parece bien que abandone, don Benito —reiteró, por el contrario—. Es una oportunidad. Y ya sabe lo de los trenes y las oportunidades, que no se pueden dejar ir.

—No lo sé. Estoy confuso —musitó.

—Confuso y magullado —se agachó la asistenta a observar de cerca su espinilla—. ¿Cómo se hizo esa matadura?

—Metí la pata donde no debía, no es nada. Creo, Matilda, que Chimo tiene razón en lo de revisar la trama. Lo más sensato es escuchar sus consejos.

—El Chimo ése es el editor consorte.

—Ese mismo. Él es crítico y además publica, así que tiene más perspectiva que yo.

—Ni mero, ni cordero. O ambas cosas juntas, como los anfibios.

—Ya estamos con sus metáforas.

—Pues si lo prefiere en roman paladino, que eso es como bailar en dos comparsas al mismo tiempo, o como estar en misa y repicando.

—Radical; eso es lo que es usted, Matilda, una radical. Mire, aquí está el correo de Blancanieves.

—A mí póngamelo en papel —objetó ella—. El brillo de la pantalla me distrae.

Benito obedeció con gusto. El tacto del papel no podía compararse con la fría textura de un ordenador, donde las letras son y no son de un instante a otro, donde todo desaparece de repente y los mejores textos se hacen nada por voluntad o por error. Además, lo que está escrito en papel parece otra cosa, como si tuviese más valor, más solera. Era como lo del acto y la potencia que había estudiado en Filosofía: hasta que una obra se afianza en la hoja, no deja de ser un futurible.

Pasaron al salón con su botín literario y se sentaron juntos, a compartirlo. El aroma a guayaba de Matilda, casi inadvertido antes, se le metió como un gusanillo etéreo, directo hasta el corazón. Quiso decirle algo lindo, pero ella ya estaba encelada con la lectura y prefirió no quedarse atrás.

Al principio no fui capaz de verlo claro.
Cuando envié las primeras notas de esta novela a Fan,

mi editora, todo empezó a enredarse de forma ridícula; o dramática, según se mire. Garuga me comunicó, muy alarmado, que mis textos eran demasiado explícitos, tan evidentes que sus amigos no estaban dispuestos a transigir, y que mi trasero empezaba a oler a pólvora.

El gurú, creyendo que trataba con un pipiolo, me sugirió una reunión para aclarar determinados extremos. Ya ven: la fe, a veces, lleva a extremos rayanos con la memez. Le mandé un nuevo anónimo, firmado esta vez por mi supuesto cómplice, en el que le explicaba, con la mayor exactitud posible, el camino más recto para irse a tomar por saco.

Cambié de residencia para salvar mi anatomía; y sin renunciar, por supuesto, a mi insoslayable deber con los lectores. Ésta y otras medidas de prevención me permitieron trabajar con cierta tranquilidad durante un tiempo, pero pronto empecé a sentir alrededor la larga zarpa de Zabañas y la peste a rexona de los sobacos del Rubio, que venían a ser una misma cosa.

Lo más extraordinario del asunto era la información que aquellos miserables parecían manejar. Y eso me hizo sospechar directamente del mundo editorial. La probada discreción respecto al contenido de mi novela movió las sinapsis de mi inteligencia hacia ese entorno. Pero poco había allí que rascar, ya que las relaciones eran casi exclusivas con mi jefa y ella quedaba fuera de toda sospecha. Con argumentos que no me siento obligado a explicar, recibí sobradas garantías de que no había allí ninguna operación contra mi persona y que seguía siendo valorado como amigo y como inversión.

Fue entonces cuando averigüé, por elemental deducción, a qué nombre propio había que asignar el alias de

Puchades. Ya había identificado a Zabañas, al Rubio, al propio Garuga, pero notar a mi lado el aliento hipócrita del judas de Puchades me provocó una sensación como de retortijones, por no decir, directamente, que me revolvió las tripas.

Descubrir a este hombre ante sus propias narices se convirtió a partir de entonces en mi obsesión más inmediata, en el hilo conductor de mi futura narración. Porque Puchades, como sus cómplices, pensaba que nadie habría de encontrar sus huellas marcadas en el aire. Y yo, Hilario García-Pufo, las había hallado. Sólo tenía que demostrar que correspondían al mismo número que el de su pie.

—Cada vez escribe menos, esta Blancanieves —se quejó la asistenta.

—Es un lío. Y peligroso. Ahora nos sale con el tal Puchades y su calzado.

Benito miró el reloj y se fue con prisas hacia el dormitorio.

—Me tengo que ir, Matilda —gritó desde allí—. Voy a llegar tarde. Puede que esté un par de días fuera.

—¿Ligó con Venus?

—Es usted medio hechicera.

—Lo da la tierra, don Benito.

—Pero sólo medio, ya le digo. Es una cita decorosa, para aclarar malentendidos. Vamos juntos a Lacosta, invitados por Chimo a marear, lo que, en mi caso, equivale a mareo seguro.

—¿Y si escribe Blancanieves? Lo digo porque se ha dejado el ordenador encendido... Y esto debe de gastar lo suyo.

—Por favor, Matilda —rogó ya desde la puerta—, apáguelo usted. Sólo tiene que apretar el botoncito.

33

Doña Fangoria era un hueso duro de roer, pensaba Baroja, una señora de las que ya no quedan, con ese saber estar, ese carácter de las de antes, mezclado con la seguridad en sí misma de las de ahora. El mundo estaba cambiando demasiado si una mujer en bata, por muy de alta costura que fuese, era capaz de esquivar su siempre diestro interrogatorio. Desde luego, no era mala época para jubilarse.

—Entiéndalo, inspector —argumentaba ella con un mohín de desamparo en los labios—, lo que me pide no es posible. Y no se trata de negarles mi ayuda; es, simplemente, que no hay más texto en esa novela que el que dicen haber leído.

—Sea buena, doña Fangoria —insistió, paciente, Baroja.

—Llámeme Fan, por favor. Repito que no hay más texto y, si lo hubiera, es un asunto de empresa que no pondría a su disposición salvo por motivos muy graves —reflexionó por un momento y deslizó su actitud hacia lo que aparentaba ser una regañina cariñosa—. No voy a abrir una investigación para saber quién les ha facilitado ese documento, pero sepan que es una grave violación, casi como si hubiesen obtenido secretos militares por procedimientos ilícitos.

Baroja no se dio por aludido.

—Pónganos en contacto con ese García-Pufo —sugirió—. Así se evitará usted la molestia de nuestra presencia.

—No es molestia, créame. Pero es imposible conectar con Hilario. Está en la selva de Yucatán y supongo que pasará allí un mes, más o menos. Si da señales de vida, le prometo que haré llegar su petición.

Mingo paseaba junto al ventanal. Vistos desde allí, los esfuerzos de Ferrari entre las colinas de arena para atrapar a su chucho le parecían tan ridículos como los de su jefe ante aquella mujer. Ella le daba pase tras pase, en lo que los taurófilos llamarían una faena de aliño, sin el asomo de bravura que se le debería exigir a un policía con su experiencia. Desde luego, no era mala época para que se jubilase.

—Ese hombre —se atrevió finalmente a intervenir—, el escritor, se refiere a un asesinato que quedó sin resolver. Comprenda que nos interese, señora. Pero escribe en clave. Si usted nos informase de los códigos que emplea... Ya sabemos que Garuga es el Maestro Neoflor, que en paz descanse, pero el resto de los nombres...

—No tenía ni idea. ¿Neoflor y Garuga, la misma persona?

—Seguro.

—Si usted lo dice... Pero tampoco creo que deban obsesionarse con esa posibilidad. Los creadores, para construir sus ficciones, parten a menudo de escenarios reales, y no pocas veces confunden ambas orillas del río.

Y tú nadas en ese río y guardas la ropa en las dos orillas al mismo tiempo, pensó Mingo, pero se lo calló.

Baroja no se rendía. A pesar de la reiterada negativa a colaborar por parte de su anfitriona, siguió desgranando sus preguntas, una tras otra, según le dictaban su dilatada experiencia y la obligada cortesía.

Su ayudante, por el contrario, ya había desesperado de encontrar en aquella casa alguna respuesta válida con los métodos de su jefe y atendía más al exterior, explorando los trompos que se levantaban a lo largo de la playa como brevísimas arboledas pardas; buscando con la vista las evoluciones de un Ferrari preocupado por las disparatadas carreras de Titi entre las impredecibles cortinas de viento y polvo. Ya no estaban por allí. Tal vez se los había tragado la tierra inquieta o el chucho había preferido un remojo lúdico en la mar picada.

Sonó el timbre y Mingo se ofreció a hacer de portero. Cuando volvió al salón, lo acompañaba el chófer.

—¡Ferrari! —le afeó Baroja—. No habrá traído el perro a casa de la señora...

—Para nada, jefe —respondió con aplomo—. Órdenes son órdenes. Sólo he entrado para pedirle a usted que pregunte a la señora sobre una cosa que me tiene un poco liado.

Baroja y Mingo se miraron, al menos tan confusos como él.

—No sea maleducado, Ferrari —le abroncó el jefe—. Ella está presente. Puede preguntarle usted directamente.

—Es que prefiero que lleve usted el interrogatorio, inspector. A mí me falta experiencia, y perspicacia.

Baroja se rascó el cogote, sacó su puro del bolsillo y se lo llevó a la boca. Ferrari lo irritaba, a veces, hasta el límite de hacerle perder la compostura.

—¿Y qué es lo que debo preguntar? —mascó, nervioso—. Si puede saberse.

—Pregunte a la señora si cultiva zanahorias.

Miraron todos a Fangoria. La pregunta era clara, pero ella parecía no haber escuchado nada y compartía la cara de asombro con los otros policías.

—¿A qué viene esa mamonada, Ferrari? —se incorporó, bramando, Baroja—. Perdone usted el taco, doña Fangoria. Es que me pone a cien...

—Titi, escarbando, escarbando, ha encontrado bajo la arena una mata naranja —se explicó el chófer—. Y si no son zanahorias, tiene que ser un fiambre.

—¿Un cadáver, quiere decir? —se alarmó Mingo.

—Como quiera, pero está fiambre.

Baroja y su ayudante salieron pitando al exterior. Ferrari tras ellos. Fangoria quedó boquiabierta, hundida en el sofá.

34

—Te debo una explicación, Beni.

Benito estaba encantado de que Venus le debiese algo; al menos, unas palabras. Al parecer, el madrugón no le había caído demasiado bien a la reportera que le había cedido el volante de su descapotable en cuanto lo vio llegar, y se pasó las primeras horas durmiendo como una bendita. Pero era una buena frase para dar por segunda vez los buenos días.

—Creo que sí —susurró él, intentando respetar su regreso suave del sueño.

—Siento haberte dejado plantado así, pero era el presidente.

—¿A eso te referías? Tranquila, supongo que lo pasarías bien.

—Es un guarro.

—Lo mismo dice la oposición.

—Un baboso.

—Eso dice alguna prensa.

—Un salido.

—Eso dice Hilario en su novela.

—¿Hilario?

—No veo de qué te sorprendes, siendo como eres hija de Neoflor. Pensé que era ésa la explicación que me debías.

—Es que no es del todo cierto.

—Pues el gorila aquél, Matallana, el Rubio como le apoda Hilario, se lo sabe muy bien.

—Soy, oficialmente, hija secreta de Neoflor.

—¿Cómo se come eso?

—Mi madre le hizo pagar al gurú por una cana al aire que le echó cuando era joven. El muy pánfilo, como ya andaba por la senda de la beatitud, se lo tragó.

—Carajo.

—Mi padre, mi verdadero padre, era antropólogo y murió en una expedición al Amazonas cuando yo era chiquitina.

—¿Fiebres?

—No. Sucedió durante una boda de lugareños.

—¿Se pasó con la ayahuasca?

—Qué va: él fue el segundo plato del banquete.

—Déjate de coñas conmigo, y de malos chistes.

—Es verdad, te lo juro. Sólo encontraron sus prismáticos y el DNI. Los tengo casa.

—Carajo...

—Pero no se te ocurra soltarlo por ahí porque me joderías la herencia del gurú.

—Claro, descuida. Pero hay algo que no me encaja, Venus. ¿De verdad estuviste liada con García-Pufo?

—Se podría decir que sí.

—Es que entre ellos no había mucha simpatía. Entre Neoflor y él, quiero decir. Ya lo sabías, desde luego.

—Por supuesto. Fue mi padre oficialmente secreto quien me propuso ligármelo. Bueno, no exactamente, él nunca habló de sexo sino de una aproximación personal, el muy idiota. ¿Qué sabría él de aproximaciones si, para una vez que lo hizo con mi madre, le tocó el gordo?

—Ahora empiezo a entender... algo. ¿Qué tenía que ver esa propuesta con la novela?

—Todo. No sé por qué razón, Neoflor estaba obsesionado con Hilario y con lo que andaba escribiendo, una historia sobre los Tomassi esos que te comenté.

—Así que tu rollo sentimental era algo así como un pequeño negocio familiar.

—Más o menos.

Benito se enterneció con la sencilla ignorancia de Venus, y la imagen de ésta se fue transmutando ante sus ojos, como si repentinamente un hada la hubiese tocado con su varita mágica. La casquivana presentadora era ahora una ingenua jovencita en manos de malvados intereses, como las heroínas desvalidas de las sórdidas novelas decimonónicas. Pensó si sólo sería el efecto de mirarla tanto tiempo de reojo, atento siempre a la carretera y a su atractiva compañía.

—Bueno, si lo pasaste bien con Hilario... —dijo, por ofrecerle un consuelo.

—¿Cómo iba a pasarlo bien, Beni? ¿Es que tú eres tonto o qué? No me van los tíos, ya te lo dije por teléfono.

—¿Que me dijiste...? —algo se le hundió a Benito, definitivamente, a la altura del hígado—. No lo recuerdo.

O sí... Aquel despiste para observar al enano vestido de... ¿ciclista? ¿tenista?, mientras ella se confesaba...

—No te enteras, tío. Sólo lo hice por él, por Neoflor. Y por mí, claro: no iba a poner en peligro mi herencia.

—Ya.

—Esa puta novela me trae sin cuidado. Ahora ya me importa un rábano toda esa historia. Soy multimillonaria y puedo elegir a los tíos que quiera. Intelectualmente hablando, porque el sexo con ellos me excita menos que un trago de agua bendita. ¿Queda mucho para Lacosta?

35

La brigadilla de obreros tomaba un tentempié junto al hoyo, a la espera de nuevas órdenes. Entre algún que otro taco, abominando de la violencia desatada del arenal, intentaban proteger sus tarteras tras los coches policiales que se habían unido al espectáculo.

Dentro, Baroja ponía a una lívida Fangoria al corriente de los últimos datos. Mingo sonreía secretamente, satisfecho del giro que habían tomado los hechos.

—Es un chico de veinticuatro, un tal Apolo, alias 'El Hortaliza', gigoló full time y muy a su aire: ni siquiera está sindicado. Nadie ha denunciado todavía su desaparición pero su coche se encontró abandonado hace unos días, a más de doscientos kilómetros de aquí. ¿No lo vio por los alrededores? Su pelo es llamativo, inolvidable.

—No sólo su pelo —admitió ella—. Otras partes de su cuerpo lo eran más. En fin, no tiene sentido que lo niegue porque, tarde o temprano, llegarían a saberlo. Pero le diré antes, para que sea capaz de comprenderme, que las relaciones con mi marido son inexistentes desde hace más de diez años. No funciona, ¿me comprende?

—Se refiere a sus relaciones... ¿íntimas? —requirió Mingo.

—Pues claro, hombre —le regañó Baroja—. Un poco de delicadeza, Mingo, que no está usted hablando con cualquiera.

—Gracias, inspector, por su comprensión —añadió Fangoria—. Lo que quería decirle es que una no es de piedra, ¿sabe? Y algunas veces, de tarde en tarde, eso sí, me veo con hombres en los que encontrar lo que el eunuco de mi marido no puede o no quiere darme.

—Muy comprensible, señora. ¿Y ese...? —comprobó sus notas.

—‘Hortaliza’ —dijo Mingo de memoria.

—...Apolo, eso es —Baroja miró de soslayo al ayudante, con cara de pocos amigos—. Quiere decir que ese chico estuvo aquí.

—Sí, pero estaba vivo, muy requetevivo.

—¿Cuándo fue?

—Hace una semana, creo. Se marchó de madrugada, para que no lo vieran. Una tiene sus debilidades pero no se trata de pregonarlas, ¿verdad?

—Pues lo vieron —apuntó el ayudante—. ¿Cuánto tiempo pasó en esta casa?

—No sé... Vino a media tarde, así que unas once o doce horas.

—¿Tanto? —se sorprendió Baroja—. ¡Qué tío!

Mingo estaba interesado en saber si el marido de Fangoria pudo haberse enterado de esa visita clandestina.

—No quiero decir, entiéndame —aclaró no obstante—, que él haya hecho lo de ese chico: es sólo una conjetura para ir uniendo piezas, ¿comprende?

—Perfectamente, agente. No creo que él se haya enterado; lleva años sin enterarse de nada el muy imbécil, aunque si insinúa que Chimo lo haya asesinado, le diré que no lo creo con esas agallas. Pero, sinceramente, me trae sin cuidado.

—Sólo era una conjetura, señora —se excusó Baroja—. Pudo tratarse de un atraco, o de la venganza de una amante despechada. Cualquiera sabe. No podemos descartar ninguna hipótesis hasta que la autopsia nos marque un camino más claro. No queremos causarle más molestias de las necesarias: una última pregunta y la dejamos descansar.

—Usted no molesta, inspector. Responderé con gusto a esa pregunta.

—¿Diría usted, señora, que ese joven era normal?, quiero decir si nada en su cuerpo le llamó la atención de forma extraordinaria.

—En fin, ya le dije antes... Permítame —se levantó para aproximarse a Baroja y cuchicheó algo en su oído.

El inspector arqueó las cejas y pasó, sin transición, de un gesto de admiración a otro de evidente incomodidad. Carraspeó antes de hablar.

—Desde luego, señora, que no me refería a eso.

—Aparte de ese detalle, nada que lo distinguiese de otro hombre que yo haya conocido.

—¿Cuántas piernas tenía cuando estuvo aquí? —le lanzó Baroja con habilidad, como si quisiera pillarla en un renuncio.

—Pues... dos, naturalmente —confesó ella, desconcertada.

—Imposible. Había tres zapatos en la fosa.

36

El puerto ocupaba un rinconcillo al pie del pueblo, un refugio natural entre las rocas aprovechado para amparar apenas media docena de chalupas familiares.

El yate fondeaba a distancia y Chimo los recibió en tierra.

—Me alegro de que hayáis venido los dos —dijo mientras Benito hacía las presentaciones—. Lo pasaremos bien.

—Lo que de verdad quiero es que me des tu opinión, Chimo —Benito no estaba para diversiones, especialmente tras la confesión de indiferencia de Venus—. De eso se trataba, ¿no?

—De eso se trata —Chimo arrancó el motor de una lancha neumática y les invitó a subir—. Pero no seas aguafiestas, coño. Disfruta un poco del sol, del olor del mar —guiñó un ojo cómplice a Benito—. ¿Recuerdas lo que te dije de sus efectos en determinadas personitas?

Venus se despojó de su vestido y quedó con un minúsculo biquini rosa. Cerró los ojos y emprendió un viaje privado hacia alguna parte, contra el viento.

También rosa. Todo es, en ella, rosa por dentro, pensó Benito. Hasta su corazón sería de ese color, enfriado el escarlata verdadero por el hielo blanco de la no pasión. Cuánto hubiera dado por encontrar en aquellas formas interiores un biquini rojo. Aun así, en cualquier otro momento, ese paisaje le hubiera hecho entrar automáticamente en crisis romántica, pero la marejada empezaba a revolverle el estómago y una tensión inoportuna le había acampado en las sienes y en la nuca.

Llegó a bordo a punto de echarlo todo.

—Tómate esto —Chimo le alcanzó una píldora—. Tienes la cara amarilla. Pareces un cadáver. Y no me gusta hacer tratos con los muertos —soltó una carcajada—. Acomodaos por ahí. Voy a por bebida.

—¿Todo bien, Beni? —se interesó Venus mientras se estiraba al sol en una tumbona junto al timón.

—Cojonudamente, no te digo. Pero no me hagas hablar, por favor.

—Mira al horizonte. Dicen que eso ayuda.

Mirar al horizonte. ¿A cuál de ellos? Porque buscar la línea del mar entre la niebla lejana era imposible, e intentarlo entre las curvas de ella, aventura ésta mucho más dichosa, garantizaba un bofetón de desesperanza, perder el tiempo.

Chimo regresó a cubierta con un carrito cargado de botellas, vasos y una cubeta de hielo.

—¿Martini o champán? Francés, por supuesto.

Ella aceptó la primera oferta. Benito lo rechazó con un gesto forzado, acodado sobre la borda, pendiente de un ataque desde dentro que presentía inminente. El anfitrión sirvió un par de copas y brindó con Venus por una buena travesía. Hizo después unas maniobras para izar el ancla y se llegó al timón. Marcó rumbo y velocidad moderada y se unió a sus invitados.

—Menudo yate, Chimo —le halagó Venus—. Te habrá costado una pasta. Y luego, mantenerlo.

—No está mal, pero ya estoy cansado de él. Necesito uno más grande. ¡Eh, lobo de mar! —gritó a Benito—. Ven acá, hombre. Con esa pastilla se te pasa, seguro.

Se acercó dando tumbos hasta un asiento y se dejó caer como un trapo arrugado sobre él. Arriba, las nubes parecían caras que también se reían de su deterioro.

—A ver, escritor, vamos al grano —dijo Chimo—. ¿De dónde sacas esas historias que estás mandado a Fan?

—La sueño —respondió en un balbuceo, ahorrando energías.

—Y un cuerno. ¿Lo sabes tú, Venus?

Ella se encogió de hombros.

—No he leído nada suyo —respondió.

—Otro cuerno para ti. No me lo creo. Tampoco has leído lo de García-Pufo, claro. Usabas nada más que su cama, ¿verdad, pendoncillo?

—Eh, Chimo —saltó Benito, ofendido—, no te pases. Ella no sabe nada de esto.

—Pues era su obligación, ¿o no estás al tanto, idiota? Esta jovencita trabajaba de fisgona entre las sábanas de Hilario.

Venus se incorporó, incómoda.

—Joder con mi padre —protestó—. Parece que no dejaba la lengua quieta.

—No culpes a papá —la regañó Chimo—. Era un bendito. Pero su plan con Hilario fue un fracaso.

—¿Por qué no me contaste todo este lío cuando me ofrecisteis el trabajo? —la indignación hacía olvidar a Benito su mareo. Aunque podía ser la pastillita—. Estoy empezando a hartarme de esta ridícula historia.

—Pues no lo parece. Te has tomado muy a pecho lo que has enviado. Parece salido de la mismísima pluma de García-Pufo. Y eso es lo que me interesa ahora, antes de entrar en otros detalles. ¿De dónde lo has sacado?

—Vamos, Beni —medió Venus—. Díselo de una vez, que nos va a dar el viaje.

—No hay nada que decir. Es mío. Mío, y nada más que mío.

—En ese caso, amigo —dijo Chimo apurando su copa—, me temo que el asunto es más serio de lo que pensaba.

37

Al atardecer, quedó resuelto el misterio de los tres zapatos. Como era de esperar, las excavaciones dieron el resultado imaginado por Mingo y un segundo cadáver, con un único pie calzado, había aparecido a pocos metros del primero.

Mientras el juez cumplía con su deber, Baroja daba órdenes a través de la radio del coche y requería apoyo suplementario para las operaciones.

Ferrari esperaba sentado con Titi en brazos, junto a un camino verde, como el de la copla pero sintético, porque entre aquellas lomas de arena blanca no había vegetación seria que se dignase a crecer, ni ermita a la que acceder por él.

El inspector, mirando al suelo, el puro colgadizo de los labios, se acercó al chófer.

—Hemos ganado con usted un buen conductor, pero se ha perdido a un gran detective —dijo—. Ya había intuido cierto olor a podrido aquí cuando estuvimos por primera vez, ¿verdad?

—Titi ha sido el héroe, jefe —acarició la frente del chucho, entre esos dos bultos que parecían ojos.

—Nos ha jodido, pero porque tiene mejor nariz que nosotros. Lo de usted ha sido intuición, la precisa sagacidad del buen policía. Le debo una disculpa y una colleja.

Baroja agachó la testuz frente al chófer.

—Venga, Ferrari, no se corte...

—Que no, inspector, que le tengo yo mucho respeto para llegar a eso.

—Me ofendería si no lo hace. Me gusta dormir con la conciencia tranquila.

—¿Usted cree que podría conseguir una medalla para Titi?

—¿Para el chucho?

—Con eso me sentiría pagado. Y a mi señora le haría una ilusión bárbara.

—Joder, Ferrari, eso es muy serio. Depende del ministro y ya sabe que esas cosas se reservan para los paniaguados.

—¿Pero firmará la petición?

—Preferiría la colleja. Se van a descojonar de mí cuando la lean; no le quiero contar cuando conozcan al perro. Y es que ni siquiera levanta un palmo, Ferrari, es una basurilla: no creo que el ministro acepte una foto con eso a su lado.

—Pues usted verá si duerme esta noche, pero no pienso tocarle el cogote, inspector.

—La leche, Ferrari, en qué tragos me mete...

Mingo gritó desde el ventanal de la casa de Fangoria.

—¡Eh, jefe, venga a ver! Esto es una mina.

38

Matallana era convincente con un arma en la mano. Y ahora la tenía. Benito y Venus habían olvidado los efectos de la marea y el martini, respectivamente, y ahora su interés se centraba nada más que en el agujero negro que les sonreía con boca de víbora irritada. Y en el dedo lúdico del matón sobre el gatillo.

Chimo seguía bebiendo, sin embargo. Los contemplaba a ambos, entre divertido y tristón, con esa mueca que los hipócritas parecen dominar perfectamente. Y el feo detrás, como una gárgola babeante.

—Me hubiese gustado que las cosas fueran de otro modo, Beni —mascullaba—, créeme. Pero hay mucho en juego, y la verdad es que molestas.

—Sí que es una pena, bonita —se lamentaba Matallana entre risotadas—. Al jefe le gustas un huevo. Aunque, como decía mi vieja, antes la obligación que la devoción.

Bajaron, encañonados, hasta el interior del yate mientras el antropomorfo vigilaba la cubierta. Chimo abrió la puerta de uno de los camarotes y les invitó a pasar.

—Dormiréis ahí.

—¿Los dos juntos? —objetó Venus.

—Claro —se burló el matarife—. Invita la casa: disfrutad de vuestra última noche.

Ella se puso a lloriquear. Benito la acogió, solidario, entre sus brazos e intentó consolarla.

—Tranquila —dijo—, si hay que morir, al menos no les des la satisfacción de que vean tus lágrimas —pensó si habría leído esa frase en algún sitio, pero la memoria no le daba para tanto en un momento así.

—No lloro por eso, Beni. Es que nunca me he acostado con un tío.

Matallana se desternillaba.

—Ahora me explico lo del fracaso del plan de Neoflor —rió—. No es por crearos una situación incómoda, en serio. Pura escenografía: es que ahí, justo al otro lado de la cama, está la bombona de propano. Y cuando reviente, una pareja de amantes emprenderá un viaje eterno hacia la felicidad. La postura en que os pille la sorpresa, ya es cosa vuestra.

—Tienes fijación con lo del gas, cabrón —le espetó Benito—. Y a ti te van a salir por un riñón los arreglos, Chimo.

—No hay arreglos en esto, Beni: siniestro total. Ya te dije que quería un yate nuevo. El seguro me lo pagará.

—Siempre matando varios pájaros del mismo tiro.

—Siempre.

—Pues no pienso acostarme —insistió ella.

—Coño, Venus —saltó Benito, ofendido—, parece que te preocupe más acostarte conmigo que la propia muerte.

—No te alarmes, bonita —quiso tranquilizarla Chimo—. Os daremos algo antes, para que os coja dormiditos. Y la puerta bien cerradita para evitar molestias.

—Nos harán la autopsia y se sabrá todo.

—Ay, Beni, no seas macabro —censuró Venus.

—Los peces no hacen autopsias —se carcajeó Matallana—. Tenemos casi una milla de agua por debajo. Y fango abundante. Lo que saquen de vosotros, si alguien lo hace, no servirá ni para sopicaldo.

Algún mecanismo desconocido hasta el momento se activó en Benito. Se sintió audaz y, en un giro imprevisto, lanzó un puñetazo sobre la nariz del gorila que cortó de raíz sus risotadas. Su otra mano fue directamente a por el pistolón que veía caer, como en una secuencia a cámara lenta, de la zarpa criminal. Por una fracción de segundo, llegó a tocar el

metal tibio del arma antes de que algo chocase, violento como nada conocido, contra su nuca.

En ese momento fronterizo entre la consciencia agitada y el oscuro no ser nada, una frase le cruzó por delante, como un relámpago. Sólo podía recordar que era de García-Pufo y se refería al aliento traidor de Puchades, el mismo resuello que ahora, en su caída hacia el vacío, lo envolvía desde atrás.

39

Le dolía toda la cabeza. Y, tratándose de Benito, decir toda la cabeza siempre había significado una tragedia de magnitudes considerables.

Una neurona, quizá la única viva ya a esas alturas y agazapada en la impune oscuridad, percutió con insistencia en distintos puntos de su cerebro. Hasta que la ley de los cuerpos inertes puso término a ese rebote malsano y la depositó definitivamente en algún asiento profundo, inalcanzable, con la gravedad perezosa de una bola de plomo.

—Parece que ya vuelve —escuchó una voz apacible que imaginó recién llegada desde el espacio exterior, de un universo aparte.

Quiso abrir los ojos.

Lo intentó, al menos, y los párpados se le despegaron apenas, con el crujido chirriante de los viejos cierres metálicos de los puestos del mercado. Pero se quedó en el intento y decidió que era mejor seguir sumergido en la plana sensación de un mundo amorfo sin luces, sin esfuerzos.

Se preguntó qué le pasaba y no supo responderse. Se preguntó luego por qué se formulaba preguntas tan fuera de lugar si, tal vez, no había ya quién pudiera contestarlas, si quizá era el último hombre sobre la Tierra, o si la tierra misma lo cubría, como cubre la tierra a todos los cadáveres.

No es tan mala la muerte, concluyó, si uno pervive en sus pensamientos, por alocados y turbios que éstos se presenten.

Notó un cachete en la mejilla y en ese momento fue consciente de que la tenía, de que algo más que pensamiento quedaba vivo en él. Pero, asociada a ese sentimiento esperanzador, le llegó una inundación, una

catarata de recuerdos frustrantes que le trajeron la imagen de un Benito engañado, incomprendido, siempre rechazado, un verdadero desastre de hombre.

—Déle más fuerte, que se nos va otra vez —esta segunda voz le sonó más irritante que la primera, quizá por su instigación sin tapujos a la violencia.

No recibió el golpe que intuía, sin embargo, sino el desliz suave de una materia familiar que su cerebro gandul fue procesando hasta traducirla en unos dedos, en una mano femenina, ardiente, que lo acariciaba.

Primero le recorrió la cara, y la excitación de ese contacto afectuoso le devolvió una fisonomía que creía perdida para siempre entre las sombras. Luego, la mano se deslizó pausadamente, como un bajel sobre la mar monótona, sin tormentas, de su geografía, y Benito fue recuperando a descargas un cuerpo que aún era suyo: el cuello tenso, su pecho peludo y quisquilloso, los brazos fláccidos, el vientre despachurrado por los discretos michelines, su pene apocado, casi furtivo entre el vello y las ingles… Deseó que la singladura se detuviese definitivamente ahí, que la escala de esa nave de deriva dulce se hiciese eterna en aquel puerto que empezaba a crecer desde la nada, en una resurrección de la carne que se le antojó gloriosa. Pero siguió adelante la caricia, camino de los muslos, y ese abandono cruel lo devolvió a la vida, en un gesto de protesta ante la inflexible realidad.

—Ya reacciona —denunció la voz casposa.

Benito se empapó los ojos de una luz velada, de un brillo que confería a aquel espacio algo parecido a un alma artificial. A través del tul de niebla, desgarrado por una sonrisa inequívoca, el rostro de Venus le dio su bienvenida silenciosa.

Quiso pedirle entonces que ampliase su roce, que culminase el trabajo taumatúrgico que había dejado pendiente sobre sus dimensiones redescubiertas. Pero la garganta lo traicionó, también ella entre la legión de desleales, y sólo pudo articular un ronquido ridículo.

—Cálmate —dijo ella al acercar los labios a la carne árida de su boca.

Y esa reunión húmeda de músculos amatorios rompió el sello, la tela de araña que le atenazaba la lengua.

—¿Dónde estoy? —gimió y, al momento, se sintió grotesco por emplear una fórmula tan manida para regresar de la inconsciencia.

—A salvo —aclaró Venus, mientras le ayudaba a incorporarse, desnudo, sobre la litera.

Desde aquella perspectiva de sonámbulo sedente, Benito descubrió el origen de la voz desabrida y dio un brinco de alarma que casi lo llevó al suelo.

—¡La rata! —gritó, asustado. Pero ella lo apaciguó con una carantoña en el cuello.

—No, tranquilízate, es el inspector Baroja. Dice que ya os conocéis.

Benito buscó su ropa con la vista, pero nada. Finalmente, se cubrió como pudo, con una toalla, de la inquisitiva mirada del policía.

—Llegamos por pelos —dijo Baroja—. Un par de horas más y estarían ustedes de viaje de novios con Neptuno. Ha sido mi primer paseo en helicóptero, no vaya a creer. A punto de jubilarme y no había subido en un bicho de esos...

El inspector hablaba y hablaba, pero Benito todavía estaba en otro lado. No sólo por el efecto del golpe sino por la aun más contundente ternura que Venus le acababa de dedicar.

—...Una vez descubierto el primer cadáver —se explayaba Baroja—, sospechamos de Chimo e intentamos localizarlo. Luego, al hallar los restos de García-Pufo, doña Fangoria puso a nuestra disposición la novela y bastó con un simple ejercicio de lógica policíaca para unir ambas muertes. Debo reconocer que el último capítulo, con el suplemento que identificaba a los personajes ficticios con los reales, fue decisivo. Un verdadero puntazo, como dice mi ayudante.

—Lo siento —se disculpó Benito—, no entiendo de qué claves habla, ni a que cadáveres ni capítulos se refiere.

—Es natural, hombre, tiene que recuperarse. Descanse hasta que lleguemos a puerto y podamos evacuarlo. Ya está todo preparado allí. Aun-

que no es tan grave, así que no sea quejica —Baroja se despidió con un saludo, pero había olvidado algo y se detuvo junto a la puerta—. Por cierto, todo esto le ha pasado por no colaborar, por cabezón.

Venus le ayudó a tumbarse de nuevo y se quedó a velar su sueño, o su vigilia, según se diese. Él la miró con ojos de carnero a medio degollar.

—¿Por qué lo has hecho —dijo—, si eres... como eres?

—Pues por hacerte un favor, Beni. Yo, ni siento ni padezco, para qué nos vamos a engañar, pero sé que a ti te gusta y me sentía en deuda contigo.

40

La televisión confirmaba que la repentina dimisión del presidente Farias era un asunto irreversible, y que el ya ex jefe de Gobierno tenía pensado retirarse de inmediato a Cabo Verde a escribir tranquilamente sus memorias.

Benito no perdía detalle, pero Matilda estaba al margen, enfrascados sus ojazos de carbón brillante en la lectura:

> Conocí en la playa a una chica
> con biquini rojo.
> Yo llegaba del mar, de muy adentro,
> ahogado y con algas en mi boca de cadáver anónimo.
> Glub, glub.
> Oeee, dije, ¿hay alguien ahí?
>
> ¿No me ves? ¡Qué grosero!
> escuché delante de mis narices.
> ¿Eres ciego?
> Estoy aquí y llevo un biquini rojo.
>
> Debes perdonarme, rogué a la voz:
> ahora sí te distingo,
> pensé que eras el sol que me atrapaba
> de frente.

Lo tomó como un cumplido idiota,
como una excusa mal traída,
y quiso explicarme que el sol es amarillo.

Pero, claro, estaba equivocada
porque cuando un muerto mira al sol
directamente
puede ver allí cualquier color,
cualquier playa desierta,
siempre desierta,
y las chicas de biquini rojo
no traspasan nunca los límites de la imaginación.
Ni de los ojos.

Me dejó solo luego,
resoplando en la arena,
intentando poner de acuerdo a mis pulmones
con el paisaje.
Cuando volvió, parecía distinta,
traía un martini (dry) en la mano
y mojaba sus labios en el hielo.
Yo, en el salitre.

Palabra que no me ofendió que lo apurase sola:
yo llevaba demasiados agujeros en el casco
y hubiera malgastado su licor
en un ridículo goteo de bilis y ectoplasma.
Pero no logré evitar un reproche al verla de nuevo,
el reproche más sincero que pueda hacer un ahogado
a una chica recién conocida
que vuelve a su lado:

¡Maldita sea mi muerte!, le dije,
¿Qué ha sido de tu biquini rojo, nena?

—Me encanta, don Benito —lo expresó Matilda con una especie de tristeza—. ¿También lo soñó?

—Más o menos, en un sueño muy especial, uno de ésos que pueden confundirse fácilmente con el amor inaccesible, o con la muerte. Definitivamente, creo que me cambio a la poesía.

—Tampoco ese mundillo está como para tirar cohetes.

—Es el que más me va. Al fin y al cabo, ¿qué soy sino un tipo pasado de moda, un bluesman de andar por casa?

—¿Por qué no lo incluye en la novela?... Como una visión subjetiva.

—Ya no hay novela. Los muertos no pueden escribir; aunque Fan me ha ofrecido continuarla, como si escribiera García-Pufo, ya sabe, pero con mi nombre, claro. El relato de un fallecido tras su experiencia.

—Perfecto. Y el poema encaja.

—Sería una falta de respeto hacia ese recuerdo, Matilda.

—Una novela es uno mismo, más o menos, despanzurrado contra el papel. ¿Qué mejor lugar que ése para un sueño, así, al ladito de los propios sentimientos?

—No sé. Además, aún tengo mis dudas sobre si Fan ha sido sincera, o lo hace sólo para vengarse de Chimo y del ridículo público que le ha causado.

—Pare de darle vueltas: agarre esta ocasión bien fuerte, y no la deje escapar, don Benito.

—Es una oportunidad, sí, pero me da cierto repelús. Además, habrá que esperar al resultado de las investigaciones, y eso tardará lo suyo. Tengo tiempo para pensarlo.

—Es muy fácil: García-Pufo descubrió el pastel del asesinato de Belisa, o sea de Analía Tomassi, y los implicados, es decir, el presidente Farias, Matallana, Neoflor y el golfo de Chimo, lo persiguieron hasta acabar con él.

—Y el gigoló, que no tenía vela en el entierro, pagó el pato.

—Eso es. Cuando García-Pufo quiso entrevistarse con Fangoria para contarle a solas todo lo que estaba ocurriendo, ella andaba de fiesta privada con el jovencito. Esperó varias horas, por no crear una situación incómoda. Pero Matallana dio con él y lo asesinó. Mientras lo enterraban, el propio Matallana y Chimo, apareció por allí el Apolo panoja ése y lo sumaron al sepelio por mirar donde no debía.

—Buena teoría. Pero el asunto está bajo secreto del sumario. ¿Cómo sabe que fue así?

Ella le mostró los brazos desnudos como respuesta y exhibió cerca de los ojos de Benito su dulce cara de chocolate claro. También se levantó levemente la falda. Él pensó por un momento que se le estaba insinuando.

—Le presento a Blancanieves —dijo—. ¿No tiene gracia?

Matilda se acercó y simuló que le ayudaba a cerrar su boca de sorpresa con una pinza de la ropa.

—Pensé si elegir La Casita de Chocolate —explicó, divertida—, o Huevo de Pascua. Pero así era más misterioso, ¿verdad?

—Pero, eso que me envió —masculló él—... ¿Quién lo había escrito, entonces?

—Hilario García-Pufo, naturalmente. Me dejó su novela antes de morir.

—¿A usted? ¿Lo conocía?

—Superficialmente. Era mi esposo.

—No me fastidie, Matilda.

—Se casó conmigo para que consiguiera la nacionalidad. Lo hizo como contribución a una ONG a la que debía mucho, un favor a una inmigrante desvalida.

—¿Él hizo eso? ¿Así, a cambio de nada?

—De una conciencia limpia.

—Entiéndame, quiero decir si no hubo nada entre ustedes.

—Ya supongo por dónde va: piensa en el sexo sin hablar de ello. Pues no, no nos estrenamos. Hilario era un poco crápula, es cierto, pero tenía

buen corazón. Nuestras vidas siguieron igual que antes de la boda: él, a su fama; yo, a mis aspiradoras.

—No tenía ni idea de que Hilario estuviese casado. ¿Cuánto hace de eso?

—Año y medio. Y no me extraña su ignorancia porque, oficialmente, seguía siendo un solterón. Siempre lo tuvo a gala, y eso hace aun más meritoria su acción porque, si alguien se enteraba, corría el riesgo de acabar con su fama.

—¡Lo que me faltaba por oír!

—Él me dejó lo que había escrito. Tenía miedo, y con razón. Me dijo que si pasaban dos días sin dar señales de vida, le hiciese llegar la novela a su editora y enviase una copia a la poli, con los nombres de verdad. Me llamó la noche siguiente: estaba en Lacosta y a punto de ver a Fangoria, pero ella lo pasaba bien con un amiguito e Hilario temió que fuese uno de los agentes de Farias. Iba a esperar y dijo que lo convenido seguía en pie.

—Ahí la tienen: lo sabía todo desde el principio...

Matilda no hizo caso de sus lamentaciones y siguió la narración.

—No volvió a llamar. Yo ya me olía lo peor, y cuando Fangoria le ofreció a usted continuar la novela lo tuve claro. Entonces me pareció una buena idea ir facilitándosela en pequeñas dosis: así lo ayudaba y cumplía el último deseo de Hilario.

—Sólo en parte. No se la dio a la policía.

—Se lo envié a Fangoria por correo electrónico. Usted se olvidó, con tanta prisa por ir con Venus, del último capítulo escrito. Y le añadí la correlación de nombres que me facilitó Hilario. De haberlo hecho antes, le habría chafado su oportunidad y a estas horas no estaría a punto de convertirse en el segundo García-Pufo.

—O en un tercer cadáver.

—No sea negativo, don Benito —cruzó los dedos y musitó algo que debía de ser una oración de su tierra tropical y que en sus labios se movía como un objeto físico, sabio y sabroso.

—Pues en algo se equivocó: Venus no estaba implicada.

—Parecía que sí. Hilario me habló de ella como una mosca buscona que no lo dejaba ni a sol ni a sombra. Él estaba convencido de que trabajaba a sueldo del presidente Farias. Pero si se lo dije a usted no fue con mala intención, créame. Nada más que para avisarlo.

—Siento haberla tratado así, Matilda —se ablandó Benito—. Y esas cosas que le dije. Compréndalo, con esa voz de...

—Para nada, don Benito. Ha sido muy emocionante mantener con usted un combate tan reñido.

Abajo, en la acera de enfrente, una fila de hombres diminutos, uniformados con chándal, hacía cola para subir a un autocar. Benito pensó al verlos en lo absurdo del mundo que le había tocado vivir, donde casi nada es lo que aparenta y los sentimientos raramente se colocan como es debido en un corazón tan grande y bobo como el suyo.

Lo rumió un par de veces y, finalmente, se arriesgó a añadir un nuevo fracaso a su historial.

—Ahora que voy a ser famoso, ¿quiere ser mi agente?

Había un sesgo de regañina en la mirada de Matilda cuando respondió.

—No.

Pero no se dejó impresionar por aquellos ojos vigilantes, vivarachos, azabache como el paisaje que había visto aquella noche desde el ventanal de Fan. Ni renunció a completar su ritual.

—¿Y mi amante?

—No quiero.

—Cásese conmigo.

—Bueno, ya que soy oficialmente viuda, me lo pensaré.

Se terminó
de imprimir el día
1 de mayo, Fiesta del Trabajo.